This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

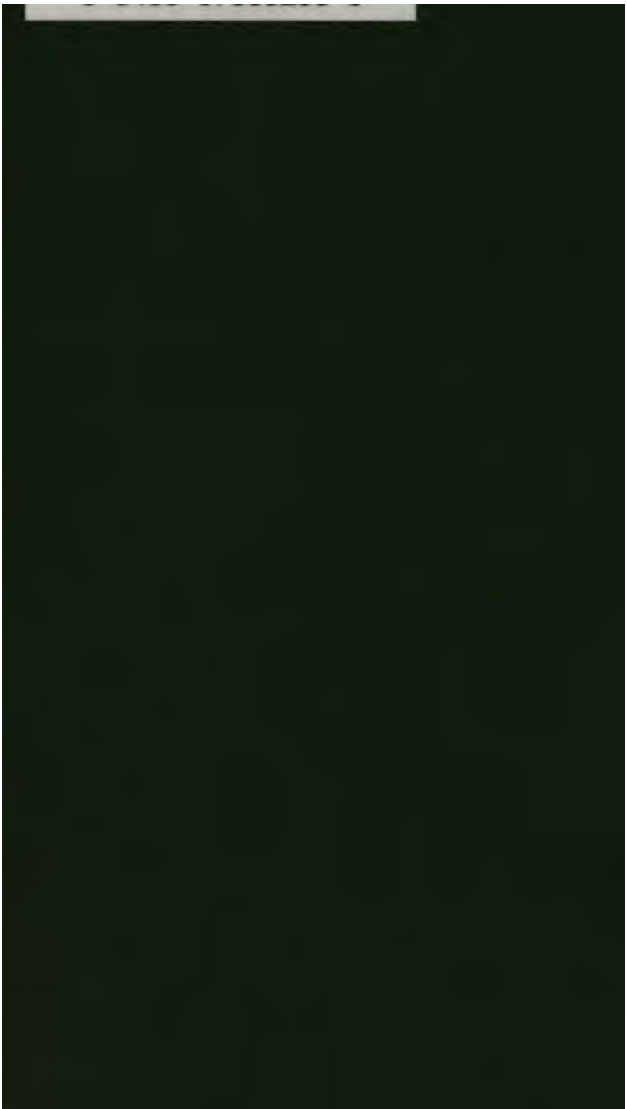
+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`



LA FARSALIA

DE

DON JUAN DE JÁUREGUI Y AGUILAR

POR

DON RAMON FERNANDEZ, pseud. Pedro Estala

TOMO VIII.

MADRID EN LA IMPRENTA REAL
AÑO DE 1825.

TO NEW YORK
PUBLIC LIBRARY

ASTOR, LENOX AND
TILDEN FOUNDATIONS

INDICE.

LIB. XIII. *Antes que el dia de la guerra amanezca sueña Pompeyo felicidades pasadas*..... Pág. 1

LIB. XIV. *Encuéntranse los ejércitos, y prosiguen la batalla con varios accidentes; huyen las naciones bárbaras que traia Pompeyo, y padecen destrozos*..... 34

LIB. XV. *Pompeyo fugitivo se embarca y pasa á Lesbos por su muger Cornelia, que le recibe dolorosa: él la esfuerza y lleva á su nave, despidiéndose de los isleños*..... 67

LIB. XVI. *Pasan las naves al mar de Egipto y Alejandría, donde el Rey Tolomeo junta su Consejo. Fotino persuade que se dé muerte á Pompeyo*... 100

LIB. XVII. *Alma de Pompeyo atribuye la musa, lugar feliz. Caton se encarga de las gentes que se libraron de Farsalia, y embarcados pasan á Africa: descubren los bajeles de Cornelia y Sexto*..... 131

LIB. XVIII. *Descríbese la Libia ó Africa, en cuyos arenales Caton y su ejército hacen viage al reino de Juba*..... 160

LIB. XIX. *César victorioso busca á Pompeyo. Embárcase con ejército, y pasa á las riberas de Asia, junto á las ruinas de Troya*..... 195
LIB. XX. *Acoreo, sacerdote egipcio, responde á César en lo que ha preguntado de astronomía y del Nilo*..... 224

ORFEO.

CANTO I..... 151
CANTO II..... 216
CANTO III..... 272
CANTO IV..... 278
CANTO V..... 301

LIBRO DECIMOTERCIO.

Sin luz, sin rayos el mayor planeta,
Que mide siglos, que las horas cria,
Se negó sol, y en trage de cometa
Desde su Oriente amenazaba al dia:
Niega al alba esplendor, sombras decreta,
Por eximirse de nacer porfia;
Nunca en la zona con vigor mas apto
Opuso él propio al movimiento raptor.

Prolongaba el crepúsculo su ceño,
Cuando en lisonja de la corta vida
De Pompeyo infeliz ligero sueño
Le persuadió felicidad fingida:
De antiguos lauros y victorias dueño
Se juzga que la sombra entretenida
Te aplica, ó Magno, el gozo que deseas
Representado en íntimas ideas,

Goza durmiendo con imagen vana
Dichas que informa crédulo el sentido,
De alegre voz y adulacion romana
Percibe acentos el burlado oido:
Oye á la plebe militar, que ufana
Le aclama triunfos; y el horror dormido
Con tanto absurdo imprime sus engaños,
Que aun figura en su edad jóvenes años.

Por este medio el ánimo presago
Que en sus trances el último rezela,
Huye cual puede el sucesivo estrago,
Y á lo dichoso precedente apela:
Sino es que el sueño con traidor halago
Indica lo contrario que revela:
¡Oh antífrasi terrible, al entenderte
Pronuncias gozo, significas muerte!

Pero ya que su engaño dulce ignora,
No turbeis su reposo, ó vigilantes
Guardas, ni en fe de saludar la aurora
Rigores de clarin forme elegantes:
Que si en ficciones su pesar mejora,
Es cuando ya ni alivios semejantes
Le dará el cielo, que en su mal concilia
Aun concordes al sueño y la vigilia.

Descubrió Febo su rebelde frente,
Cuando en el cielo apresurado el paso
Ultimas horas al vigor consiente,
Que intimaba á la tierra el gran fracaso;
¡Oh cuántos solemnizan en su oriente
Al nuevo sol que no verán su ocaso;
Y para el fin que belicosos aman,
Llamando al tiempo, al de su muerte llaman!

A un bando engaña, porque mas le ofenda
La desdicha con máscara dichosa;
Dispone que el festivo lauro atienda,
Y es destruccion la que acelera y osa;
Ya pues la respetable imperial tienda
Ciñe impelida turba numerosa;
Que airada pide guerras, y sentencia
Por malicia en Pompeyo la prudencia.

O tú, murmuran, que al rigor consientes
Civil é interesado en la tibieza,
Por dominar caudillo á tantas gentes,
Su victoria suspende tu pereza:
Ya las fuerzas cesáreas ves presentes,
Que tiranizan hoy reino y grandeza;
Creeré si orgullo tanto no deshaces,
Que temes guerras, porque temes paces.

Tal calumnia, tal voz por la campaña
Aun siguen las naciones extrangeras,
Que ya impacientes de region extraña
Aborrecen pacíficas banderas;
Y con despecho, que al discurso engaña,
Por cárceles rehusa las trincheras;
Que al infeliz no basta que padezca
El mal, sino le cause y le apetezca.

Gozós el campo con errores mide,
Y lo mas de su suerte es ignoralla,
Farsalia le será sepulcro; y pide
Con ardor impaciente la batalla;
Solo Pompeyo la atendió, y la impidé,
Que al violento rumor se oculta y calla;
Pero sus leyes revocó prudentes
Tulio orador á instancias elocuentes.

Tulio, que á la eficaz lengua romana,
Esmaltes dió de elocucion divina,
Por quien la toga consular y urbana,
Antepuesta á las armas predomina;
Y al conspirar de sedicion tirana
Le temió remerario Catilina;
Ya el mudo labio con silencio aboga,
Porque á las armas hoy cede la toga.

Mas la causa esta vez que favorece,
Se ostentó de elegancias matizada;
Pues dijo, si el ejército merece
Pompeyo, tu equidad justificada
Advierte que en las armas te obedece;
No asi en el ocio de la paz turbada
Pide y pretende, al codiciar las lides,
Lo mismo que pretendes y le pides.

Guerra le propusiste, y clama guerra;
Mira que armó la diestra á instancia tuya
Por hazañoso fin toda la tierra;
Y le estorba la hazaña cuando es suya.
Ya tu recato de abstinente yerra,
Y habrá malicia que temor lo arguya
El esfuerzo guardándolo se gasta,
Si vencer quieres, consentirlo basta.

Lidiar es hoy vencer, y la pelea
Triunfo, en que el premio vengador consiente;
Gózate pues; no Césarile posea,
Y te dejes culpar, que se le diste.
Mira en tí mismo cuanto el sol poded,
Que con veloz celeridad venciste,
Será en tus hechos excepcion cobarde,
Que al inferior opuesto hoy venzas tarde.

Permite dichas, no al valor primero
Las niegues, que invencible poseias;
Tu asunto es sacro en el celeste fuero,
Y en él su causa á las deidades fias:
Ya impaciente el ejército y ligero,
Por mas lealtad te opone rebeldías;
Sin tí se precipita en las campañas;
No renuncies tu parte en sus hazañas.

La libertad comun resentes halla
En los combates hoy seguridades,
Si nos estorbas pues libre batalla:
Es negarnos cruel dos libertades:
Impio César imperios avasalla,
Y le amparan benignas tus piedades:
Bélico te merezca el bando amigo,
Pues te ofreces clemente al enemigo.

Si General te promovió el Senado,
Si te reformó por comun guestero,
A su imperio te debes fiel soldado,
No á su desprecio Príncipe severo:
Mira que del ejército arrojado
Sin tu licencia la victoria espero,
De imprudente dichoso te convences,
Si á fuerza ya de inobediencia vences.

Al elocuente apremio airado gime
Pompeyo, y reconoce oculto engaño
En su fortuna, que á seguir le oprime
Con disfraces de acierto un mal tamaño:
No usurpo, dice, autoridad sublime,
Que es del Senado, aunque su fuerza extraño,
Pues con la ruda voz de una trompeta
La destruccion universal decreta.

Valga, romanos, el acuerdo nuevo,
Que al orden vuestro mi gobierno humillo;
Soldado seguiré, lo que no apruebo,
Pues no seguís lo que elegí caudillo:
Del error mismo la disculpa os debo,
Hoy que el imperio entregaré al cuchillo;
Mi potestad por súbdita padece,
No es de su causa actor quien la obedece.

Protesto, ¡oh patria Roma! que no acepto
La enormidad que otorgo y ejecuto;
Yo gobierno las armas con respeto
De excusar muertes al marcial tributo:
A César mismo cometer su efeto
Quiso mi guerra válida en lo astuto,
Que oprimiéndose él mismo en el asedio,
Fuera mi paz para la paz remedio.

Ya expulso de la tierra y los mares
Busca en las breñas último retiro
Y en todo puesto le refiere azares
La precedente destruccion de Epiro:
Hoy con últimas bascas militares
Sus gentes gimen, que vencidas miro,
En sitios de alimento y vida faltos,
Pues suplen con sus hambres mis asaltos.

Asi apetecen muertes heliconas
Por alivio á domésticos tormentos
Pasiones son frenéticas, furiosas,
No ya incentivos de valor, no alientes:
Con providencias al vencer piadosas
Mi paz milita y asegura intentos:
¿Y quereis antes vuestra lid cubierta
De sangre, y tanto por severa incierta?

Solo el vencer es triunfo, y le deseo
No el solo pelear, que es fuerza insana
Vos preferis tan ciegos la pelea
Que á vuestros ojos la victoria es vana
Yo os sigo, y esta accion pido que sea
Por mí neutral en la malicia humana
Ni darme honores ni deslustres pueda
Ven, pues, fortuna y arbitraria rueda.

Si me entregaste ejército romano,
Hoy á tus aras vencedor le entrego,
Tú le rige, defiéndale tu mano
Desta inclemencia que cometo y niego.
Mas ay, que mi lamento excluye vano
Júpiter, y de César premia el ruego,
Sin estorbar que la intencion mas pia
Los pies bese á la torpe tiranía.

Si bien Tesalia, que el rigor presiente,
Comun crueldad en los presagios muestra,
Muera, ó venza Pompeyo, que igualmente
Le informará la adversidad siniestra;
Ni á César menos, porque no consiente
Mas acierto la misma eleccion nuestra;
Lo próspero se impugna y se deshace,
Todo es error, aun el que vence y acc.

Dice, y concede guerra y libre paso
Al ejército junto inmenso, y luego
Vieras su enjambre difundirse acaso,
Como en secas aristas prende el fuego:
Asi en turbado mar ligero vaso
Es inconstante de las olas juego;
Cuando el piloto, que las iras teme
De todos vientos, les entrega el lomo.

Hierve ignorante el bélico tumulto,
Que ya sin rienda el imperio vierta
Los ánimos suspende horror oculto,
Y es alto sueño de razon despierta
El hórrido talante, el fiero bulto,
La vista oblicua, la mudanza yerta,
Indices eran de inscripcion precisa,
Que el proceloso fin debe ser avisa.

Tanto alguno el pálido semblante
De muerte esmaltan, que difuntos viven,
O en el visage trémulo anhelante
Mayor imagen que el morir describen:
Porque llevados de un furor delante
Solo el peligro universal conciben,
Y es ley decente que á la queja estorbe
Menor y propia la comun del orbe.

Estos y aquellos con diverso estilo
Sus armas reconocen; ya en la espada
Aspera muela sutiliza el filo,
Ya desabolla el yunque la celada;
Hierros lustra la lanza, punta el pilo,
Los arcos cimbran cuerda renovada,
Las flechas con aceros y plumages
Agravan y condenan los carcajes.

Lóriga, peto y greba, y toda hebilla
Registra alguno del arnés tranzado;
Otro la espuela, freno, rienda y silla,
Del suelto corredor y el pie ferrado:
Tienta amagos y vibra la cuchilla
El brazo en juego simple examinado;
Y blandiendo la lanza encorva, y junta
Tal vez la extremidad del cuento y punta.

Asi el imperio (si ejemplar divino
Al romano es decente semejanza)
Contra los monstros de Titan previno
Armas fiadoras de inmortal venganza:
Jove esmeró de temple el rayo trino,
Hierros Minerva duplicó á su lanza;
Volvió su espada Marte al yunque ardiente,
Su flecha el sol, Neptuno su tridente.

Porque esfuerce al valor y al temor frene,
En sus huestes el próvido caudillo
A fieles aras dedicar previene
Piedad mimi, cándido novillo;
Cuando trágico á un tiempo lo solene,
Sin consentir la herida del cuchillo
Huyó al Téxalo bosque el bruto infausto,
Y ardió la llama ausente el holocausto.

Mayores monstruos autorizan dentro
De su espanto los ánimos pasmados;
Afirman ver en formidable encuentro
Combatirse peñascos desmembrados;
Y en la segada tierra abierto el centro
Sepultar cumbres, devorar collados;
Mudan cimientos, cambian horizontes
De este sitio en aquel movibles montes.

Oyen, ó percibió falso el oido,
El terreno gemir con voz profunda;
Ven, ó el engaño lo formó al sentido,
Purpúreo arroyo que á Farsalia inunda;
El mas fuerte en quimeras suspendido,
Aun de temores, que carece, abunda;
Sombras juzga los rayos del Sol rojos,
Siendo solos eclipses de sus ojos.

A los mismos que en luchas anteriores
Dieron muerte, ya en lid imaginada
Miran vivientes, temen agresores;
Con mas horror de espíritu y de espada;
Bien que asombros no aplacan ó temores,
La obstinacion del ímpetu guiada,
Que al ciego efecto la razon sujeta,
No ve el peligro, ó si le ve, le acepta.

No admire, no, si el corazon presente
Su mal, y en propia causa es adivino;
Que en la agena y mayor suele la mente
Pronosticar lo que celó el destino:
Asi en el Austro y Norte, en el Oriente,
Y Ocaso, el que habitó pueblo latino
Percibió impulsos de ofension presagos,
Llora tragedias evitando estragos.

Y alguno con distinte profecía,
Desde empinado risco de Pátavia
O Minerva, exclamó, ya es este el dia
Que predominas bélica, no sábia:
La mayor guerra que en la paz cabia
Destruye lo mortal, lo eterno agravia,
Que alojando incapaz dos combatientes,
Es hoy Tesalia entierro de las gentes.

Tal fue la voz del patavino, y cuando
Consultaron lo esférico infinito;
Vieron tristezas y leyeron llantos,
Por fe de estrellas en luciente escrito:
Júpiter crece números de espantos,
Prenuncios todos de civil conflito,
No hay sitio en ampla ó contenida esfera,
Donde el sentido adversidad no infiera.

Cubre arenosos valles inmediata
La del Ponto veloz caballería,
Y en parages que el término dilata,
Reyes cuantos la Libia y la Asia envia:
Asi difunde el campo, y le remata
Con angular simétrica armonía,
Contribuyendo de sus climas cuatro
Armas el mundo al tésalo teatro.

Infelice campeon, que á igual castigo
Un mundo en un ejército congregas,
Y preparando el triunfo á tu enemigo
Todo lo mas á que aspiró le entregas;
Pero si al fin perecerán contigo
Tantos, los mismos que le das le niegas;
Piérdelos, pues, conseguirás que impere
El César menos, cuanto mas venciere.

El con desvelo cauto, antes que rompa
La aurora luces, desde altiva sierra
Vió el ejército magno, cuya pompa
Es amenaza, y la amenaza es guerra:
Donde en alto clamor dice la trompa,
Que alli milita el orbe de la tierra;
Dudoso trance Júpiter le ofrece,
Mas de tal premio aun dudas agradece.

Sus gentes mueve á esfuerzo y esperanza
Tan fervoroso á disponer su alarde,
Que en ellos lo solícito es tardanza,
Y el orgullo mas pronto ocio cobarde;
Ya compuestos en bélica ordenanza
Aun les arguye que obedecen tarde:
Tanto es su fuego, aunque la causa es tanta,
Que cuanto mas la enciende, mas le espanta.

Es tan disforme empeño, que modera
Aun de César lo ardiente; hoy que adelante
En imagen contempla, en acto espera
Ver cadáver el orbe agonizante:
Mas ya furores monstruos recupera,
Cobra su ardor inmensidad constante,
Así á escuadras valientes y feroces
Aumenta llamas profiriendo voces.

O actores, dice, de mi gran fortuna,
Ved la sazon que os provocó anhelada,
La que á mi instancia en voces importuna
Pidió á los dioses vuestra invicta espada:
Cesen los votos, que si fuerza alguna
El ruego tuvo al hierro se traslada,
Y os da sus veces la atencion divina,
Por árbitros del triunfo ó la ruina.

Por vuestra jura el lauro de este dia
Fue en Arimino general promesa;
Que del Senado restaurar confia,
Negados premios á la lid francesa:
Hoy vencedora vuestra espada y mia,
Justificar sus hechos interesa,
Que con el mundo á efectos atenido,
Solo es culpado el infeliz vencido.

Declinó á culpa desnudar el hierro
Contra la patria; y si el efecto alcanza,
Vereis en él tan desmentido el yerro,
Que la injuria redunde en alabanza;
Hoy se nos da por galardon destierro,
Cuando nos puede dar detro la lanza,
Y es ley que Roma, experta en lo protervo,
Por dueño sirva al que desprecia siervo.

Toda razon espira en nuestro brio,
Que en vano Italia libertad blasona,
Ostentando imperial el señorío
Si de Pompeyo lo tirano abona:
El premio que esperais por vuestro es mio,
Que os cedo el triunfo, el reino y la corona,
Solos venced, reinad; aunque mis ojos
Os envidien sin parte en los despojos.

Y si algun zelo de mi causa os toca,
La ocasion veis en que la suerte oculta
A soberanas glorias me coloca;
O en ínfimos oprobrios me sepulta;
No afrenta facil, no inclemencia poca
Es capaz de mi causa, ni resulta
A mi cabeza deste acierto y yerro,
Menor alhaja que el laurel ó el hierro.

Con armas brutas desmembrar contemplo
Mi cuerpo entre villanos escuadrones,
Y en los Comicios de la curia y templo,
Ser festejo pendientes los pendones;
Ni espereis todos mas benigno ejemplo,
Sino burlas, castigos á intenciones
Reconocidas; y Pompeyo evita
Con su muerte la atroz que os solicita.

¡Oh soberanos! ó equidad del cielo,
En mi resguardo os pido, ó ya en mi ofensa,
Aquella sola prefirais, que al zelo
Reconoceis piadoso mas propensa:
Aunque es justa mi guerra, es mi rezelo
No se interprete culpa la defensa,
Ni se adelante, si el vencer consigo,
A la venganza el brazo ni el castigo.

Mi ejército se mida, observe atento,
Que no será adversario el fugitivo;
En esta lid permito á vuestro aliento
Lo victorioso y no lo vengativo;
Será el combate á los rendidos lento,
Cuanto indignado al que repugne altivo;
Halle en mis armas el opuesto bando
Piedad huyendo, atrocidad lidiando.

No es pues difícil la victoria nuestra;
Contrastamos á ilíricos y griegos,
Que su mayor estudio es la palestra
En paz festiva y literarios juegos:
La demas turba ni feroz ni diestra,
Varios en ritos, en lenguages ciegos;
Solo su estruendo y rudo barbarismo
Los grava y hunde en su desorden mismo.

No han de esperar al ímpetu segundo,
Ni resistir en la trinchera ó valla;
Asi aunque César acometa á un mundo,
Será con pocos la veloz batalla:
Hoy la extendida tierra, el mar profundo
Sus intereses en los nuestros halla,
Que habiendo de rendirse á mortal diestra,
Respeta sacra la invencible nuestra.

Será compendio excelso de blasones,
Si las coyundas, yugos y cadenas,
Que repartió Pompeyo en mil regiones,
Nos constituyen hoy un triunfo apenas:
¿Qué lealtad pues las bárbaras naciones
Al que encendió enemigo sus almenas
Observar pueden? ¿Amarán caudillo
Al que en lucha feroz fue su cuchillo?

Diversa fe en mi ejército mejora;
El patrio amor os alistó en campaña,
Seguís libres mi estrella vencedora,
Jamas vencidos ni de ley extraña:
¿Cuál nombre ó patria mi noticia ignora
De cuantos me seguís cual noble hazaña?
Si la lanza arrojada al viento miro,
Conozco el brazo flechador del tiro.

Vuestro silencio entiendo, y con la ociosa
Vista aun aquí me respondeis, ya leo:
En los semblantes, sí, la victoriosa
Solemnidad que aguardo, que poseo:
Ya vencemos, ya estorba perezosa
Mi persuasion el plazo del trofeo;
Perdonad, si mi voz le ha diferido,
Por ser lo mismo lo que estorbo y pido.

La magnitud de la faccion reprime
Aun el incendio en que exhalado abundo,
Viendo el estrecho campo que divime
De nuestros pies la posesion del mundo;
Vuela mi rapto á esfera tan sublime,
Que en ella el hondo meditar confundo;
Unida el alma á inaccesible idea
En tempestades un discurso ondea.

Id fáciles al triunfo, y los despojos
De mil Reyes gozad y mil naciones,
Ni en tanto mitigueis dignos enojos
Al contrastar romanos escuadrones:
Dad al antiguo amor cerrados ojos,
Y al nuevo agravio ardientes corazones;
Inicua es la equidad si medir manda
A impiedad bronca recompensa blanda.

Aquí asolad con intencion primera
Nuestros alojamientos y reparos,
Castigareis la estancia que pudiera
Al cobarde retiro convidaros:
No á las espaldas sospecheis trinchera,
Pues la victoria sola ha de alojaros
En el real donde á Pompeyo excluyo,
Y si albergue pedís no hay mas que el suyo.

Dijo, y los pechos de lidias sedientos
Respiran sola guerra: guerra exhalan,
Y al primer acto bolicoso atentos,
Propias trincheras y reparos talan;
Crecen tanto en magnánimos alientos,
Que á los de César altamente igualan,
Y marcha en ademan gallardo y presto
Todo un campo de Césares compuesto.

Su espíritu en lo oculto les avisa
Vitorias, y la vista aun las predice;
Todo arnés y metal, toda divisa
En lo brillante informa lo felice;
Cuidan apenas de observar precisa
Orden marchando; que interior les dice
Marte que pueden cometer al hado
Aun de sus mismos pasos el cuidado.

De Pompeyo el ejército enemigo,
Que á la batalla términos concluye,
Y meditando atónito el castigo
Universal que la Tesalia incluye;
Aunque su afecto es íntimo testigo,
Que con prenuncios trágicos le arguye,
Sin consentirse débil ó inconstante,
Dió esfuerzo al ademan, voz al semblante.

En robusto bridon con pies veloces
Deste sitio en aquel con sus desvíos,
Esparciendo vitorías con las voces,
Flechando á un tiempo con los ojos bríos;
Corazones remisos cambia atroces,
Ardientes funda desalientos frios,
Con los vulgares de nobleza agenos
Razona mas, con los ilustres menos.

Y eran de amor estímulos y lazos
Las sílabas que heróicas persuadía:
Hoy, dice, á mi gobierno y vuestros brazos,
La proteccion de un mundo el cielo fia:
Hoy nos coronan últimos los plazos
Del civil triunfo, y resplandece el dia
En que asignó celebridades santas
La mayor guerra, epílogo de tantas.

Despended todo el ánimo, que en esta
Sola batalla es de interes su empleo,
Donde los dioses por la causa honesta
Partícipes militan del trofeo;
Rompiendo paso por la turba opuesta,
Llegará el pie donde voló el deseo
De libre patria; y prenda tan amada,
Si allí la busca, la hallará la espada.

Ved que á las armas nuestras se deriva
Celeste impulso de guerrera estrella,
Y el que usare remisos cortés priva
De efecto el don y providencias huella:
César nos llama á que su sangre escriba
Leyes que aleve canceló, y con ella
Roma restaure y goce establecidos
Sacros derechos que lloró ofendidos.

No un monstruo, aunque la luz turbe serena
Del Magno, es parte á escurecer memorias,
Ni el que exaltó mi juventud condena
Menores años á menores glorias;
No impugna el cielo lo que recto ordena,
Ni á escuadras suyas negará vitorias,
Donde mas limpia y rutilante brilla
La espléndida virtud que la cuchilla.

Aun los Decios, los Curios y Camilos
Renacen hoy del siglo ya difunto
Y aquí ejerciendo los tajantes filos,
Confirman ser divinidad mi asunto:
Yo armé los climas de la tierra, unilos
A mi campo, que el orbe incluye junto;
Mal perderán su mando los humanos:
Cuando para ganarlo aun sobran manos.

Venza el Cesáreo, pues siendo sugeto
Tanto inferior, que impide ser vencido,
Cesar le basta, y en su mismo aprieto,
Sin guerra el triunfo os cederá oprimido;
O le será el terror mortal efeto,
Cuando esparza tronante el alarido
Nuestro ejército inmenso, y sin heridas
Venzan su parte estruendos homicidas.

Pero esmerad lo heroico en lo seguro;
Suponed en carácteres mentales,
Que nos exhortan del romano muro
Los clamores mas tristes y leales;
Que las matronas con afecto puro,
Con celosos lamentos las Vestales
Piden las redimais del llanto y pena,
De infamia el nombre, el pie de la cadena.

A Roma os proponed, deidad postrada,
Que en la sacra cerviz teme coyunda;
Si esta guerra perdeis, ¿cuándo exaltada
De otra mayor se espera, ni segunda?
La razon resplandece en vuestra espada,
En la enemiga la traicion rédunda;
Y por no exagerar instancia nueva
Sola mi causa, aunque menor, os mueva.

Pompeyo soy, á quien miró triunfante
Perpetuo siglo, y rezelosa y muda
Mi familia y consorte hoy que vagante
Mis armas sigue, una victoria duda:
Haced mi suerte no feliz, constante,
Que en glorias docta, y en deslustres ruda,
Si vuestro azar es preceptor diverso,
Solo de vos aprenderá lo adverso.

No podais tanto, que mi suerte muera,
Cuando el mayor ejército congrego;
Que al dios invicto desquiciais la esfera,
Retrocedeis el hado, helais el fuego:
Extrangeros ilustres, si al que impera,
Es lícito rogar, postrado os ruego:
Entregados nos veis, nobles romanos,
Yo á vuestros pies, la patria á vuestras manos.

Los piadosos afectos vencedados
Dieron asi al ejército infinito
Duros impulsos con afectos blandos,
Tal, que aun rigor y muerte es su apetito;
Aclaman guerra los adversos bandos,
Y siendo adverso es uniforme el grito,
Con vario fin en que la lid se extreme,
Uno codicia reino, otro le teme.

Se acometen á un tiempo en que fenece
De el árduo encuentro la distancia corta;
El supremo espectáculo se ofrece,
Que ignoran siglos á la vista absorta;
Desde el empíreo tálamo enmudece
Jove, y rezela lo que él mismo exhorta,
Los caballos quebrantan broncos frenos,
Rayos respiran y relinchan truenos.

Vibra reflejos el metal bruñido
De los yelmos y lúcidos arneses,
Y de las lanzas el concurso unido
De férrea espiga forma horrendas mieses;
Hierve el rumor frecuente repetido
De las móviles astas y paveses,
Y con borrascas de Mavorte fiero
A Ematia inundan piélagos de acero.

Ya enristra el brazo el asta vigoroso,
Dase la flecha al arco, la ligera
Piedra á la honda, al tremolar undoso
Del aire toda militar bandera;
Hermosa vista ofrece lo espantoso,
Tinto en horrores el deleite impera,
Y canoras las trompas cuanto horribles
Son á un tiempo tremendas y apacibles.

¡Oh encontrados ejércitos aleves,
En crueldad sola convenidos tantos!
¡Oh Roma! ¡oh cuántas inclemencias debes
Que en alta queja inmortaliza el llanto!
Aceleran rigor tus pasos breves,
Que no permite restaurarse en cuanto
El tiempo viva, aunque las manchas tierras
En mil edades no repitan guerras.

En esta óprimes hoy consecutivo
De las almas el número viviente,
Que naciera en lo eterno sucesivo,
Pues le troncas la estirpe antecedente,
El ser romano que imperaba altivo
Del Austro al Norte, y del Ocaso á Oriente,
Pierde el nombre, esplendor y forma bella,
Como gran sol que resultó en centella.

Reservaron las fábricas y altares,
Apenas en sus polvos monumento,
Gemirán yermos los albanos lares,
Y los penates de la gran Laurento:
Donde en vez de comercios populares,
Haga forzado el caminante asiento;
Y el Senador, que al templo es su viage,
Presto incluya el incómodo hospedage.

Y no de tanta adversidad siniestra
Es instrumento la comun fortuna,
Tú sola das sepulcro á la edad nuestra;
Roma, negando á las siguientes cuna,
Reducirá el estrago de tu diestra
De mil ciudades el concurso en una;
Pueblo de cuyo número en tus paces
Fueron provincias tantas no capaces.

El extraño, que es hoy cultor violento,
Poseerá libre la region latina,
Donde caduque el edificio exento
De causar homicidio en la ruina:
De advenediza turba alojamiento,
Roma serás, pues lo fatal destina,
Que sin romanos tu desierto muro
De otra guerra civil viva seguro.

Oscurecer, borrar Farsalia puede
Tus desastres, hoy lástimas livianas,
Pues al nuevo rigor el nombre cede
De la batalla aliense y la de Canas:
Pierda sus quejas la desdicha, herede
Esta por la mayor de las humanas,
Que en todos siglos fue dichosa Italia,
Si se contempla agena de Farsalia.

La altivez misma que tu ser sublima
De tu existencia es árduo impedimento,
Que el edificio de mas alta cima
Con mayor prontitud busca el cimiento:
Tocó tu frente en el celeste clima;
Y opresion halla donde busca aumento,
Que siempre han sido al penetrar los cielos
Muertes profundas soberanos vuelos.

Hoy cuanta inmensidad cubre la luna
Es de tu gloria extremo, y se adelanta
Aun la ambicion; no puede tu fortuna
Moverse ya sin retirar la planta:
Moverse es despeñarse, pues en una
Guerra te pierde lo que adquirió en cuantas;
Donde libertas las demas naciones
Del yugo mismo que á la tuya pones.

¡Oh nunca el cielo consigna en esta
Region de Italia el imperio humano!
Antes la diera en cautiverio expuesta
Siempre á dominio externo, aunque tirano;
Pues menos es la sujecion molesta
Al rendido escocés, belga ó britano;
Y al que incesable arrastra la cadena
Que al varon libre cuando el yugo estrena.

Culpe dos Brutos mi razon y exclame
Contra su esfuerzo por la patria libre,
Sintiera menos proseguir la infame
Esclavitud que repetirla el Tibre:
No alguno Italia que á tus hijos ame,
Contra tirana fuerza el hierro vibre,
Que mejor se tolera acostumbrada
La violenta opresion que renovada.

Padezca Roma, no rebuse el daño,
Expuesta á sucesivas impiedades,
Pues ni favor doméstico ni extraño
De los hombres atiende ó las deidades:
No impera el cielo, no, que es simple engaño,
Libre el caso gobierna las edades,
No Júpiter inválido retira
Su brazo y rayo aunque á Tesalia mira.

Fulmínara la Calpe y el Pangeo
Mejor la ociosa cumbre, ó la sujeta
Dimision de los mares, ó el Hibleo
Campo ó silbosos ápices de Oeta,
Si con horror á la traicion de Atreo
Retrocediste oscuro, ó gran planeta,
¿Cómo á Tesalia das luces celestes,
Donde es benigno ejemplo el de Tiestes?

Mas si falta venganza soberana
Contra el romano, cuando inícuo yerra
Contra el cielo, será la accion profana,
Que ha de seguir á la funesta guerra;
Pues en lo humano magestad no humana
Se opondrá á las eternas, y la tierra
Tendrá su numen imperial, que á ejemplo
De Jove reine, y le consagren templo.

LIBRO DECIMOCUARTO.

No permiten los campos que ya goce
La detestable disension remedio;
Ya concurren y abrevia el pie veloce
El ancho espacio que vacó intermedio:
Toda vista se encuentra y reconoce,
Cuando ya la cuestion no admite medio;
Pero el que ve al amigo, padre, hermano,
Quiebra el suelto ademan, turba la mano.

Cual si ardiente caballo en la carrera
Abierto foso mira, ó risco ó planta,
Resiste ambiguo á la intencion ligera,
Tuerce la frente, el ímpetu quebranta:
Tal repugnando á la crueldad primera
Este y aquel ejército levanta,
(Sin resolver de la batalla el plazo)
Indeciso el metal, suspenso el brazo.

No en paz, ni en guerra mueras, siempre animen
Tu ser los tiempos, Crástino, y tu aliento;
Y en pena, aunque menor del fiero crímen
Viviente inmortalices el tormento;
Pues cuando el vuelo del furor reprimen
Tantos, y ya es piedad su movimiento,
Tú con primera planta las agenas
Provocas, y romana sangre estrenas.

Cuando César impulso primitivo
De tanta accion la rezelaba humano,
Fue tu insolencia incendio intempestivo,
Aun siendo hielo la cesárea mano;
Ya el rumor lento se refuerza altivo
De las trompas, y herido el aire vano
Con terrenos temblores y celestes
Juntas fraguaron una lid mil huestes.

De inmensas voces el clamor se alterna,
Y el eco en tantas lenguas disonante;
Hinche de oscuro son toda caverna
De monte en monte, desde Olimpo á Atlante;
Pulsa el estruendo la region superna,
Donde admirado observa el Dios tonante,
Que en los espacios de la luz serenos
No ya descienden, sino suben truenos.

El profundo alarido infunde horrores
Al pecho mismo que rompió su acento;
Y el de los sueltos fresnos voladores
Se embaraza, y asombra el sol y el viento;
Perplejos los romanos guerreadores
Aun rigen armas á dudoso intento,
Ya el brazo es rayo, ya encogido y tardo
Pierde en lo alto la flecha ó quiebra el dardo.

La lanza alguno con sangriento empleo
Despide apenas á la adversa frente,
Cuando revoca el golpe en su deseo,
Y el rigor que ejecuta no consiente;
Pero como en las ondas del Egeo
Pierde el puro candor mezclada fuente,
Asi en la turba el noble acero limpio
Se manchó, y la piedad fue rigor impio.

Las recíprocas astas arrojadas
Fueron de la batalla exordio breve,
Luego uniendo al combate las espadas,
Creció en aleve furia el fervor leve:
Venas penetra del arnés guardadas
Sediento el filo, cuya sangre bebe,
Arde al herir, y en abundante llaga,
Aunque el metal se tiñe, no se apaga.

Aqui el suelto rejon vuelos hiceta,
Y la azagaya que loriga ó cota
No resiste; despide la saeta
Alli el arco y la honda la pelota:
Milita el acho artificial cometa,
Que de oscuro betun incendios brota;
Siendo á tantos agentes homicidas
Objeto solo las ceráreas vidas.

Al herir lejos no dirige atento
El brazo el tiro ni la vista apunta;
Toda Farsalia es blanco, y sin intento
Asegura el acierto toda punta:
Arroja flechas el descuido al viento,
Y cual nube sus astas mezcla y junta;
Nube atroz que licor sangriento bebe,
Cuando en romanos cuerpos muertes llueve.

No admira, no, que el árabe el romano
Hiera, ó el flechador de Armenia ó Galia;
Admira, sí, que con desden pagano
Combatan armas italas á Italia;
Contra su sangre y vida civil mano
Despide aleves astas, que á Tesalia
Altas cubrén, tejiendo voladoras
Pendiente noche en apolíneas horas.

César de aquella tempestad rezela,
No las fuerzas quebrante y desbarate
Internas de su campo, y con cautela
Y furor sumo exagerò el combate:
Tan guerreador se precipita, y vuela
El caballo impaciente al acicate,
Que al fin los reputados inferiores
Se truecan de ofendidos á ofensores.

Su actividad, su ardor, su ligereza,
Fuerzas de arrebatado incendio inclaye,
Rompe, ensangrienta, abrasa, y la fiereza
Bárbara al fin se atemoriza y huye:
Su algazara fogosa ya es tibieza,
Patente ya de su pavor se arguye,
Con cuanto engaño, quien comete, yerra,
A extrangero socorro, civil guerra.

La instante agilidad ya es fugitiva,
Y amedrentado gesto él antes fiero,
Donde aclamaba triunfo, allí derriba
Suelto el bridon, y arrastra al caballero;
La caterva á sí misma era nociva,
Que estorbada en el ímpetu ligero,
Se implica y huella, y con opuesta rienda
Parece ya su confusion contienda.

Con temores se impugnan, pues en ellos
El fugaz curso se interrompe y tarda,
Dando á César los pechos y los cuellos
Sin belicosa resistencia ó guarda:
Golpes no altema el vulgo á padecellos,
Y asi resuelta la cuestion bastarda,
Porque en los bandos, sin mover las plantas,
Forman la guerra espadas y gargantas.

Sin descuento el cesáreo prevalece,
Sobra al vencer, fecunda las arenas
Con sanguinoso humor; solo padece
Pulso y mano al segar cuellos y venas:
Ríndese el brazo, el filo se entorpece,
Tan ofendidos de ofender, que apenas
Pueden los cortes cálidos y rudos
Pieles simples herir miembros desnudos.

Dios de Tesalia, y protector divino,
Admite solo de extrangeras gentes
Sangre, no el infeliz pueblo latino
Vierta raudales, pues abundan fuentes;
O bien se aplique el vencedor destino
A la romana grey: no golpe alientes
Contra el vulgo comun bárbaro adverso,
Tanto, que no reserves universo.

Ya que muera el linage Ausonio, vivan
Los de extraña region, porque si en vano
Roma el vivir pretende, le reciban
Los que despues serán pueblo romano.
¡Mas ay, que de esperanza á Italia privan
Armas del César! cuyo impulso y mano
En destrozos iguala indiferentes
Las propias ya con las externas gentes.

El furor que á las tropas extrangeras
Aplicó estragos en el árduo encuentro,
Se convierte, Pompeyo, á tus banderas,
E inquiere allí de la batalla el centro;
Escaramuzas calman y carreras,
Que antes vagaron por Farsalia, y dentro
De la ya destinada íntima parte
Mayor tragedia representa Marte.

Allí de César la imperial fortuna
Afirmó el trono donde varia espada
No interviene al rigor, no escuadra alguna
Para socorro bárbara rogada;
Roma contiende desunida, y una
Sola milita y hiere duplicada;
Así á un tiempo vencida y vencedora,
Rendimientos celebra y triunfos llora.

Huye, funesta Melpoméne y Clío,
En tan cruel, en tal civil contienda,
Cierre en tinieblas el Estigio rio
Su memoria, ni el Báratro la entienda;
Quéjese el tiempo del silencio mio,
Y no impiedades de mi verso aprenda,
Que cuando infame escándalo resulta
Honora la verdad quien la sepulta.

César fue solo poderoso agente
De incendio tanto preferido al griego,
Que del Paladio de su pecho ardiente
Llamas infúnde en ánimos de fuego:
Valor aumenta á ejército valiente
Con la voz y ademan, imperio y ruego,
Y el oprobio tal vez, tal alabanza
Da igual calor, y fuerza al pulso y lanza.

Celebra el rojo filo que en mas fiera
Herida la interior púrpura bebe;
Y los aceros limpios vitupera
Del que en hazañas tarde el brazo mueve.
Recatadas templanzas acelera,
Es á sus ojos la modestia aleve;
Zelos afecta, y generosa envidia
Del que admitiendo mas heridas lidia.

Contra el benigno pecho se enfurece,
Benignidades al furioso envia;
Asi, pues, con halagos iras crece,
Y con fierezas las agenas cria:
Manda á la guerra, pronta le obedece
De toda espada es movimiento, es guia,
Resplandeciente en el acero y malla
Veces usurpa al Dios de la batalla.

Ya en sus extremos pecholosa y densa,
Hierve la lucha y reconcentra alientos;
Mil y mil voces una sola inmensa
Fraguan, que excede en extension los vientos:
De uno y otro metal la ahierna ofensa
Multiplica al herir broncos acentos;
Y el que á los golpes rápido se ofrece,
Si rayo fulminó, yunque parece.

Es el acero rayo, el brazo acero,
Incendio el corazon, furia el talante,
El menor giro troncador ligero,
La menor fuerza inciso penetrante:
La accion mas tibia arrojamiento fiero,
El fragil golpe agilidad tajante,
La planta es bronce, la constancia es risco,
La voz horror, la vista basilisco.

Ya no hay diestra que entero corte esgrima,
Rompe el archa y alfange, el asta y filo;
Ni mortal hiere, ni eficaz lastima
La obtusa punta de venablo y pilo:
César no solo fervoroso anima
Sus escuadrones, mas con vario estilo
Si amiga diestra mira desarmada,
Le ofrece dardo, le ministra espada.

Unico á innumerables favorece,
A todos puestos incansable vuela,
Divídese en mil Césares, y ofrece
Igual á cuantos lidian la tutela:
Tal vez halló quien de pavés carece
En su amparo cesárea la rodela,
Y la mano de él mismo agradecida
La sangre á muchos restañó en la herida.

Ya, pues, les manda atropellar veloces,
Sin ley, sin rienda, obstáculos estrechos,
Y con aspecto de enemigo y voces
Espaldas impeliendo, anima pechos:
Insultos, rabias que contempla atroces,
Festeja y premia, por heroicos hechos;
Aunque ya se molesta, y se dedigna
De poner armas á la plebe indigna.

Retira de aquel vulgo toda diestra,
Y á la suprema accion rige la vista:
Al Cónsul sacro, al Senador les muestra,
Con quien solo sus armas enemista:
En tal círculo asigna la palestra,
Sabiendo ya que la civil conquista
Tiene alli el ser de la grandeza humana,
Y el corazon la libertad romana.

Alli estrecha rigores ya inmediatos
A la excelsa victoria; alli gemia
Roma en su centro con lamentos gratos
A ingratas fieras, que por hijos cria:
Vierte de Emilios, Léntulos, Torcatos
Sangre imperial, quien la adoró algun dia,
Y de heroicos Metelos y Corbinos
Nombres por su esplendor casi divinos.

Alli los mismos que á su invicta mano
Cedió la tierra, en partes conquistada,
Y acrecieron diademas al romano,
Mueren á golpe de romana espada;
Apenas pudo en el tropel villano,
(Aunque cerrado el rostro en la celada,
Con armas pobres y descuido astuto)
Ocupar lista de vivientes Bruto.

No se disfraza, porque el pecho esento
Teme, ó la mano su peligro extraña;
Mas porque á César la dirige atento,
Y facilita en el disfraz la hazaña:
Atreve pasos entre escuadras ciento,
Contrarios hierros de su sangre baña;
Y aunque al riesgo y la muerte se abalanza,
Ni la de César ni la suya alcanza.

No te aceleres, Bruto, ni te ofenda,
Si aqui desistes del asunto osado,
Que por tí gozará la misma ofrenda;
Célebre al mundo, el ínclito Senado:
Deja que César á la cumbre ascienda
De lo imperial, que gozará usurpado;
Será víctima insigne, en quien manchada
Mas purifique su esplendor tu espada.

Ya el plazo vuela en que el rigor concluya
Marte, y confuso el militar suplicio,
Con sangre popular mezcla la suya
Concurso ecuestre, consular patricio:
De memorables suertes á la tuya
Debo honor funeral, fuerte Domicio,
En cuya vida con indigno abuso
Siempre al valor la adversidad se opuso.

Con el grande Pompeyo, ¡oh cuántas veces
Padeciste en desdicha competida,
Y en la de todas última padeces
Muerte á infinitas astas cometida!
Ni clavado en sus puntas apeteces
Venias del César, ni segunda vida,
Pues mueres libre, y no excusáras vivo
Cuanto el imperio ha de llorar cautivo.

Vencedor César, que á Domicio via,
Dijo en modesta suspension risueño:
Vida y paz te ofreció mi cortesía,
Cuando Pompeyo guerra y mortal sueño:
Pues te ofendió el vivir por piedad mia,
Goza el morir por tu inclemente dueño;
Domicio, pues, airado sin agravio
Profirió voz de moribundo labio.

Dice, exhalando por la vista espantos,
Soy del Magno, y con gloria mas ufana
Muero en su heroica pérdida, que cuantos
En tu victoria vivirán tirana;
Y quiero presumir que uno de tantos,
Que aun te resisten con lealtad romana,
Me ha de vengar, manchando, como espero,
En tu alevoso pecho el noble acero.

Dice, y muere: ya ociosa la batalla
Sangrientas paces en desiertos mira,
Objeto apenas de sus iras halla,
Espiran tantos, que la guerra espira:
El clamor ya de combatientes calla,
Tal pecho á tiempos lánguido suspira,
Reducido lo bélico á suspenso,
Como á ceniza poca incendio inmenso.

Postrado, pues, y en parte fugitivo
Ya el campo de Pompeyo desparece,
Cuanto el de César en concurso altivo,
Llamado á instancia de las trompas crece:
Bien que en el arduo encuentro primitivo
Padeció estragos, ya Tesalia ofrece
Mezclada mortandad, la agena y propia,
En igual confusion, si en menor copia.

No lo exquisito contingente advierte,
Cuando la multitud densa atropella
Al que vertió enemiga sangre, y muerto
Bebe la misma al anegarse en ella:
Ni el que en despojos de su vientre abierto
Tropieza, y lo vital arrastra y huella,
O el que sin espirar hecho pedazos
Sus brazos quiere recoger sin brazos.

Ni al que á preciso fin corre ligero,
Y el llovido rejon clava su planta;
O el que no ve, y encuentra algun acero,
Y lejos de su muerte la adelanta:
Ni aquel diré, que amenazando fiero
Traspasó fiero dardo la garganta;
Y por condutos del metal violento
Huyó mas fiera el alma que el acento.

Ni humana voz describa al que inhumano
Cuando los cuerpos míseros despoja,
Si con horror conoce al muerto hermano,
Por negar señas su cabeza arroja;
O al que á su muerto padre la atroz mano
Vuelve remisa al desnudarle, y floja;
O le ultraja y arrastra, si desea
Que quien le mira, la impiedad no crea.

Al silencio daré memorias tales,
Bien que el elogio falte y vituperio,
A sacrílegos actos y leales,
Que honran é infaman el valor Hespério;
No agenos cante, no menores males,
Quien llora Italia tu difunto imperio,
Que por dolor sin límites le excusa
No solo el canto, el llanto de la musa.

Sangre allí macedónica y persiana,
Póntica y siria, y del inmenso Oriente,
De la region del Norte y la Africana,
Presumió distinguir vario torrente;
Mas ya de la civil sangre romana
Todas las sorbe universal creciente,
Que explayada á los últimos desvíos
Difunde un golfo al confundir mil ríos.

Hoy Tesalia renueva la fortuna
Tu forma antigua, pues el ancho asiento
Te anegan lagos, concurriendo en una
Mil fuentes de licor, bien que sangriento:
Cadáveres rebalsan tu laguna,
Espumas hierven, y al que mira atento
Muestran ser los prodigios militares
En mares que innovaste, y rubios mares.

Pompeyo, en cuanto la batalla ardia,
A toda opuesto pretendió su enmienda,
Y aunque no la consigue, insta y porfia,
Que lo fatal su ejecucion suspenda;
Pero ya que su esfuerzo en vano fia,
A esperanza remota se encomienda;
Pues del riesgo mayor se aparta, y quiere
Que la fe vana en lo imposible espere.

Los brazos de la suerte y del destino
Vió batallar por César, y encontrados
Con el piadoso ejército latino,
Y aun se promete reparables hados:
De un alto sitio al Hemo convecino
Le vieras contemplar desbaratados
Sus escuadrones, y en escaso alarde
De combatientes valerosos tarde.

Conoce, aunque distante, al que milita,
Y mirando el metal que esgrime y corta,
Sigue sus giros, y al gobierno imita,
Corriendo el pecho, si al efecto importa:
Con la voz, con el ánimo le incita,
A los que no le escuchan habla, exhorta;
Y si el cesáreo los ofende y hiere,
Solo por tantos ó padece ó muere.

Muere sintiendo por sus héroes fuertes
Mas rigor que arrojado en las furiosas
Armas, cuando ya fueron tantas muertes
Para la suya víctimas gloriosas:
Solo al piadoso cielo te conviertes,
Varon grande, con lástimas piadosas,
Compadecido de tus gentes pides
Menores iras, no menores lides.

Comporta el Magno, que aun entonces sea
Júpiter invocado, y sus deidades
No prescriban, les dice, una pelea
En destruccion de un mundo y mil edades:
Alza tu espada, inexorable Astrea,
Y en mí singulariza tus crueldades;
Pompeyo puede sin azar segundo
Ser infeliz permaneciendo el mundo.

Sin que derribes junto imperio tanto
Caeré á tu golpe, no tu ley revoco;
Y si al castigo que instituyes santo
Es mi cabeza sacrificio poco,
Mis caros hijos me dupliquen llanto,
Contra Cornelia tu cuchillo invoco;
No pida tu oblacion mas sangre y prenda,
Pues no hay en lo mortal mayor ofrenda.

Diosa, yo soy el blanco de tu ira,
No en tantos pierdas sin enojo el brío;
Ya en estas gentes mi gobierno espira,
Y cuanto ofende tu rigor no es mio:
Tal voz dilata, y los destrozos mira
Ultimos del tremendo desafio;
Vuelve al sitio, y el Magno en la campaña
Minorar sangre lo reputa hazaña.

Reliquias breves si á excusar las llega,
De igual trance las juzga no vencidas,
Con mas amor que potestad les ruega,
No quieran dar al vencedor mas vidas;
Siendo caudillo, causador se niega
De atrocidades tantas padecidas,
Y contra sí las pide á la fortuna
Como descuento á sus guerreros una.

Pero de todos, padre, abre los ojos,
Y la vida del Magno advierte agena,
E inclemencia entregalla por despojos,
Si á afecto igual lo universal condena:
Viviendo aun templa de la suerte enojos,
Y en la de César la altivez refrena,
Pues cuando mas sus dichas acrisola
Pompeyo es solo, si victoria sola.

Asi en veloz caballo, cuando ausentes
Sus esperanzas mira, el sitio deja:
Rompe adverso el tropel de combatientes,
Y del inútil combatir se aleja:
No en sollozos desfoga intercadentes
Su estrago, no del alma exhiba queja,
Ya es con los hados su batalla, y cobra
Esfuerzo tal, que á superarlos sobra.

No cambia aspecto al silbo de la lanza
O flecha que le arroja mano incierta,
Robusto al riesgo y blando á la venganza,
Ni el valor duerme, ni el temor despierta;
Los afectos en íntima bonanza
Solo al dolor que abonan abren puertas;
Que solo al espirar Roma anhelante
Constancia dolorosa es mas constante.

Como ya en otra edad triunfos blasones
En su igual ser no hallaron precedencia,
Menos hoy las severas invasiones
Le reclinan indómito á indecencia:
Glorias antes modernas opresiones
Se abrazan en concorde indeferencia,
Que si la suerte en el favor domina,
El valor grande es fuerte en la ruina.

Hoy de la antigua dicha alzas trofeos
Sin presentirla, ó Magno, en la esperanza,
Que no fue dicha entonces, fue deseo
De otro mayor, y que jamas se alcanza:
Deja pues guerras, seguirá su empleo
La sacra libertad sin blandir lanza,
Que es municion sin desnudez, que es gloria
Su parecer, y su razon vitoria.

La primera ciudad que fugitivo
Te abrió seguras puertas fue Larisa,
Tácitas muestras de infortunio esquivo,
Ya tu indecente soledad le avisa;
Te aplauden con respeto compasivo
Certificada la infeliz premisa,
Armas te ofrecen y favores suyos,
Aun hoy con zelo inalterable tuyos.

En tus honores célebre el disgusto
Por triunfante en lo adverso te reciben,
Justa oblacion; pues cuando Marte injusto
Y los dioses de Olimpo te derriben,
La sombra, el eco de tu nombre augusto
Precederá inmortal á cuantos viven;
Serás, aunque te postren al abismo,
Solo menor respecto de tí mismo.

Pompeyo es tanto, que si yace, aun puede
Conspirar nuevo mundo á lid mas grave;
Tal, que á sí mismo en dignidad se herede
Y en unidad cual la fenicia ave.
Pero cuando Larisa le concede
El poder sumo que en sus gentes cabe,
La fe estimando que la oferta incluye,
Su afecto admite, y el efecto excluye.

¡Oh ilustres confidentes! qué favores
Hoy lo serán, les dice, hoy que remata
Sus términos fortuna en los rigores,
Al cielo adversa, á Júpiter ingrata;
Si ya él mismo con ímpetus mayores
La crueldad no acrecienta, y la dilata,
Armando en mi defensa escuadras nuevas,
Que venzas, César, cuya sangre bebas.

Dice, y silvestre esconde su camino
Seguido de clamores y piedades,
Que blasfeman sacrílego el destino,
Y acusan inclementes las deidades.
Hoy reconoces ¡oh varon divino!
Si amorosos oficios son verdades,
Que entre lisonjas que á la dicha aclaman
El feliz no averigua si le aman.

Ya que en fondos de púrpura escondidas
César las vegas de Tesalia advierte,
Y de extrangeras y romanas vidas
Colmados los erarios de la muerte;
A sus legiones de vencer rendidas
Respirar manda, y el rigor divierte,
Dando al desprecio, sin mayor rescate,
Los pocos ya que perdonó el combate.

Mas porque en salvo apenas el vencido
No le renazca en el despecho aliento,
Y en cautelosa union restituido
Presuma restaurar su alojamiento;
De la cesárea industria prevenido
Fue contra el riesgo lo zeloso atento,
Que es necia dicha la que duerme y fia
Que humana adversidad no alterne el dia.

Con el fervor de la vitoria impera
Consecutivo asalto á los reales
De Pompeyo desiertos, y acelera
Al interes sin triunfo armas triunfales.
Gozad, soldados, la vitoria entera,
Dice, y los premios á la deuda iguales
Por sublimes hazañas yo os los muestro,
No digo os doi el galardon que es vuestro.

Riquezas del egipcio y asiano
Alli veis, y opulencias del ibero;
Cobre allí por sí misma toda mano
Su recompensa al triunfador acero;
La fortuna del máximo romano,
La gloria del total mundo extrangero
Yace vacante, y posesion desea,
Dueño pide aun mayor que la posea.

Nuestro ejército pide, y nos convida
Al preciso despojo y fácil presa;
No colérica voz ni encarecida
Menester fue para exhortar la empresa:
Hoy de todos el alma reducida
A un centro en él sus gozos interesa;
Pues ya que Italia sus injurias llore,
Codician premio que disculpas dore.

Asi en tropas con ímpetu arrojado,
Hallando cuerpos que su sangre hondean,
Y en rojos lagos inquiriendo el vado,
Las prosperadas tiendas señorean:
Hallan tesoro inmenso acumulado,
Donde la sed de la ambicion recrean;
No la mitigan, que al mayor tesoro
Rinde á codicias alimentos de oro.

Alli para magníficos intentos
Y de guerra estipendios liberales
Se matizaban toscos pavimentos
Con monedas y pastas de metales:
Mas aunque el Ebro y Tajo en opulentos
Senos, y el indio en minas orientales
Les preparasen montes de aurea masa,
Fuera la presa al robador escasa.

Ocultando tiránicas traiciones,
Alta noche apagó los aires claros,
Y convidó á quietud los corazones,
De sangre y oro hidrópicos y avaros:
Fortalecidos pues los escuadrones
En las robadas tiendas y reparos,
Sus lechos fabricando en los despojos
Dieron al sueño lánguidos los ojos.

Los del vulgo inferior con arrogancia
Vieras groseros alojarse ufanos
En el retrete y purpurada estancia
De patricios y cónsules romanos;
Allí afecta fortuna su inconstancia
Con abusos insólitos profanos,
Pues en lechos de Reyes aun se atreve
A prolongar el sueño la vil plebe.

Aquella noche las turbadas mentes,
Aun durmiendo, terribles y guerreras
Ilusiones conciben aparentes,
Combates fraguan de fantasmas fieras:
Golpes, violencias, furias precedentes
Vuelven á ser vestiglos y quimeras;
Brega el dormido, y respirante gime,
Y el puño y brazo sin acero esgrime.

Al grato amigo un tiempo y ciudadano
Ve el homicida, y con azar funesto
Le atemoriza y burla el muerto hermano
Representado en formidable gesto;
Jóven trasunto, ó varonil, ó anciano,
Distingue aspectos belicoso opuesto,
Ya es palenque agonal plumosa cama,
Envuelta en ira, hierro, sangre y llama.

Aun mas horror de estrépitos y espantos
Turban á César, y su paz durmiendo,
Que alli el universal sueño de tantos
Junto ocurre en epílogo tremendo:
Heridas, muertes, alaridos, llantos
Contempla, y de la trompa el ronco estruendo,
Que en los delirios soñolientos halla
Nuevo estupor de lóbrega batalla.

De toda espada juzga, y hierro duro,
Que ya los filos en su sangre esmaltan,
Ni las que espera en el rigor futuro
Del vengador Senado al sueño faltan.
Parcas, furias alli del Reino oscuro
Su lecho ciñen, y su pecho asaltan;
Muerte y abismo el vencedor concibe,
Y el vencido Pompeyo, ¡oh suerte! aun vive.

Ya cuando el sueño, que espantable juega,
De las luces de Oriente se retira;
Despierto el capitan, la ociosa vega
Mira en contorno, y nuevo monstruo admira;
Porque el distrito sus verdores niega,
Y el sangriento caudal á golfo aspira,
Siendo en partes los cuerpos cumulados
Escollos de aquel mar si no collados.

No descubre en sus piélagos orilla,
Tierra no ve en el fársalo terreno;
Le arrebata en absorta maravilla
Su propia accion, como portento ageno:
Mira el alto poder que un mundo humilla,
Si un hombre ensalza; y como sitio ameno,
Ve que cimienta allí la suerte humana
Romano imperio en destruccion romana.

Sacras solemnidades mezcla á espantos,
Logros viendo en sus votos y sus ruegos:
Dió al cielo gratitud en himnos santos,
Y en aromas tiñó los aires ciegos:
Los postrados cadáveres son tantos,
Que no permiten funerales fuegos,
Ni les consiente la infinita copia
Otro sepulcro que de sangre propia.

Ya que la niegues, áspera fortuna,
Varios entierros y distinta llama,
Confundidos merezcan todos una
Para mínimo lustre de su fama;
No en Tesalia reserves selva alguna;
Construya colmo de su inmensa rama
César, y en alto número y compendio,
Pues les dió muerte, les dedique incendio.

Fiera contra los míseros conspiras;
Pero no los ofendes, que la tierra
En su seno, á despecho de tus iras,
Toda materia que resuelve encierra:
Y si carecen de fogosas piras
Tantos hoy que extinguió bárbara guerra,
Vendrá siglo que llamas no vulgares
Con las tierras los arda y con los mares.

No diverso en el hombre un fin se advierte,
O en supremo lugar, ó inferior muera;
Desnudos los espíritus, no hay suerte
Que al poderoso en dignidad prefiera:
Libre de lo fatal vive la muerte,
Y firme el bien ó mal que el alma espera:
No al espirar le aguarda á César mismo
Mas alto cielo ó menos hondo abismo.

Igual incendio y honra el mundo apresta,
Que enmendará, fortuna, tus excesos,
Cuando mezcle el vital fuego de Vesta
Con las estrellas los humanos huesos:
Arderá universal llama funesta,
Donde á los cuerpos, de inclemencia opresos,
Dedique proteccion divino cielo,
Que al falto de sepulcro es urna el cielo.

Alli el alba sus limpios arreboles
Manchó en sangre, y el César vitorioso
Si no dió entierro á los romanos, dióles
Calladas honras de dolor piadoso:
En horror tanto se alojó tres soles,
Hasta que ya el humor denso y fumoso
De corruptos cadáveres le excluye,
Y vencedor de los vencidos huye.

No solo de farsálicas regiones
Corren las fieras al manjar cruento,
Que de remotos bosques macedones
Nuevas guerras convoca el alimento:
Respetado á los tigres y leones
Turba silvestre en el vapor del viento;
Estudia el sitio, y al concurso grato
Llama á los canes su nativo olfato.

Aguilas, buitres, cuervos, que sagaces
Pronosticaban el guerrero estrago
Deste y de aquel ejército secuaces,
Rectos se calan al sanguíneo lago:
Del Norte y hielo cándido fugaces
Las densas grullas desde el aire vago
Ven la seña, y tan rápidas se mueven,
Que de su nube como rayos llueven.

Sobre la ancha region remolinaban
Escaramuzas de rapantes aves,
Que revolando al viento embarazaban
Las corvas uñas con porciones graves;
Los árboles y riscos sangrentaban,
Y con alegres cantos no suaves
Llevan el vuelo á destilar pendientes
Sangre enemiga en las cesáreas gentes.

En mas hambre las fieras irritadas
Zelan el pasto con mirar torcido,
Se amenazan con greñas erizadas;
Y en voz ronca murmuran el bramido:
Del pródigo alimento al fin preñadas,
Sangre espumando, el labio reteñido;
Y los colmillos de trinchar gastados
Tregua á los muertos dan mal devorados.

Siendo inmensas las aves y las fieras,
Ya las fastidia por superfluo el cebo,
Remúdanse inconstantes y ligeras,
Solo viciosas de cadáver nuevo:
Entrañas, pieles aun reserva enteras
Inmensidad de cuerpos: alli Febo
Dispone á giros desde el Junio al Mayo
Desnudar huesos con asiduo rayo.

Los brutos ya, que convocó, destierra
La mortandad, y pestes evapora,
Hasta el simple esqueleto, que la tierra
Deshace, y en sus polvos le incorpora.
¡Oh mísera Farsalia! en cuya guerra
El comun ser minoridades llora:
¿Cuál fue tu error, que los decretos santos
Te eligieron patíbulo de tantos?

¿Cuál tiempo, cuál edad, qué estrella amiga
Dará silencio á tu memoria acerba?
En sangre el campo teñirá la espiga,
Y en rosicler adúltero la yerba:
La rota espada, el yelmo, la loriga,
Y cuantos bustos tu region reserva
Acordarán tu fama, siendo estorbos
Del recto sulco á los arados corvos.

Romanas almas, veneradas prendas,
Cuya ceniza en tí registra el cielo,
Te acusarán infame cuando ofendas
Su paz dormida, cultivando el suelo:
Aun en tí misma innovará contiendas,
Que otra igual pronostica mi rezelo
En esta cuyo escándalo anticipo
Solo en tiempo cual hórrido Arquetipo.

Debiera el alto Júpiter, pues hace
De tu campo sepulcro al nombre hesperio,
Donde en cenizas disipadas yace
El gran cadáver del humano imperio:
Aun desterrar la grei que ociosa pace,
Dejar desierto el tésalo hemisferio,
Que ni vecino huesped ni extrangera
Nave jamas violase su ribera.

Que ni la dura reja ó tosca hazada
Perturbase los huesos infelices,
Ni troncasen las hoces la dorada
Mies que en tus cuerpos hinca sus raices;
Ni la fúnebre yerba que regada
Con el purpúreo humor trueca matices,
Se diese en pasto ni gozase el bruto
Con sangre nuestra sazonado el fruto.

Pero ya induzco presupuestos vanos
En tu excepcion; pues dura ley pondera,
Que en sepultar ejércitos romanos
No serás sola, aunque serás primera:
Civil guerra los sículos é hispanos
Sin tí proseguirán; y en su ribera
El mar de Leucas, rebelando á Italia,
Con impío ejemplo imitará á Farsalia.

LIBRO DECIMOQUINTO.

Ya el vencido Pompeyo, generosa
Prenda usurpada á las funestas lides,
Llega á los valles que entre Olimpo y Osa
Fueron labor del hazañoso Alcides.
Por senda extraña y soledad fragosa,
En resguardo al vivir despierta ardides;
Huella el caballo el áspero terreno,
A estímulos remiso y torpe al freno.

Noble escuadra de pocos le acompaña,
Que no llamada sus destierros sigue;
Bosques penetra, evita la campaña,
Bien que á digreso circular le obligue:
Vario y secreto la asechanza engaña
Del contrario; si astuto le persigue,
Huirá de César al abismo y centro,
Que es darle triunfo, y el mayor su encuentro.

Usúrpale lo insigne en sus despojos
Cuando oficioso en recatadas señas
Vuelve á todo lugar veloces ojos,
Y hombres juzga los árboles y peñas:
Si las aristas débiles y abrojos
Rompe su escuadra al dividir las breñas,
Interpreta el rumor á salto extraño,
Y la fiel guarda militar engaño.

De quien le sigue, á defenderle expuesto,
Aun teme que alevoso insulto emprenda;
Que si bien de la cumbre excelsa al puesto
De sus desdichas ínfimo decienda,
Sabe que es recto apreciador su opuesto,
Y su cabeza inestimable prenda;
Que puede su interes airar piedades,
Y en traiciones cambiar felicidades.

No impide su disfraz, no su retiro
Que le conozca el rústico viandante,
Y le salude en íntimo suspiro,
Aun respetando trágico el semblante;
El que de Tempe caminando á Epiro
Senda traviesa le divierte errante,
Le encontró, y en su aspecto y pasos halla
Patente informe de infeliz batalla.

Espanta el Mágno hoy mísero, y apénas
Hace crédito él mismo de su daño,
Ya sin gloria y sin nombre en las agenas
Tierras le agrada interpolarse extraño.
Pero fortuna que convierte en penas
Gozos que un tiempo alimentó su engaño,
Aun de su fama y dignidad sublime
Tristezas forma y al opreso oprime.

Tragedias el dolor le representa
Con la prosperidad de que carece,
Toda memoria alegre hoy le atormenta,
Muere del bien, felicidad padece:
Tanto ofende la dicha, si acrecienta
Los años al feliz, y ella fenece,
Y rara vez la suerte en sus vaivenes
Conforma las edades con los bienes.

¡Oh ahalado imposible! ¡oh bien humano!
Mal serás bien si para no perderte
A lo precipicio importa lo tirano:
Pues califica al próspero la muerte:
Si aquella tarda, tu favor es vano,
Si aquella viene, tu remedio es fuerte,
No espere dichas quien morir no espera,
Y el que pretende asegurarlas, muera.

Zelado pues en áspero rodeo
Llega Pompeyo donde el mar termina
A Tesalia, y las ondas de Penéo
De civil sangre esmaltan la marina:
Ya le llama en distancias del Egeo
Lesbos de su Cornelia ara divina,
Y elige por veloz breve navío
Inválido á surcar pequeño rio.

Aun hoy, Pompeyo, las riberas griegas
Guardan tus floras y el leucadio seno,
Y tú abreviando magestad la entregas
A estrecho vaso y á gobierno ageno:
Con borrascas del ánimo navegas
En mansas olas y bajel sereno,
Siendo tu norte y observada estrella
No el signo boreal, Cornelia bella.

Riesgos no evita, aunque las armas huye
Cornelia en celos de mirada ausencia,
Porque en su afecto mas dolor concluye
El rezelo del mal que la evidencia:
El sutil miedo á la esperanza arguye,
De lo ausente es mas viva la presencia;
Sola Tesalia allí sin tregua ó calma
Las horas llena, le embaraza el alma.

Con la primera luz huye ligera
Del lecho enhque nocturna es la batalla,
Busca empinado risco en la ribera,
O torre preeminente en la muralla:
Mira el golfo, y su vista es la primera
Que el remoto bajel distingue y halla,
Y antes que al puerto el navegante arribe,
Impaciente le busca y le recibe.

Si delante le ve, silencios hiela,
Teme certificar lo que adivina.
Hoy pues descubre la funesta vela
De Pompeyo, ignorando su ruina,
Que no solo el dolor que ya rezela,
Pero su causa al puerto le avecina;
Surgir incierta nave, suelto el leme,
Mira, y llorar debiendo, solo teme.

Ya ve el caudillo que el anuncio lleva,
Escrito en los rendidos ojos, donde
Luego que con temblor leyó la nueva,
Ni ella pregunta, ni el varon responde:
Todo el semblante adversidades prueba,
Que en erizada barba el rostro esconde
Pálido y mustio, y con rudeza agreste
Encarece el afan grosera veste.

No el pecho amante de Cornelia pudo
Considerar tu aborto, oh navecilla,
Que su angustia la postra en el desnudo
Suelo espumoso de la mansa orillas
Vuelto en cárdeno lirio el labio mudo,
Matizada con muerte la mejilla,
Lo sensible vivaz se esconde, y dentro
Del alma aun ella desanima el aliento.

Aun la arteria, y sus índices la vida
No informan sufocantes ni apacentes;
Preténdela cobrar restituida
De espíritus las tímidas sirvientes,
Y acusan al dolor por homicida:
Llega Pompeyo, y calman las frecuentes
Quejas, en cuanto por su medio alcanza
Desengaño el temor ó la esperanza.

El piadoso consorte en acción lenta,
Cortés y docil al siniestro brazo
La prenda encarga, y restaurarla intenta
Con modesta caricia y dulce abrazo;
Ya siente el pecho al que vital alienta,
Dormida el alma aun reconoce el lazo
Del amante, y llorando sentimientos
A inciertas luces abre ojos atentos.

El con grandeza respetable y nueva,
Aspero la divierte, aunque amoroso,
Pues lo excesivo del sentir reprueba,
Y le acuerda al valor lo generoso.
¿Qué vulgar, dice, indignidad te lleva
Al terror femenil de un belicoso
Trance adverso con maestras de pesares
Aun superfluas en últimos azares?

De engrandecida estirpe ínclita rama
Eres, y el sexo califica tierno;
Si aspiras al blason, donde te llama
Con varonil celebridad lo eterno,
No te ocasionan tan ilustre fama
Bélicos triunfos, no civil gobierno,
Que en mis fortunas ínfimas avaras
Pueden tus dichas ensumbrar sus aras.

Yo te seré, sin mejorar mi estado,
De mas gloria vencido que triunfante,
Si de mí mismo á oposicion del hado,
Eres en lo infeliz mayor amante;
Y hoy que me falta Roma y el Senado,
Y los Reyes del Austro y de Levante,
Tú mis codicias sola en vez del mundo,
Por tu esposo sin título segundo.

Solo á Pompeyo muerto un pesar tanto
Debes en ley de honor, Cornelia; advierte
Que es entre esposos mal acepto el llanto,
Que se adelanta funeral sin muerte:
Vivo me ves, yo no te falto en cuanto
Solo faltó mi afortunada suerte:
Si soy el que amas, tu lamento baste;
Si lamentas fortunas, eso amaste.

Del alto razonar mal persuadida,
Pudo en sus plantas sostenerse apenas;
La voz mueve en sollozos confundida,
Nuevos mares derrama en las arenas:
Mísera yo, cuya afliccion convida
Con propio estrago lástimas agenas;
Y á quien me elige esposa contribuyo
En dote cierto el perdimiento suyo.

O quien ántes al yugo se entregára
Del fiero César, pues por mí el romano
Llora rendida su prosapia clara,
Siempre enemigo en nuestra injuria ufano;
De mí, y á un tiempo de mi suerte avara,
Consorte Craso ilustra al asiano
Con su muerte, y de tantos que inmortales
Los llora Italia en trágicos anales.

En voz de Juno, Erinis intervino
A aquellas bodas, y á las tuyas luego
Desde la Persia á la Tesalia vino
Contra tí, respirando aun mayor fuego;
Yo he manchado tu cándido destino;
Este es el crimen que irritada alego
Contra mí, y el castigo solicito,
Llamando tu venganza á mi delito.

No á tu enemigo mas y mas prosperes
Con mi asistencia, que á infeliz te obliga,
O indigno de mi tálamo; pues eres
A quien mi estrella con mi mal castiga;
No mis desdichas últimas esperes;
Huye de tanto azar, porque te siga
Tu igual suerte, y seré calma y sosiego
A lo civil, cual Ifigenia al griego.

Darme á este mar por víctima codicio,
Y que él te lleve salvo á otra ribera;
Hacerte pude mas acepto oficio,
Si en tu mayor tranquilidad muriera;
Mas hoy puede enmendar mi sacrificio
Aun tesálicas pérdidas, y espera
Mi espíritu (si cerca de tí mismo
Es destruccion) ser triunfo en el abismo.

Aqui enmudece, y con afan mas triste
Repite el seno de Pompeyo, en cuanto
Lloroso el vulgo que á su queja asiste,
Mal comporta un pesar piadoso tanto;
Aun la entereza heróica no resiste
Del Magno afectos de sensible llanto,
Pagan á Lesbos flébiles tributos
Ojos que vieron á Tesalia enjutos.

A la ribera ya sin orden viene
Aunque en fervores íntimos unido,
Pueblo isleño de Timnia y Mitilene,
Que aplausos rinde al Capitan rendido.
Todo siglo, le dicen, nos previene
Por tu causa esplendor contra el olvido;
Pues te dignaste honrase nuestro muro
Prenda tanta en depósito seguro.

Por este honor que nos consagra altares,
Juntos pedimos, Príncipe romano,
Que en Lesbos tu civil asunto ampares,
Y guerra fundes en el ocio urbano;
Aqui á tu nombre poblarán los mares
El trace, el griego, el calabrés y albano;
Seguirá tu favor no procurada
De inmensas velas espontánea armada.

Aun gentes que te deben lealtad rara,
Hoy se han de unir á César como agenas;
No Lesbos, pues el hecho la separa
De que alojó á Cornelia en sus almenas:
Montes la ciñen isla, el mar la ampara;
Aquí altiveces contrapuestas frenas;
Pues no expugnan asaltos belicosos
Muros de monte ni de muros fosos.

Aquí es ley que concurran tus secuaces;
Si es tu presidio destinado y cierto,
Debes cuando de fuerza te rehaces,
No divertirlas de notorio puerto:
Sino copiosas belicosas haces
Te ofrecemos, Señor, y el muro abierto
De Mitilene y Timnia que venera
Tu guerra sacra, y prosperarla espera.

Despoja los adornos y tesoro
Del mayor templo, simulacro y ara,
A Pompeyo vencido ruega el oro,
Que contra César vencedor se armaria;
Hónranos pues, y con igual decoro,
No se murmure, no, que tu fe avara
De Lesbos hizo estimacion diversa
En la sazon dichosa que en la adversa

Dicen, y el que los oye alegre y vano
En sus penas celebra agradecido
Ver entre los humanos pecho humano,
Que invencible lealtad guarda al vencido.
Testimonio, responde, es soberano
De la fidelidad que he presumido
Vuestra, el hacer depositario empleo
En vos del bien que atesoré y poseo.

Ya vuestro muro de mi honor fué dueño,
Patria adoptada y tanto preferida,
Que os dejé el alma en posesion y empeño,
Cuando á Roma entregar temí la vida,
Lesbos fue alivio á mi vigilia y sueño,
Siempre indeleble imágen esculpida;
Y en vos hoy halla mi postrado aliento
Compensacion á pena sin descuento.

Os dí á Cornelia, y la negué al romano,
Y aunque á César hicísteis enemiga,
No rezelé dejar en vuestra mano
Tanta ocasion de restaurarle amigo;
No mi experiencia solicite en vano
De examinada fe mayor testigo;
Pues del tirano sin ejemplo nuevo,
La indignacion mas relevante os debo.

No me permiten ocio hoy las deidades:
Si os dejo, es dura ley de obedecellas.
¡Oh Lesbos! cuyo nombre las edades
Esculpirán eterno en las estrellas.
¡Oh Lesbos! si aprendiesen tus lealtades
Las provincias del orbe, pues en ellas
Voy á inquirir si el voto que celebra
La amistad sacra es permanencia ó quiebra.

¡Oh si tu fe imitase quien me espera
En Libia, en Asia y en el indio extremo!
Tu fe alabo por grande y por primera;
Por única y por última la temo:
Muchas la imiten, proseguirla quiera
Favorable á mi causa el Dios supremo;
No en tu fe sola el ejemplar limites;
Mayor será si semejanza admites.

Tal se lastima, y lástimas conmueve:
Luego á Cornelia embarca, y sigue el viento,
Alaridos fundió, si llantos debe,
El vulgo, y fue terror tierno el acento:
Ligereza adelante el vaso breve,
Cuando Lesbos le envia el movimiento;
Y exhalando en la orilla sus pesares
Se arroja casi á trascender los mares.

Sobre las ondas claman y suspiran,
Y dependientes de la nave, al cielo
Las manos alzan y los brazos giran;
Cual si la hubiera de alcanzar su vuelo:
De la ribera tarde se retiran,
Consistente en el alma el desconsuelo,
Y lloroso el discurso en los azares
De ausencia y desaciertos militares.

Y aunque en desvelos del silencio oscuro
Pompéyo y su memoria los afana,
Aun mas Cornelia, que ejerció en su muro
No mayor fausto ó presuncion que urbana;
Y si hoy partieran á gozar seguro
Triunfo civil de la invasion tirana,
Aun fuera mas llorada que aplaudida
En Lesbos la vitoria y la partida.

Docil Cornelia y grata oprimió el cuello
Mas altivo, imperando á la nobleza,
Porque en lo honesto acreditó lo bello,
Y en su decoro la humildad fue alteza;
Pudo rendir al vulgo y convencello
A adorar en su agrado mas grandeza,
Que si al ilustre aprecia el ciudadano,
Por mas divino juzga al mas humano.

Dando á la luna el sol cetro segundo,
Cubrió sus luces en el mar de Atlante,
Para ostentarlas al opuesto mundo,
Si es que le aguarda antípoda habitante:
Dado Pompeyo al meditar profundo,
Y en tropel de discursos vacilante,
Ninguno admite, que en desdichas tales
Niegan materia de eleccion los males.

Socorros de Asia conspirar previene,
Y los supone de la Scitia y Batro,
Ya pide á Egipto escuadras, y á Siene,
Maquinando al favor vano teatro:
Nada resuelve, aunque propicios tiene
Los del globo comun ángulos quatro;
Al mal se rinde, y engañarle espera,
Dado tal vez á diversion ligera.

Sin mas fin preguntó (sulcando aquellas
Desiertas ondas) al piloto experto:
¿Cuál observada erudicion de estrellas
Le da en incierto mar camino cierto?
¿Cómo las playas investiga, y ellas
Lejos permiten reconozca el puerto?
¿Con cuáles astros le gobierna al paso
Claro el Oriente y lóbrego el Ocaso?

El marinero práctico responde
Grato á cuestiones que ejercita y sabe:
No estrella alguna que en el mar se esconde
Al pretendido fin dirige nave:
Solo del Norte la observancia (donde
Corre á la vista el eje firme y grave,
Y Occidentes evita) en contra al Austro
Nos rige atentos á la luz del Plaustro.

Todo el signo que vaga en mayor giro
Engaña al que su círculo proclama;
Yo pues, si en alto sobre el árbol miro
Estrellas de Calisto ó Cinosura,
Debo juzgar que al Bósforo retiro
Lejos mi nave, y si á menor altura
Bajan estas, huyendo de la gabia,
La Siria allí demarcaré y la Arabia.

Si ya por lo inferior de las entenas
Sus lumbres todas me descubre el polo,
Sirtes sospecho y líbicas arenas,
Que ya se acuestan al fervor de Apolo:
Dentro del roto mar playas agenas
Se dilatan al Austro; en estas solo
El Canopo, al Antártico hemisfero,
Será la luz que observe el marinero.

Tû pues me ordena dónde iré, no acaso
Yerre, y descuidos sulque mi navío.
Replica triste el Magno: estudio escaso
Te pide el arte en el supuesto mio;
Lejos de Ausonia y de Tesalia el vaso
Pretende alargues al mayor desvío;
Si estos parages infestados huyo,
Ninguno temas, todo mar es tuyo.

Siendo Cornelia solo mi cuidado,
Navegue á Lesbos, y aun la causa es una,
Asi mi gran depósito cobrado,
No puede errar el puerto aun la fortuna.
El piloto, que libre y descuidado
Al bajel no encargó derrota alguna,
Ya el timon tuerce, y con diversa entena
Busca del Asia la siniestra arena.

Luego al trocado rumbo de la quilla
Con rumor vario el piélago se queja;
Asi de Europa y su alevosa orilla
En diametral oposicion se aleja:
Con destreza mayor la navecilla
En torno gira, y á Tesalia deja,
Que olimpio carro cuando honor le incita
Tocar la meta que circunda evita.

Pedas dió el alba al prado, lustre al viento,
Cuando amigo bajel huye de tierra,
Que del Príncipe Magno en seguimiento
Reliquias lleva de la adversa guerra:
No es el alto rigor tan desatento,
Que no otorgue al que mísero destierra,
Viendo los hados en su mal proteryos,
Súbditos Reyes, Senadores siervos.

Estos le buscan, y anterior precede
Sexto, aunque todos, como padre caro,
Ya le saludan; que Pompeyo aun puede
Solo ser patria, ser huyendo amparo:
Antes que alguno la ribera hospede,
Al Rey griego, al ilustre Deyotáro
Llama el caudillo, y en arenga corta
Así á inmediata expedicion le exhorta.

Heróico y generoso confidente,
Vínculo firme al ítalo y greciano,
En la Tesalia has visto el precedente
Exito del civil campo romano:
Solo en regiones bélicas de Oriente,
Donde mas se difunde el asiano,
Si á la enmienda solícito intervienes,
Puedo á la patria aun coronar las sienes.

Allá te aparte, ó Rey, donde fomentes
Mis favores; despoje sus riberas
Tigris, y con armados combatientes
Prefieran á sus reinos mis banderas
Todos deben concordes y obedientes
Hoy sus lealtades renovar primeras;
Deben marchar veloces al Ocaso,
Y honrarse con mi triunfo y mi fracaso.

Tanto promete aquella fe constante,
Que pudo con Arsácides unirme,
Jurada allí por mi lacial tonante,
Y por sus magos aceptada y firme:
Hoy la expenda, y ejército levante
Contra un César que insiste en preferirme;
Pues confundida en pérdidas y llantos
El Asia, preferí su reino á tantos.

Así dispone, y pronta diligencia
El Rey promete con silencio, donde
Sustituye respuestas la obediencia,
Porque la accion, y no la voz responde:
Fue el despojar su púrpura decencia;
En pobres señas lo Real se esconde;
Trage servil elige, y tan plebeyo,
Que aun le dedignan siervo de Pompeyo.

Tal vez si el cetro retener procura,
De lo menor se ampara la grandeza,
Tanto menos violable y mas segura
Que el reino y la corona es la pobreza:
Ya el Céfiro las naves apresura;
Tocan la orilla donde el Asia empieza;
Parte el Rey griego, á quien defiende el trage,
Y Pompeyo adelanta su viage.

Sulcar le mira los icarios mares,
Efeso, Colofon, Coo, Samo y Gnido,
La clara Rodas, donde el sabio Cares
Labró coloso, que admiró esculpido;
Las talmesias riberas circulares,
En cuyo extremo, á la Cilicia unido,
Panfilia yace, y su confin desierto
Dió á los bajeles fugitivos puerto.

Alli surgen acaso aun recatados
De cursar poblaciones; asi en breve
Recuperan el mar, solo guiados
Del primer soplo que los lienzos mueve:
Ven del Tauro los hombros relevados,
Y caudaloso el Dipsas de su nieve;
Alli Cilicia su region dilata,
Donde Pompeyo aniquiló al pirata.

¡Oh varon sin fortuna! mal creyeras,
Cuando al cíliso triste fugitivo,
Que hoy en sus mares temeroso huyeras
Y salvo por humilde y no ofensivo
Llegas puma de Celendre á las riberas,
Y siguiendo su margen sucesivo
Les da escondido puerto en breve seno
Carado de las sidas de Selene.

Alli Pompeyo de una y otra nave
Redujo corto número de oyentes,
Nobles patricios, á infeliz conclave,
Donde tristezas eigan elocuentes:
O vos, propone, en quien asiste y cabe
Roma y su trono, para mí presentes;
Pues aqui os sirve, en fácil ornamento
Dosel Jove, Neptuno pavimento.

Vencidos, fugitivos, entregados
A extraño mundo y bárbaro, no temo
Dar vuelos á solícitos cuidados,
Conspirar medios al peligro extremo:
Asuntos fabriquemos impensados,
Arda en venganzas el valor supremo:
Que no en Farsalia fenecí, ni hay modo
De poderse acabar Pompeyo todo.

No hay guerra que tan áspera lastime,
Que no reserve, excelsa mi cabeza;
Estragos Mario lamentó, y sublime
Ascendió al fin á consular grandeza:
Menor hombre que Sila es quien me oprime,
Y el Cónsul no igualó mi fortaleza,
Ni mis armas; pues griegos y epirotas
Aun hoy respetan en su marmol fastas.

Y si todas mis gentes padecieron,
No acabaron, aun viven esparcidas;
Presumir puedo que en Tesalia fueron
Desbaratadas solo, no vencidas;
Hazañas que mi nombre engrandecieron,
Aun son del mundo amadas y temidas y
Sola mi fama arguye fuerza, y sola
Huestes conspira y águilas tremola.

Meditad pues, de los humanos, cuáles
Reinos hoy pueden con reciente amparo
Darnos seguras armas y leales,
En Asia ó Libia, ó en la egipcia Faros;
Yo con afectos á la causa iguales
Os debo ser al conferir no avaros;
Temo el favor de Egipto, ó no le creo
Por la pueril edad de Ptolomeo.

La fe y lealtad no vive ni se alcanza
Sin la entereza de la edad robusta;
Con mas fuerza recata mi esperanza
Juba, el tirano de la Libia adusta:
Siempre Cartago clamará venganza
Contra Cipion y su memoria augusta;
Hoy Anibal vencido al Rey provoca,
A quien por breve línea en sangre toca.

Y el Rey por la victoria envanecido,
Contra Curio en ejemplo á Italia raro
Hoy nos desprecia, habiendo precedido
En gloria y armas al ilustre Varo.
Solo del Asia el término extendido,
Y en luces fértil del Oriente claro,
Juzgo acepto presidio, y que podemos
De esta playa marchar á sus extremos.

Allí es todo mayor que en nuestro clima,
Mas anchas vegas, mas soberbios montes;
Da á los caballos cuerpo, y los anima
Aire fecundo y temple de horizontes:
En lo viril naturaleza opima
Desde las ondas que derrama Orontes,
Hasta donde aparece infante el dia,
Solos esfuerzos belicosos cria.

Aun los solares rayos á los nuestros
Vencen, y el golfo en púrpura se enciende;
El uso aun sin edad hace maestros,
De lo pueril lo militar depende;
De los flecheros ágiles y diestros
No solo el hierro por agudo ofende,
Que para instancias de matar secretas
De veneno alimentan las saetas.

En toda parte que la punta asiente
Hiere insanable su impresion traidora;
Por la herida menor cabe la muerte
Muerte es la sangre si la tez colora.
En region pues tan preferida y fuerte,
Donde mas se engrandece vencedora
Mi insignia, espero dóciles y humanos
Los ánimos, la fe, la industria y manos.

De Arsácides, Tigranes y Faraones,
Y otros Reyes magnánimos deudores
A mi antigua amistad por firmes pactos,
Os prometo recíprocos favores:
Y si en los fueros de razon sagaces
Aquellos reinos sospechais traidores,
El sentir vuestro aguardo, proponedle,
Mi voto es persuasible, no rebelde.

Mi ardor sin queja tolerar consiente
Naufragios, muertes en desierta zona,
Por no rendir mi coronada frente
A las mismas que he dado la corona:
Es acto noble aun el morir ausente.
En destierros intactos á Belona,
Si en ellos huyó el padecer crueldades
Del fiero César, ó admitir piedades.

Solo afirmo, que en fe de mi memoria,
No al Asia puedo suponerme adversa:
Compitieron allí en mi obsequio y gloria
El medo, asirio, parto, armenio y persa;
Todo Oriente fue un triunfo, una victoria,
Epílogo en mi honor; no asi diversa
Juega fortuna, que su vario vuelo
Hoy da al abismo lo que ayer al cielo.

Y observad cómo nuestro imperio alcanza
Utilidad forzosa en que el persiano,
Que de Craso triunfó, vuelva su lanza
Hoy parcial con mi ejército romano:
Pues si venzo, consigue la venganza
De César, Roma exenta de tirano;
Y si vencido soy, muere conmigo
El bárbaro de Persia su enemigo:

Dijo, y de todos el suspenso oido
Aun le atiende con labio recatado;
Pero el breve silencio interrumpido,
Con murmurio le acusan encontrado;
Léntulo, por ilustre preferido,
Que autorizó moderno el consulado,
De argumentos sofistico y difuso,
Menos prudente que locuaz se opuso.

(ardia

No, el fuego ¡oh Magno! que en tu esfuerzo
Temple, le dice, su fervor, pues una
Sola guerra tesálica en un dia
Mal rendir pudo tu imperial fortuna:
No cspitó lo universo, que vivia
En tí, ni tanto descaeció, que alguna
Region no te agilite la subida;
Mas alta que profunda es la caida.

¿Tanto ya desesperan nuestras lides,
Que solo en el confin del asiano,
En vez de manos que te exalten pides
Los pies, donde te postres, del persiano?
Nuestros dioses afrentas, si te mides
A extraña ley sacrílega, y anciano
Profesas culto y religion diversa,
Hoy pueril catecúmeno del persa.

Donde invicto encumbrarte el cielo quiso
iedes rendirte á obsequios de vasallo;
a libertad pretendes, fin preciso,
ue en tí le desconozco, ó no le hallo;
nes yerra asi la ejecucion tu aviso,
ue destruye al intento el procurallo;
lo es libertad, ni sombra ó semejanza,
i con sujeta adoracion se alcanza.

De Roma eres caudillo electo, y uno
'ara interna batalla nuestra apenas,
No la traslades á extrangero alguno,
No rieguen otros campos nuestras venas:
Deja al Oriente de tu sangre ayuno,
No llames al rigor manos agenas;
¿Quieres que el persa, como falsa espía,
Mienta socorro, y funde tiranía?

Mal presumes librarnos de tirano,
Si nos das vencedor al persa aleve:
César nos venza, y reine hombre romano;
No mejor cetro al bárbaro se debe:
Cedióle Craso triunfo soberano,
Tú eliges que el mayor le apreste y lleve
Hoy nuestro ruego mismo, en que le abona
Tu eleccion por idóneo á esta corona.

Sola aquella nacion faltó á la liga
De esta guerra, y su fin temió dudoso;
Y esperas hoy que favorable siga
Al vencido, y contraste al vitorioso:
Si el reputarla bélica te obliga,
Solo del Norte el Asia en lo escabroso
Es guerra, influyendo aquellos cielos,
En pechos llamas, si en peñascos hielos.

Mas el pueblo comun del ancho Oriente
Teme el combate, ni el clarin le incita;
Nace allí el sol, cuya niñez clemente
Ama el tierno regalo, armas evita:
Cándidos lienzos su cabello y frente
Ciñen, y el trage lo femíneo incita
Con talares adornos, bien que engaña
Su veloz curso en la marcial campaña.

Flechando el arco en derramadas riegas
Vuelta la espalda ofenden fugitivos
No en selvas y montañas broncas riegas,
Que es la coartada de peñascos vivos:
Nunca imitan las italas y griegas
Fuerzas, en padecer intempestivos
Climas de escarcha, y los del Austro ardientes,
Tolerar hambres, superar torrentes.

No trabucos ó máquinas secretas
Ejercen, ni el batir del aries duro;
Quien hallará defensa á las saetas
No busque en Persia mas trinchera ó muro:
Ni allí se jactan de la lucha atletas,
Lejos el flechador lidia seguro
En libre campo; que en espacio estrecho
Ni el brazo es ágil, ni robusto el pecho.

Y el valor propio fíndase en la espada,
Que el herir de la flecha es acto ageno:
Persia su actividad tiene fiada
Al hierro volador y á su veneno:
Yerras, Pompeyo, si adquirir te agrada
Socorros hoy deste falaz terreno,
Que á sus yaras, usando el traidor baño,
Manchan la punta en venenoso engaño.

Traicion villana, ¿no favor te espera
En la falsa adopcion del parto y medo?
Y si á Cornelia miras, aun debiera
Dolor mas firme estremecer tu miedo:
La delicia bárbara y grosera
Notar apenas de sus Reyes puedo,
En cuyos Reinos y lascivas cortes,
Un tálamo consumen mil consortes.

Y de todas el Príncipe ceñido,
Bruta el alma y en Baco trasportada,
Frecuenta variable, y no escondido,
Lo que la fiera ejerce aun recatada:
Venus al parentesco mas unido
No respeta en lascivias relajada;
De ilícito consorcio deshonesto
Les nacen Reyes y de torpe incesto.

Quién obra así no dudes que blasfema
De cuanta fe y lealtad firmó tirano;
No es valiente el honor, si aquí no teme
Y adúltero motivo da al persiano:
Tal, que su vicio incontinente extreme
De tu afrenta mayor amante insano;
Pues será incitamento á su apetito
La enormidad del ínclito delito.

El venció á Craso, y dispondrá severo
Contra el que es mas la infamia y la cuchilla;
Guerra infiel nos presenta, y lisonjero
Le correspondes con la paz sencilla:
No milite civil de hoy mas tu acero;
Perdona á Cé-ar, y al de Persia humilla;
Que estragos Roma padeció mas viles
En su guerra oriental que en las civiles.

Venganzas de Asia es tu mayor trofeo,
No hay favor suyo, sin que á Italia afrente;
Aun al tirano César le deseo
Que se corone vencedor de Oriente:
Contempla en puridad sin devaneo
Que al descubrir del Tigris la corriente
Oyes gemidos, y te sale al paso
En fantasma el espíritu de Craso.

Considera en mil flechas erizada
Su imágen, y que en voz dice sañuda:
Yo en el Asia esperé, Magno, tu espada
Por mi honor y el república desnuda:
¿Cómo pues tu razon prevaricada
Duplica oprobrios á la patria, y muda
El rigor de legítima venganza
En caricias del persa y alianza?

Luego sus quejas seguirá el confuso
Número allí, que disipado en piezas
En toda almena el babilonio puso
Por irrision sus miembros y cabezas:
Pueblo romano, que al furor se opuso
Del Asia, y tributándole riquezas,
Vió el alto Eufrates prósperos y lozos
Sus campos de la sangre y los despojos.

Si tales espectáculos intentas
Ver en Persia pacífico y templado,
Mejor verás las tésalas sangrientas
Vegas, y á César rogarás postrado;
Ya que insistiendo en lo civil consientas
Nuevo socorro investigar prestado,
La region del Egipto y la africana
Es fiel á Roma, es súbdita romana.

Si da sospecha de intencion perjura
Juba, el soberbio Rey, con vario empleo
Hallarás hoy felicidad segura
En armas del egipcio Tolomeo;
Cuyo reino dichoso guarda y mura
La gran Sirte en marítimo rodeo;
Y sus campos el Nilo juzga estrechos,
Cuando espacioso duerme en siete lechos.

Tierra que no codicia externos frutos;
No invoca pluvia ni lamenta estío;
Sus valles la enriquecen nunca enjutos,
Regados siempre del fecundo rio:
Caudalosa de fértiles tributos
No pretende en su mar surto navío,
Ni la edad de su Rey pide recato;
No hay juventud sin lo amoroso y grato.

Su Rey es tuyo, á tu dominio toca
Hoy su heredad paternal tutela,
Y en años cortos la malicia es poca,
Cuanto es mucho el temor si la rezela:
Antiguo el cetro la equidad revoca,
Admitiendo el rigor fraude y cautela:
Y aunque lo astuto hipócrita se abona,
Siempre el uso deslustra la corona.

Y es feliz siempre el reino y caricido
En los primeros años del que impera,
Dijo, y su acuerdo se admitió, aprobado
Por quien su yerro detestar debiera:
Ved cuánto en un ilustre derribado
La vil suerte indecencias delibera,
Pues los estilos que el decir no admite
Mas licencioso á Léntulo permite.

Mas tú, Pompeyo, de su libre labio
Apenas haces advertido exámen,
Que el de Farsalia poderoso agravio
Te impide quejas de menor gravámen:
Venció el voto imprudente al tuyo sabio,
Mas quiere el cielo que á su fin te llamen
Desacuerdos políticos traidores,
Dándote muerte al fin solos errores.

LIBRO DECIMOSEXTO.

Desechando la cílice ribera
Las naves, nuevo golfo las admite,
Donde á Venus el cíprico venera,
Porque en su espuma la engendró Anfitrite;
Nació la diosa, que lasciva impera,
Si nacer y deidad union permite;
O acaso hay argumento que convenza
Ser dios alguno cuyo ser comienza.

Pospuesta Chipre, tuercen á la diestra,
Y del africo sulcan largos mares,
Hasta que Faro sus antorchas muestra,
Cuando el Ocaso esconde los solares:
El nauta allí con diligencia presta
Rompe el agua en derrotas circulares,
Que adverso el viento al rasgo de la quilla,
Del Casio le negó tocar la orilla.

Con repugnancia al fin de las entenas
De instantes soplos engañando el brío,
Esta y aquella nave alcanza apenas
A extremidades del egipcio rio:
Alli coronan puerto las arenas
De Pelusio en recóndito desvío,
Y roto el Nilo al piélago comete
La mayor sola de sus bocas siete.

Era en el tiempo que la noche y dia
Parten las horas en balance alterno,
Las que al verano el sol contribuia,
Coartarlas quiere al esperado invierno;
Siendo sazon templada, ya ejercia
El jóven Rey su militar gobierno,
Y en la vecina costa casiana
Sigue á Cleopatra, su enemiga hermana.

Apresta el Magno renovado aliento,
Y halla las velas: fervoroso impele,
Aunque á estorbarle pertinaz el viento,
E incontrastable el ímpetu revele:
Con el recato desvelado atento,
Que cautelarse la milicia suele,
Antes le divisaron en las costas
Las atalayas y nocturnas postas.

Y con la escasa luz reconocido,
Que aun lustra mares desde el livio al tracio,
Alta fama redunda, y esparcido
Rumor hinche el egipcio extenso espacio:
El Rey, del nuevo huesped ya advertido,
Vuelve á Alejandría, donde ya el palacio
Llenan ministros bárbaros aleyes
Mal conciliados en consultas breves.

Al presuroso cónclave egipciano
Vino entre los ilustres Acoreo,
Que sacerdote en Menfis del profano
Apis honró su culto y devaneo:
Este de todos racional y humano
Fue aviso, no enseñanza á Tolomeo,
Que su docta vejez libre y zelosa
Huye la adulacion, verdades osa.

Paces acuerda, acciones investiga
Del muerto Rey y el capitan latino;
Lealtad que por herencia al hijo obliga,
De quien ya es padre el que á su puerto vino:
Con fiereza contraria y enemiga
Procedió el turno al voto de Fotino,
Tan enorme político tirano,
Que es en él toda voz dogma inhumano.

Fotino monstruo persuadió inclemente
Aleves actos contra el Magno augusto:
¡Oh cuantos, dijo, oh cuántos lo decente
Yerran temiendo profanar lo justo!
Honra al feliz, ó Rey, no al inocente
Si infeliz yace; que es favor injusto
Por sostener precipitada torre
Imitar su opresion quien la socorre.

Dista el honesto zelo del provecho
Cuanto el abismo de la imperea esfera;
Lo eminente y mayor caerá deshecho,
Si la equidad en su nivel pondera:
Posponer toda ley, todo derecho,
Permitir al poder fuerza severa,
Guarda los reinos; tiemble y obedezca
El vasallo servil, bien que aborrezca.

Ni obrar puede ni osar dignos rigores
El que excesos tremendos no ejercita;
Deje el cetro, renuncie los honores
Quien benigno y remiso se limita:
El imperar con vínculos traidores
Jamas con la virtud compuesto habita,
Y el que violencias de aspereza extrema
Ejercer teme, padecerlas tema.

Muera Pompeyo, pues soberbio excede
A despreciar tus años, persuadido
Que ni tu orgullo ni el de tantos puede
Defender tu ribera aun del vencido:
No asi te usurpe el reino, antes le hierede
Tu aborrecida hermana, si excluido
Nuestro derecho tu eleccion abona
Dar al romano egipcia la corona.

Ni cuando le trasfieras honor tanto
Puede el Magno gozar el premio tuyo;
César le vence en toda guerra, y cuanto
En ellas fuere del vencido es suyo:
Ya perdió el ser con el valor, y entanto
Su estado advierto, su cautela arguyo,
Pues incapaz de sostener combates,
Consortes de su mal busca penates.

Fue su enemigo César; ya el Senado,
Roma, Italia y el mundo es su enemigo,
Puesto que con error precipitado
Les dió en Tesalia general castigo:
De todos huye tímido y culpado,
Solo te busca por unir contigo
Desdichas y funestos ejemplares
Hoy que te gozas excepcion de azares.

Y aunque no engañe, conveniencias yerra,
Porque tus reinos en la paz compuestos
Revelar quiere, y que en inútil guerra
César deidad los abomine opuestos,
Viendo que sola nuestra Egipto encierra
Resucitados bandos contrapuestos,
Y al civil Marte domicilio funda
Nueva Farsalia para lid segunda.

Solo este crimen de su muerte es reo,
Y si tu cetro confirmó el Senado
A instancia suya, ó Rey, ya tu deseo
Dió á su victoria el voto y el cuidado:
Nuestro cuchillo preparó su empleo
Contra el rendido al disfavor del hado,
No contra el Magno, que mejor hiriera
A César derribado si él venciera.

Eterna potestad nos arrebata,
Y cielos de inclemencias movedores;
Forzosa es ya la operacion, no ingrata
Culpe en sus yerros él nuestros rigores;
Pues lo experto fatal no le recata,
Antes le arroja á examinar favores,
Y busca un reino, que el acero y filo
Solo ejercita cultivando al Nilo.

Cuyo gran lecho su region termina,
Y el hierro sola su labor profesa:
Bien levantar podrás tu la ruina
Donde Pompeyo y Roma yace opresa:
Bien infundir de la nacion latina
Vida en cenizas, y animar su empresa,
Restituyendo en fábricas triunfantes
Fulminados sepulcros de gigantes.

Si neutral fuiste, ¿cuál error concedo
Que al mísero en grandezas fugitivo,
Y provoques á César, cuando excede
Toda sublimidad su imperio altivo?
La amistad precedente observar puede
El mas grato en lo adverso sucesivo,
Si precedió el feliz tiempo á la pena;
Pero infeliz amigo ¿quién le estrena?

La inicua junta sin discordia admite
De Fotino rigor, ni el Rey le enmienda,
Se alegra sí, porque á su edad permite
Anciano tribunal faccion tremenda:
Presto el ejecutarla se remite
A Aquilas impio, que con libre rienda
Seguido ya de militar cuadrilla,
Al mar se entrega en suelta navecilla.

Luces dió el alba á la traicion del dia;
El bajel zarpa del infiel terreno,
Y en busca de Pompeyo se desvia
Hasta que toca de la Sirte el seno.
Responded, siglos, ¿cuándo Egipto cria
Altivez tanta, cuando el sitio ameno,
Que en tus lechos, ó Nilo, fertil bañas,
Engendró esfuerzo tentador de hazañas?

Tal yace Roma, que aun Egipto esgrime
En su oprobrio las armas; tan turbado
Lo natural su consistencia oprime,
Que trueca varonil afeminado.
Cielo, esta indigna vejacion redime,
No Menfis la cometa; alcance al hado
Del gran Pompeyo, no favor, no vida,
Sino muerte, y un César homicida.

Dime, femíneo Rey, ¿de cuál aprende
De los Reyes menfiticos tu espada?
Oye al Tonante, que su rayo enciende
Contra tu solio por la fe violada;
Lo sacro ultraja quien al Magno ofende,
Que en tres diversos triunfos coronada
Su frente hoy ves, porque arboló estandartes
Del conquistado mundo en las tres partes.

¿Qué ardor bastardo en tus afectos obra,
Si en tí, para humillarte á su coyunda,
La comun voz de sus hazañas sobra,
Y el nombre solo de romano abunda?
Mira que en vez de recompensas cobra
Muerte que en alta infamia te redunda;
Pues te dió la corona, y tu fiereza
Le quita á un tiempo el lauro y la cabeza.

Las itálicas naves, que impelia
Tarde el viento arribando al casio extremo,
Velas amainan, y la corta via
Rompen del mar con el favor del remo.
Aquilas ya desde su barca via
Al varon grande, que en lugar supremo
Y anterior nave sulca la marina,
Y en pacífica union se le avecina.

Con risa y faz el pérfido serena
Por su Rey le asegura franco el paso
Y hospedage benévolo, y ordena
Que de la nao descienda á estrecho vaso:
Finge que el mar, acumulando arena,
Las Sirtes cubre de licor escaso,
Trasverso y crespo, ni en sus fondos cabe
Sino encallada ó náufraga la nave.

¡Oh cuánto mas, Pompeyo, el leño breve
Tu naufragio y tu pérdida concluye!
Oye á los tuyos, cautelarte debe
Su persuasion, que convencido arguye:
Pero el decreto no se cambia ó mueve
Ya destinado, y tus aciertos huye:
Errar te manda, y con apremio estrecho
Dar al traidor mortal sencillo pecho.

Dijo un romano: Si hospedage ofrece
Al Magno el Rey, y con lealtad le espera,
¿Cómo no se adelanta, y le engrandece
Con magnífica pompa en la ribera?
Oye esta voz quien de eleccion carece,
Y en desaciertos el discurso altera:
Deja sus mares, y en la egipcia barca,
Renunciando al temor, llama á la Parca.

Ya pues Cornelia, que en peligro tanto
Ve al caro esposo de su nave ausente,
Sobre la egipcia con gemido y llanto
Tienta arrojarse atónita impaciente.
Síguela Sexto; pero el Magno en tanto
Al retirar la barca alzó la frente,
Y resistiendo á la consorte é hijo
Con voz oculta, ó temerarios, dijo:

Retiraos de la costa, y dando al viento
Lienzo veloz, con atencion suspensa
O la fe deste Rey, ó el falso intento
Examinad en mí sin vuestra ofensa.
Pero indócil Cornelia al documento
En mayor queja su dolor dispensa;
Rasga el aire su voz, los brazos tiende,
Y nivelada mal del vaso pende.

¿Dónde sin mí te partes?: ¿dónde, ó fiero,
Nueva Tesalia sin Cornelia inquieres?
¿Qué me buscas en Lesbos, si severo
Desampararme entre las Sirtes quieres?
Si ya el ser tuya restaurar no espero;
No el desecharme con crueldad reiteres;
¿No hay tierra donde alcance yo reposo?
¿Solo en los mares te merezco, esposo?

Asi clama, y pendiente el bajel mueve;
Su pecho apenas de los golfos dista;
Temiendo, amando, ni á mirar se atreve
Lo que rezela, ni á excusar la vista;
En Pompeyo suponen muerte aleve
Ya los romanos del peligro á vista,
Y solo temen que indecente pida,
Bien que la alcance, á los villanos vida.

Admitido en la barca engañadora
Septimio, nuevo sátrapa egipciano,
Le reverencia con ficcion traidora,
No es egipcio, es apóstata romano:
Militó con Pompeyo, hónrale ahora
Para exceder en impiedad lo humano:
¡Quién no juzgara favorable á Italia
Faltar este al destrozo de Tesalia!

Pero en crueldades pródigo el destino
Dispuso que genérico y frecuente
Llore tragedias el poder latino,
Y todo reino su invasion fomente.
Hoy será Egipto del furor divino
Sumo ejemplar, pues Júpiter consiente
Que por diestra romana en extrangera
Playa el mayor de los romanos muera.

Hoy concluyes, Pompeyo, última vida
Por quien fue tu soldado, fue tu espada,
Y te saluda al tiempo que homicida
Lleva tu muerte en la intencion callada:
Cuando César padezca igual herida,
Será en lo eterno accion abominada;
¿Qué pues dirá del homicidio astuto
Tuyo, Septimio, el que abomina á Bruto?

El Magno ya, cuando el furor desata
Libres filos en ímpetus villanos,
Solas fuerzas de espíritus dilata
Viéndose inhábil á ejercer las manos:
No del morir, del miedo se recata,
Y á sus ojos negando aspectos vanos,
Con la toga se oculta á los rigores;
No teme padecer, teme temores.

La menor queja aun varonil reprime,
Rezela en poca voz enorme afrenta;
El hierro Aquilas temerario esgrime,
Y en el heróico pecho le ensangrienta:
Desprecia el golpe, ni se indigna, ó gime
El varon, que al morir se experimenta,
Y oculto dice: ¿Cuál edad, qué historia
No infiera desta accion mi infamia ó gloria?

Los tiempos sucesivos á que aspiran,
Roma, tu fama, nombre y señorío
Miran este bajel, la espada miran
Del sacrílego Rey, y el valor mio:
Espire el cuerpo, que con él no espiran
Hazañas que inmortal consiguió el brio;
Tanto que solo yo derogar puedo
Hoy mis fortunas, si á infortunios cedo.

No pues lamente el alma estas heridas,
Aunque es el agresor vulgo gitano,
Por César las supongo cometidas,
Pues lo que obró su causa obra su mano:
No truecan ser en el morir las vidas,
Si existieron felices en lo humano;
Que en sucedidos tiempos las deidades
No pueden cancelar prosperidades.

Sexto y Cornelia con fervor atento
Me miran ¡oh valor nunca vencido!
Nueva razon te obliga que el tormento
Venzas, y en él escondas mi gemido:
Creciérales mi queja sentimiento,
Fuera mi menor llanto su alarido;
Y si morir me ven constante y fuerte,
Y se admiran, se alegran de mi muerte.

Asi robusto el discurrir guerrero
Venció inclemencias del rigor, en cuanto
Contra el pecho indefenso el metal fiero,
Aun de sí mismo es formidable espanto:
Cornelia al espectáculo severo,
Si explica afecto, no es dolor, no es llanto,
Es furia, es muerte que con prestas manos
Resisten y divierten los romanos.

Busca el mar y sepulcro en su elemento,
Apenas estorbada por furiosa;
Es á la voz que esparce angosto el viento,
Cuando grita angustiada y lagrimosa,
Ay, dice al espectáculo sangriento,
Yo soy, Pompeyo, tu homicida esposa;
Pues dando tiempo á navegar conmigo,
Te alcanzó en Alejandría tu enemigo.

César es este que el egipcio filo
De crueldad tanta no es capaz; mas seas
Ira de César ó traicion del Nilo,
La que en furor tan desigual te empleas,
Cambia engañada mano, cambia estilo,
Que si precisa ejecucion deseas
Contra Pompeyo, bien errada herida
Es la que ignora centros de la vida.

En mí le busque la violencia tuya,
En mí le puede herir, Cornelia muera,
Con mi muerte le ofendes, que la suya
Por perdonada solo le ofendiera:
Culpada fuí en la guerra, no me excluya
Por indigna tu golpe, antes confiera
Conmigo al Magno, á quien seguí ambiciosa,
Por ministra guerrera mas que esposa.

Y tú, infelice dueño, impiedad nueva
Fue separarme de tu suerte en vano,
Pues cuando al hierro tu eleccion te lleva
Darme vida es puñal mas inhumano:
Moriré, pues, y sin que el premio deba
De mi muerte benigna á extraña mano,
A las Sirtes daré mi cuerpo grave,
O mi cuello á las jarcias de la nave.

Permitidme este alivio, ó marineros,
O Romanos, si alguno es grato amigo
Del Magno, en vuestros cortes lisonjeros
Hallaré la piedad, si al rigor sigo:
¿Me resistís? ¿me sujetais? ¡oh fieros!
Yo á mi consorte invocaré testigo;
Pues aun él vive, y el romano ofende
Tal sus memorias que me ultraja y prende.

¿Quereis, ó aleves, mísera y cautiva
Venderme á César? ¡oh traicion! ¡oh afrenta!
Clamando así, la nao ya fugitiva
Del tremendo espectáculo la ausenta:
Con mas tropel y rabia sucesiva
Nuevas heridas el egipcio aumenta
Contra un pecho, que al tiempo que merece
Adoracion, atrocidad padece.

De atroces puntas al sangriento agravio,
Docil conforma el venerable bulto,
Ni gemido al dolor concede el labio,
Ni queja el alma aun al afecto oculto:
Cátedra funda de constancia al sabio,
Pues aun la toga y ornamento culto
No altera; y en esfuerzo heróico y sacro,
Es deidad, si en firmeza simulacro.

El romano Septimio que acelera
Del alto insulto el inhumano extremo,
Aquella ya mortal faz y severa
Arrimó al bordo en que jugaba un remo;
Del tajante metal coyunda fiera
Al cuello impuso del varon supremo,
Cuyas venas y nervios rudo y bronco
Siega y despoja la cabeza al tronco.

Tarde el corte sus vínculos quebranta,
Que en siglos nuestros aprendió el acero
Aplicar diestro el filo á la garganta,
Y troncarla con ímpetu ligero;
Segada aquella con torpeza tanta
Constituyó en Aquilas el primero
Honor Septimio; trasladó á sus manos
La sacra faz; ¡oh afrenta de romanos!

Pues ya excediste al capital delito
En que atroces ejemplos aniquilas,
Lleva tú el don al Príncipe de Egito,
Y no te rindas siervo al siervo Aquilas:
Hoy ceden á lo trágico infinito
Fierezas ya de Marios, ya de Silas;
No hay mas queja que el Magno, aun de su nombre
Toca al dolor la magnitud, no al hombre.

Su faz, cuyos semblantes veneraba
La tierra al yugo de un imperio unida,
Sangriento dardo la suspende y clava,
Ya por notoria y alta envilecida;
Aun el aspecto anhélitos pulsaba,
Pide á la sangre retencion la vida,
Vibra los ojos, y con lengua oscura
Aun dice muerte, y la traicion murmura.

El erizado rostro informa horrores,
Yerta la barba en sangre y la melena;
Ya en su barca los fieros agresores
A tierra vuelven la gozosa entena;
Y por insultos aspirando á honores,
Rigiendo triunfo á la campaña amena,
Presentó Aquilas á su Rey tal prenda,
Y él con aplausos festejó la ofrenda.

No rezela pueril tentár curioso
El rostro que ignoró; ni mas le altera,
Que degollada cierva al tigre y oso
Alimentado de la madre fiera:
Aun adelanta el jóven alevoso
A inusitado fin la accion primera;
Pues dispone que observe aquella frente,
En muerta imagen la traicion viviente.

La cabeza en su aspecto y cabal bulto
Enjugan, limpian y taladran, donde
Abunda humor, sin omitir lo oculto
Vacuo, y membranas que el cerebro esconde:
De aromas, que admitió sagrado culto,
A todo seno su porcion responde,
Y de tan sana pasta se solida,
Que de incorrupto ser le infunden vida.

El separado cuerpo al mar violento
Arrojan, que vagante en la ribera,
Aqui y alli lo lleva el agua y viento,
Donde todo peñon le encuentre y hiera;
No á la cabeza ó tronco monumento
Concedas, Rey; pero observando entera
Su forma, no será tan impío modo
Que César huelle su cadáver todo.

Asi en Pompeyo ultraja la fortuna
Glorias grandes con pérdidas mayores;
Solo en este varon miró la luna
Distintos los agravios y favores:
Dichoso fue, sin que deidad alguna
Le mezclase un deslustre en mil honores;
E infeliz, sin que alguna en las deidades
Le interponga un alivio en mil crueldades.

Lo ya por tantos lustros poseido,
Hoy lo destruye junto un fin amargo;
Compendio de doler, que aun repartido
Turbára el curso de sus años largo:
Pues tal vez un minuto entristecido
De alegres siglos es igual descargo;
Si el cuerpo entierran las arenas solas,
Le desentierra el juego de las olas.

La tierra, el agua su valor desdeña,
Y de humano cadáver el relieve:
Pierden sus miembros, que el escollo y peña
Baten, y un mar por las heridas bebe:
Si de Pompeyo guarda alguna seña
Es faltarle cabeza, indicio aleve.
Aun alli el cielo le apercibe atento
Mas desden que negarle monumento.

Bajo sepulcro le concede y niega;
O que le falte, ó que mayor le admita;
Asi Codro romano al margen llega,
Adonde el agua el tronco deposita:
Ya el sol inútil al desmayo entrega
Rayos que en occidente deposita:
Sale pues Codro de parage oculto,
Las playas corre investigando el bulto.

Este en el Asia juvenil soldado
Con Pompeyo cursó valiente escuela;
Llevóle á Egipto el disfavor del hado,
Donde á memorias procedentes vela.
Hoy se reserva en sitio recatado
Del caso atroz piadosa centinela,
Y cuando ya la noche el sire ofusca,
Entra en los mares, el cadáver busca.

Bañado hasta los hombros rompe y pisa
Ondas y arenas: observando atento
Sobre el cristal marítimo divisa
Estorbo oscuro que remolca el viento:
De humana forma aquel señas avisa;
Llega, y el cuerpo reconoce á tiento;
Abrazale tenaz, su esfuerzo emplea,
Y un pecho contra un piélago pelea.

Hervor de espumas le embaraza y tarda,
Mas él á encuentros de cerúlea guerra
Defiende el hurto, y con industria aguarda
Marino embate que le lleve á tierra;
Tarde le saca al páramo, y en guarda
Suya el tesoro que en sus brazos cierra:
Lamenta, y con piedad varia y extraña
Le enjuga á un tiempo, y de su llanto baña.

Ya las heridas cuenta, y cada una
Es distinto pesar en quien las mira,
Luego á la esfera atento de la luna
Quejas y endechas trágicas suspira:
No pido que á Pompeyo des, fortuna,
Urna preciosa ni opulenta pira,
Donde perfumes se evaporen densos,
Y en ascuas de ambar cúmulos de incienses.

No que la patria en generosa pompa,
Al que fue padre su piedad conceda,
Donde excelso el clamor el aire rompa,
Y á heróicos triunfos el funesto exceda;
No que el pífano sordo y ruda trompa
Triste al concurso funeral proceda,
Y en torno al fuego que los miembros arde,
Sin armas gire belicoso alarde.

Que otorgues solo á sus cenizas pido
Sepulcro estrecho que su cuerpo admita,
Vulgares llamas, y por mí encendido,
Con la humildad la magestad compita;
Vil material, ministro agradecido,
No mas honor tu enojo le permita;
Ya que el pueblo y Senado no le exalte,
Y á exequias suyas aun Cornelia falte.

No es rigor poco, pues asiste ansiosa
A este mar, que en el féretro el cabello
No esparza, ni con hacha luminosa
El cuerpo abrase, cuando abrace el cuello,
Dice; y viendo en la sombra temerosa
Breve esplendor, se acerca á conocello,
Infeliz ara ve encendida, y sobre
La misma estragos de cadáver pobre.

No hay ministro en su guarda, y la ligera
Llama en los miembros de eficaz se apura,
Que por sobrado el alimento espera
Tarde en cenizas disolverle oscura:
Codro, que en su piedad fondos pondera,
Aun por dichoso al mísero murmura,
Que cuando mas con sus miserias lidia,
Un olvidado y muerto hay quien le envidia.

Flamantes leños y fumosas teas
Hurta al desnudo cuerpo aun no abrasado,
Y lamentable pide. O tú, quien seas,
Espíritu vulgar y despreciado:
No es ya desprecio, es gloria que poseas
Lo funeral, que al Magno, al venerado
Falta en Egipto, no el violar me arguyas
Hoy tus cenizas, y encender las suyas.

Si el que muere reserva algun sentido,
No dudo que estas brasas á mi mano
Concedes voluntario y confundido
De gozar tú lo que faltó al romano:
Tal se cautela Codro, presumido,
De mas piadoso cuando mas profano;
En despojos al fin de incendio y llama
Lleva regalos al cadáver que ama.

Secas tablas allí junta y ordena,
Que pudo ministrar roto navio,
Y abriendo estrecho foso en blanda arena,
Encarga á escuro fuego el cuerpo frio:
De lágrimas en tanto undosa vena
Vierte, y exclama en el horror sombrío:
¡Oh tú, el grande en las paces y las lides
Militar Numa, ciudadano Alcides!

Ya que mi afecto, cuya ley se emplea
En ceremonias de infeliz sufragio,
Mas deshonor que no alcanzarlas sea,
Y mas te ofendan que el traidor naufragio;
Huya tu libre espíritu, no vea
Estas llamas y leños, no el contagio
De mi mano por ínfima se indigne,
Que existir suele en lo menor lo insigne.

Si la tirana indignacion fue extremo,
Lo es mi piedad; y si en el corto oficio
Te humillo, y tu desden contrario temo,
En mi fe aguardo tu favor propicio.
Sepulcro Italia de esplendor supremo
Te promete, y en célebre edificio
Haré que cambies el postrado entierro,
Si es menor que mi vida mi destierro.

Deja que en tanto de confin remoto
Busque tus aras la atencion de alguno,
Donde en pobre sepulcro honre devoto
Estos despojos que usurpé á Neptuno;
Y fervor dedicado á mayor voto
Conseguirá que el túmulo sea uno
De tu ceniza fúnebre grandeza,
Restituyendo al cuerpo la cabeza.

Así al muerto Pompeyo Codro honora,
Estas corteses lástimas frecuenta,
Y la llama excitando abrasadora,
De prevenidos troncos la alimenta:
Ya mira, y teme á la reciente aurora,
La luz mas que las sombras le amedrenta;
Porque en las horas que su niebla enjuga
La noche, el campo á su labor madruga.

El fuego desampara, el pie divierte
A buscar peña que le esconda, ó rama,
Cual riesgo te acobarda, ó Codro advierte,
Que impones honra en fincas de la fama:
Aun Cesar mismo temerá ofenderte;
Respetando el sepulcro y sacra llama;
Que la accion por sí misma acreditada,
Aun á los ojos del que ofende agrada.

Antes que le interrompan acelera
Al sitio el paso, y la piedad repite,
Con el humor asaz de la ribera
Baña el cadáver, y su ardor remite:
No bien á disolverle en polvo espera,
Dale el honor que la sazon permite;
Miembros tostados agregó, y cual pudo
Cargó sobre estos un peñasco rudo.

Y porque el ferro y cable en él no enlace,
Y le remueva incauta navecilla,
Breve epitafio á las cenizas hace,
Y escribe asi con requemada astilla:
Aqui el Magno Pompeyo, ó hueſped, yace,
La mayor magestad tanto se humilla,
Porque de la fortuna aprenda el sabio
Donde alcanza el favor, donde el agravio.

O temeraria, aunque honorable mano,
Pues reduces á humilde y breve fosa
Al que pudiera de lo inmenso humano
Presumir indistinta urna dudosa:
¿Con vil piedra le sellas, y al tebano
Alcides toda la altivez frondosa
Del Eta ensalza altares, y á Lico
Montes ciento del índico Niseo?

La region toda consignar podrias
Túmulo de Pompeyo, si la peña
Y epitafio destruyes, si desvias
De compuesto sepulcro toda seña:
Infame nombre á Egipcias tiranías
Dará Italia, si á Egipto hollar desdeña;
Temiendo en toda parte que levanta
Sobre el Magno sacrílega la planta.

O ya que el sitio funeral señales
Con simple elogio enmienden lo pequeño
Del monumento sus empresas tales,
Que es suyo el mundo en adquirido empeño;
Diga lo escrito hazañas inmortales,
Del que fué Dios de la vitoria y dueño,
Darále sola su inscripcion al risco
De pirámide aspecto y de obelisco.

Pero ya el nombre del mayor caudillo,
Que el timbre honró del capitolio y templo,
Y pórticos del triunfo, hoy con sencillo
Carácter yace en profanado ejemplo:
Presa humilde del bárbaro cuchillo,
Al siempre augusto vencedor contemplo,
Donde el sepulcro apenas, y despojos
Son reparable objeto de los ojos.

En los frisos del arco se leia
Mal por sublime su inscripcion triunfante;
Hoy por ínfima solo se desvia,
Ni en pie leerá su nombre el caminante:
¡Oh cuán justos rezelos advertia
La Cumana al hesperio navegante,
Vedándole profética y severa
Surgir en la menfítica ribera!

¡Oh inicua Menfis, cuál rigor, cuál pena
A tu crueldad responderá decente!
Niéguete el Nilo su abundante vena,
Cierre el caudal donde escondió su fuente:
Sirtes imite la desierta arena
De tus campañas, que requeme ardiente
El sol, ni Acuario con fecunda copia
Tus páramos distinga de Etiopía.

Nuevas aras y templos ya romanos
Reverencian de Egipto al dios mas bruto
Isis y Anubis, y los ritos vanos
De Osiris muerto, á quien celebra el luto;
Y vosotros, ó rústicos profanos,
En las escorias de arenal no enjuto
¿Dejais asi yacer la vencedora
Deidad latina, á quien el orbe adora?

Pero qué impugno cuando Italia entrega
A César templo, y el sepulcro rudo
Olvida de Pompeyo que el mar riega,
Dando sus glorias al desprecio mudo:
Si vivo el vencedor obsequias niega,
Y honores al vencido, el siglo pudo
Consecutivo, sin temor del yerro,
En excelso Delubro honrar su entierro.

Hoy puede, hoy debe conducir de agena
Playa los huesos y ceniza oculta,
Si ya del centro la alterable arena
En olvido mayor no le sepulta:
Y si ley justa remover condena
Al que yace, no el zelo dificulta,
Que á insignes cuerpos de varones sacros
Ara decente erija simulacros.

Dichoso aquel, á cuya fe conceda
La patria el hurto, ¡oh cuán felice, oh cuánto
Estimar debe, que en sus brazos pueda
Trasladar prendas de cadáver tanto!
Mas Roma alguna vez, porque interceda
Con Júpiter Lacial Pompeyo santo,
Le buscará, y podrán adversidades,
Si no razones despertar piedades.

Cuando introduzcan Atropos y Cloto
Estéril hambre ó plaga contagiosa;
Aire insano, profundo terremoto,
Y se invoque del Magno el alma ociosa,
Merecerá, ó varon, el ruego y voto
Comun tu cuerpo; que con fé piadosa
El Sacerdote sumo en hombros santos
Lo ostente y nûmen le divulgue á tantos

Y cuando todo falte, honor supremo
Aun te asegura el carecer de altares,
Pues cuantas naves el Pelusio extremo
Divisen lejos en diversos mares:
Inclinarán á tu reliquia el remo,
A cuya gloria cederán vulgares
Las de Jove, esplendor deste horizonte,
A quien da templo el convecino monte.

Deste aunque indigno entierto la estrecheza
Te acrece dignidad, no la deshace;
Que en vez de númen, grande es la grandeza
De tu fortuna misma la que yace;
Aureas urnas desdeña tu pobreza,
Aunque su honor en humildad disfrace;
Que en tosca encina de follage inculto
Encerrado el tonante admite culto.

Mejor que el templo y túmulo encumbrado
Esto fragil tu espíritu deifica,
Hoy que por indecente y derribado
Señales de hombre tu sepulcro indica:
Pues hará en edad larga aniquilado,
Que si Creta de Júpiter publica
Mentido entierro en ejemplar segundo,
Mienta Alejandría el de Pompeyo al mundo.

LIBRO DECIMOSEPTIMO.

Pero ya el alma de Pompeyo atenta
A luz sublime, la ceniza oscura
Del cuerpo olvida, y cándida se ausenta
A superior felicidad segura:
Sacra esfera su espíritu aposenta
Sobre el convexo y extension mas pura
Del aire sumo, donde ya confina
Nuestra humana region con la divina.

Este lugar espíritus encierra
De semidioses, que el valor les dice
Las leyes del acierto en paz ó guerra,
Y los traslada á eternidad felice;
No adquieren tanto honor, porque la tierra
En perfumado altar los solemnice;
Sus premios la virtud lleva en su seno
Independientes de favor eterno.

Al cerco, pues, de las estrellas junto,
Al varon magno, lo celeste inmenso
Fue de su vista contemplado asunto
En firme ya tranquilidad suspenso:
Oscuro vió el terrestre ínfimo punto
Que antes juzgaba lúcido y extenso;
Del cadáver y estragos con risueño
Desden burló cual de nocturno sueño.

Luego incorpóreo y súbito al destrozo
Voló Farsalio, y aunque el hierro y lanza
No ya perturba de su paz el gozo,
Previno á César sin rigor venganza;
Armas infunde y bélico alborozo
Con equidad pacífica y templanza;
Exhorta á Bruto en el Senado al hecho
Que aguarda, y de Caton conquista el pecho.

Caton en cuanto con piadoso Marte
Votos fundaba en el favor celeste,
Aunque siguió legítimo estandarte,
Aborreció como civil aun este:
De ambicion en Pompeyo temió parte,
Bien que su causa por comun se honeste;
Desdeñó el bando de Pompeyo, y cuando
Ha muerto, él mismo es todo de su bando.

Asi, cargando á sus hombros la tutela
De la patria sin padre y sin caudillo,
Da á los pechos ardor, que el temor hiela,
Y alma al imperio que extinguió el cuchillo.
No es guerrero Caton, porque rezela
Que pueda agena potestad rendillo;
Ni porque á honores hazañosos mira
Ni opresion teme, ni á dominio aspira.

A todos guarda, y solo se descuenta
En intereses que litiga armado;
La libertad república fomenta
De la propia seguro y descuidado.
Asi cuando la pérdida sangrienta
Vió en Tesalia, y sin fuerzas derramado
De su ejército el último residuo,
Le convocó, de sólido individuo.

Y le ausentó sagaz del victorioso
César, que á su veloz imperio aspira,
Y en mil naves á un tiempo el mar piadoso
Les abrió paso y recibió en Corcira:
Huyen pues en tropel tan numeroso
Hoy sus bajeles, que á Neptuno admira,
Porque jamas por accidente esquivo
Se vió número tanto fugitivo.

Ya el [illegible]
Y las fauces de Tenaro infernales,
A dos islas [illegible] y Citeres
Se [illegible]
Luego la [illegible]
Ven, y de Pico [illegible]
Hasta que les descubre mas seguro
Abrigo en Libia el puerto Pal[illegible].

O fiel [illegible]
No solo Italia con su [illegible]
Sus puertos, que [illegible]
Con igual seña [illegible]
Alli surgieron, y en el golfo [illegible]
Vieron distantes con advertencia [illegible]
Dos leños ocurrir, y á [illegible]
En la armada capaz tenien opuestos.

Tanto humilla los ánimos y agrava
El estado infeliz [illegible]
La actividad de César los turbaba
Que en lo imposible su memoria altera:
Asi en todo bajel que divisaba
La fugaz flota al enemigo espera,
Y cuando intenta resistir sus pasos,
Tantos Césares juzga como vasos.

Son de Sexto y Cornelia estos que ahora
Mira, y los teme con errado espanto;
Reliquias Sexto que en Egipto adora,
No olvida y crece al sentimiento el llanto;
Pero al dolor Cornelia mas deudora,
Menor juzga el sentir si llora tanto;
Compadece mayor lamento y luto,
Suspensa en raptos de un silencio enjuto.

Primero á fuerza de gemidos pudo
Entretener sus velas en los mares,
Cuando Codro á Pompeyo en el desnudo
Márgen dió entierro y á su nombre altares:
La llama pobre con carácter rudo
Escribió el aire en humos circulares,
Donde el caso leyó Cornelia atenta
Piedad de Codro, si del Magno afrenta.

Advirtió la infeliz que alguna mano
No ingrata aquel oficio al cuerpo ofrece,
Por su deslustre le culpó, aunque humano,
Por benigno le envidia y le agradece:
Lamenta las cenizas, cuando en vano
Recuperar sus prendas apetece;
Antes lloraba la impiedad traidora,
La piedad ya del monumento llora.

A las provincias que venció glorioso
Su Pompeyo, la Egipcia ha profesido,
Dala todo el afecto, y con forzoso
Zelo se industria á amar lo aborrecido:
Fue de mil tierras poseedor su esposo,
De esta sola es el mismo poseido;
Es la maldad motivo que se estimen
Estas riberas, hoy las honra el crímen.

Despues que al fiero mar y al hierro agudo
Pidió muerte veloz Cornelia en vano,
Por espaciarla en el dolor desnudo,
A inhumano sentir dió el pecho humano;
Y de la oscura nave al centro mudo
Rigió como á sepulcro el pié liviano,
Donde á sus brazos los tormentos llama,
Y del consorte en vez tristezas ama.

La imágen de Pompeyo sangrentada
Tenaz guarda en el ánimo esculpida,
El filo allí de la tremenda espada
Aun ve girar con furia repetida,
De frenético pasmo apoderada,
Solo para sentir padece vida,
Y en esa misma ruin exagera alientos
Por lograr penas y gozar tormentos.

No al hierro ya, no al lazo ó precipicio
Pide el favor que del rigor espera;
Juzga en sus penas generosas vicio,
Que con pretexto de aliviarlas muéra;
Niega á instrumento ageno el sacrificio
Que debe el alma; indignidad pondera,
Que oficiar muerte en el mayor contraste
El metal pueda y el dolor no baste.

Funesto velo cubre su cabeza,
Ni lugar muda ni asistencia alcanza;
No encarga á su bajel la ligereza,
Ni del mismo agradece la tardanza;
Bien que anhela marítima aspereza,
Y naufragio interpreta la bonanza;
Aplican todos á benigna estrella
Tranquilidades, y borrascas ella.

Sus libres naves del egipcio suelo
Huyeron á la Libia despoblada,
En cuyos mares hoy nuevo rezelo
Les fue y engaño de Catón la armada:
Reconócense al fin, y al grato cielo
Alzan clamor por la feliz jornada;
Que en trances de fortuna tan violenta
Mínimo gozo como grande alienta.

Sigue á Catón aquel que en sucesivo
Combate á César rendirá trofeo
En la postrada suerte y nombre altivo,
Sucesor de Pompeyo el fuerte Gneo:
En batel breve se adelanta activo,
Y el veloz curso es tardo en su deseo;
Las dos naves encuentra y las saluda,
Y presto inquiere lo que teme y duda.

Vió á Sexto, y dijo con temblor, ó hermano,
¿Tú me recibes? ¿no mi padre? ¿Dime:
Si el Magno vive, ó la porción de humano
Cayó con ella lo imperial sublime?
Así pregunta; qúe el temor no en vano
Ya con rezelos le turbó y le oprime;
Cuando en sollozos de dolor modesto
Oye el severo desengaño á Sexto.

Trágico le responde: ¡Oh tu dichoso
En la desdicha, pues será tu oido
El que hoy padece, cuando yo al furioso
Acto inhumano di el mejor sentido!
El Rey monstro de Egipto, el alevoso,
Y de sangrienta Eumenide instruido,
Este al grande Pompeyo, al héroe fuerte
Que le dió el cetro y reino dió la muerte.

Aun las manos de César y la espada
lo mereció sino villano ultraje;
ota la fe legal confederada
el Rey antecesor por homenage:
obre ultrajar la inmunidad sagrada,
nviolable al doméstico hospedage,
'o ví el rigor, y fueron sus despojos;
ues verlos puede, infamia de mis ojos.

No la enorme estupenda alevosía
resumí, operacion de egipcia mano;
César vencedor la atribuia,
)ue ya guerrero le juzgué africano;
'ero lo sumo, porque el alma mia
intiendo excede lo sensible humano,
ls torpeza mayor de inicua estrella,
Mas que Pompeyo muerto es mi querella.

Vimos no lejos de la egipcia playa,
)ue su cabeza y faz manchada y yerta
in sacrílega punta de azagaya
e encaminaba á la muralla y puerta
Allí en aconas el tirano ensaya
Nueva crueldad, pues la reserva muerta
¡Fiero honor!) y la admite á su comercio,
'orque á la paz con César haga tercio.

Tanto divulga la insolente fama,
Dice otra vez lo que diverso admira,
Que alguna mano que aborrece ó ama,
Ardió sus miembros en humilde pira:
Castigue ó premie de la indigna llama
La accion el cielo que el intento mira;
Yo en el cadáver que ceniza adoro,
La parte sola que reservan lloro.

Tales quejas oyó con horror mudo
El joven y con éxtasi valiente,
La exterior calma ser incendio pudo,
De que el ánimo ya borrascas siente;
Con feroz ceño, con aciento rudo
Suspira, gime y ruge balbuciente:
Dice al fin á los tales, que atentos
De su voz penden, contenad los vientos.

Nuestra piedad reprima la torpeza,
Y el fin sacro interceda la bonanza,
Mayor causa que César nos violenta
A mas furiosa que civil venganza.
Si hay venganza de culpa tan exenta,
Que arbitrario el castigo no la alcanza,
Vil escarnio es Pompeyo y su ceniza,
Donde el gitano monstruos diviniza.

A Menfis dirigid; no Ptolomeo
Con mas gozos festeje alevosías;
Muera infamada víctima y trofeo,
Del varon grande en vez de exequias pías;
Las pirámides altas de Peleo,
Las urnas de Alejandro y de Amasías
Destruiré, y en sus muros egipcianos
Daré sepulcro á los sepultos vanos.

Suplan entierros tumbas destruidos
Los que no alcanza el Magno altos y sacros
Isis, Busiris, Apis, que aplaudidos
Erigen permanentes simulacros;
Y el vulgo de sus dioses esculpidos
Ardan en holocaustos y labacros;
Y aun sus leños serán corta grandeza
Para abrazar del Magno la cabeza.

Ofrenda es poca, si el conjunto infame
De vivientes egipcios aniquilo,
Tal que en yermas campañas se derrame
Ya sin cultores vagabundo el Nilo;
Haré, gran padre, que cual Dios te aclame
Faro, y agradecido cambie el impio estilo
Sirva un reino por urna en que reposes
Sin mas habitadores sin mas dioses.

Asi clama, y la escuadra prevenida
De los bajeles á seguirle incita;
Cuando estorba Catón su generosa
Ira, y aun tiempo alaba lo que evita;
Del muerto General la dolorosa
Nueva, igual queja en todo pecho excita;
Tal gemido se esparce, que veloces
Hinchen el aire de dolor las voces.

En toda cumbre oyendo el alarido
Dobla el eco su cóncava respuesta;
Nunca lágrimas tantas ha debido
Al humano dolor causa funesta:
Ya el raudal de las suyas consumido
Aun Cornelia á imitarlos se amonesta,
Bien que los llantos invidiando agenos,
En lo mas lamentable llora menos.

Mas por gozar lo clamoroso y tierno
Que en sus penas contento era suave,
Bien que sin fuerzas de gemido eterno,
Deja el lóbrego fondo de la nave:
Bien testifica lo insensible externo
Todo el sentir que en el silencio cabe:
Suelto el cabello esconde el rostro oscuro
Tal la recibe el puerto Palinuro.

Pisa el húmedo márgen, donde atento
El concurso romano que la espera
Crece al verla mas áspero lamento,
Llantos redobla el monte y la ribera:
Todo purpúreo y bélico ornamento
Del gran consorte enciende y recupera
Alivio en fe del último decoro,
Llamas cebando en alimentos de oro.

Arden togas y adornos, que felices
Fueron lustre á espectáculos triunfales,
Insignias, sobrevestes y tellices
Grabados de tesoros orientales:
Recamos y cambiantes de matices,
Que enriquecieron tálamos nupciales,
Y que labró dichosa en tiempo ufano
La matrona gentil con propia mano.

En vez de exequias esta digna ofrenda
A Pompeyo dedica, y competida
La ceremonia fúnebre es contienda
De muchos, ya que la piedad convida
Y obliga que el romano vulgo encienda
Fuegos por varias muertes, que homicida
Debe Farsalia, y de quien siente y ama
Era testigo espléndido la llama.

Asi al oficio de amistad corteses
Honran la fe romana; Libia es fuego,
Campos imita de segadas mieses,
Que fertiliza del incendio el riego,
Cuando en seca estacion arden los meses;
Y Febo es noche de los humos ciego;
Ruge la arista al despedir centellas
Guerras fingiendo errátiles de estrellas.

No aquella muestra funeral latina,
Quejas, clamores y universo llanto
Del gran Pompeyo, al alma ya divina
Tan dulces fueron, tan aceptas, cuanto
Lo breve en que político termina
Caton sus honras, ni engrandecen tanto
Gloria terrena, sibilinas plumas,
Ni en profética voz, delfos y cunas.

Falta, dice, el que honró la antecedente
Virtud romana; es justo que describa
Endechas á su fin la edad presente,
Elogios á su honor la sucesiva:
Singular Consul imperó abstinente,
Fue allí la Magestad alta y no altiva,
A un tiempo obedeció, y obedecido
Del Senado, fue Rey siendo regido.

Honras y puestos de ambicion agenos,
Solicitados sin agena injuria,
Si obtenerlos cuidó, quiso no menos
Se los pudiese denegar la curia:
Dióle á Saturno los Erarios llenos
Con los tesoros del Danubio y Dusia;
Y si en las guerras hoy nuestro derecho
Le arguye en duda la intencion, no el hecho.

Dispuso, y admitió con igual frente
Las dignidades, sin jactancia alguna:
Ostentosa, ni escaso lo decente
En la menor ó en la mayor fortuna:
Laméntese la patria hoy careciente
De su fundamental recta columna;
Hallará, cuando mísera padezca,
Quien se engrandezca á sí, no la engrandezca.

Aun el mudo recato mi verbo veo
Que una aparente libertad fingia:
Si antes era el reinar solo deseo,
Ya será ostentacion la tiranía:
Sin Pompeyo el imperio es desaseo,
Como sin Magno luminar el dia;
No espere Italia en su romano cumbre
Calor de amparo ni de gloria lumbre.

¡Oh tú dichoso y grande en la severa
Padecida crueldad de egipcia mano!
Perdiste vida, que servir pudiera
A César, y llorar reino tirano:
Menos la guerra fiel te engrandeciera,
Triunfando en ella, que el traidor gitano,
Que en lealtad pura es menos sospechoso
El muerto en lo civil que el victorioso.

Y si el derecho libre que poseo
Le das fortuna, á quien me venza, dame
Un Juba, imitador de Tolomeo,
Que primero mi sangre impio derrame:
Juba reserve á César en trofeo
Mi cuerpo ageno de coyunda infame,
No recuso humillar á su grandeza
El cuello, si le falta la cabeza.

Asi Catón dió al Magno mas honores,
Que si en estilo numeroso y terso
La voz de exagerantes oradores
Le sublimase, y lo mayor del verso,
En tanto con discordias y rumores
Se altera el vulgo militar diverso,
Que sin Pompeyo inútiles reprueba
Las guerras y recusa á intencion nueva.

De la Cilicia y sus escuadras era
Caudillo Turo, práctico y activo;
Este en sus naves la imperial bandera
Desamparaba oculto y fugitivo:
Cuando sagaz le alcanza en la ribera
Caton, y atraja con talante esquivo.
O infiel guerrero, ¿qué avaricia ingrata
Te restituye al mar nuevo pirata?

¿Vuelves al robo, en la naval conquista
Hoy, que á Pompeyo su bajel no opones?
Dice; y del vulgo, con atenta vista,
Mira, explora los ánimos y acciones;
Tanto valor no es parte que resista
Las ya precipitadas intenciones,
Pues le denuesta alguno sin recato,
Y lo que fue silencio es desacato.

Nosotros, dice, no seguimos guerra
Civil, que obligue á Príncipe segundo;
Fue nuestro Marte el Magno en mar y tierra,
Por este solo militaba el mundo;
Permite pues al que vagante yerra,
Que al gremio vuelva original fecundo;
No añadas con violencia incorregible
A la funesta empresa la imposible.

Muerto Pompeyo pacifica á Italia:
¿Cuál fin prescribes á la lid, pregunto,
Si no lo fue el destrozo de Tesalia,
Si no lo es hoy el Capitan difunto?
Puéblese la Cilicia, Ausonia y Galia,
Patrias ya exentas de guerrero aquexo,
Allí á enterrarnos vamos, que tu guerra,
Dígalo Egipto, al Genesa no entiesta.

La falta de Pompeyo no concede
Cobro y restauro en reinos divididos,
Que solo César vencedor nos puede
Dar armas, y socorro á los vencidos:
Ganada Italia, á establecer procede
Los términos del mundo á un cetro unidos;
Ni Roma invoque á su deidad guerresa,
Que es ya cesárea la mavorcia esfera.

Lealtad fue sacra fomentar la empresa,
Dándole forma y ser Pompeyo vivo;
Pero ausente su espíritu ya cesa,
Para innovarla el singular motivo:
Y si intentas librar á Roma opresa,
Hoy caudillo eligiendo sucesivo,
Consul valiente es César, y romano,
Elígele, y libértela su mano.

Tanto el Útice dijo; y á sus voces
Aplaudió el vulgo con acorde acento,
Ya oficiosos entregan y veloces
Todo lienzo y bajel al agua y viento:
Huyen la guerra, y en la paz feroces
De su temor procede su ardimiento;
Suspendióse Caton vencido y mudo;
Pero elocuente al fin vencerlos pudo.

¿Dónde vais, dice, juventud liviana?
Yo no os pierdo, quien huye es el perdido;
¿Fue del Magno esa diestra, ó fue romana?
El que la rige, ¿es frenesí ó sentido?
Vuestra milicia generosa es vana,
Si el alto fin confunde estatuido;
Y el soldado civil servir le ofrece
A dueño casual cuanto padece.

Hoy servid, que es mas gloria lo triunfante;
Murió el Magno, y por vuestro el premio queda
Que pudiera usurpar: hoy por constante
Nuestro esfuerzo sus méritos hereda;
Gozad sin yugo la cerviz vacante
Y libre á Roma, no el valor proceda
Por su eleccion á esclavitud rendida
Cuando el suceso á imperio nos convida.

¿Cuándo se os da la posesion latina
A injusto Rey la dais que el don no estime?
Lo mas teneis vencido, hoy que divina
Disposicion prevista nos redime:
La altivez de tres dueños hoy termina
En el menor, pues el imperio gime
Con un César, y espera su fracaso
Preciso mas que el de Pompeyo y Craso.

Pudo el egipcio y persa, aunque extrangeros,
Romper dos yugos firmes al romano;
¿Y no podrán cortar nuestros aceros
La coyunda del último tirano?
Dadle pues cetro, renunciad los fueros
Que el cielo constituye en vuestra mano;
Id solo á ser su populoso alarde,
Que no es milicia ejército cobarde.

Solo el desprecio vuestro compadece,
Que en el César halleis perdon y vida
Pues á quien el temor tanto envilece,
El castigo cesáreo es noble herida:
Y el que hoy le sigue, mas favor le ofrece
Que Egipto, pues su Rey solo homicida
Fue de un Pompeyo, y esta accion furiosa
De dos Pompeyos lo será y su esposa.

Será lo de Caton última presa,
Que os previene interes no limitado,
Asi en mi muerte, ya que no en mi empresa,
Dejaré enriquecido algun soldado:
Vended la armada al adversario presa,
Que quien la fuga pérfida ha intentado,
En ella alcanza un fin porque la estimen,
Que delinquiendo mas, no aumenta el crimen.

Dijo, y las naves suspendió, cual suele
Al enjambre concurso de metales,
Y tímpanos festivos á Cibele,
Porque labre de nectares panales;
Pues bien que sin union se esparza y vuele
Por floridos almendros y jarales,
Dando al estruendo sujecion suspensa
Se implica, y en racimo se condensa.

Asi á las voces del campeon severas
Retrajo el curso la disuelta armada;
Ya en sus lealtades bélicas primeras
Arde con fortaleza restaurada:
Juegos celebra el campo en las riberas,
Y guerras finge sin rigor ni espada,
Festejante el caudillo goza, escucha
Diestros ensayos del peligro y lucha.

Ya desde el puerto Palinuro unidas
Buscan las naves senda navegable
De la Libia en las playas esparcidas,
Donde al Rey Juba alcanzen favorable:
Las Sirtes arenosas y escondidas,
Aquel mar tiranizan siempre insufrible,
Bien que á sus ondas y arenal diviano,
Resistió firme el ímpetu romano.

Cuando los elementos recibian
Por el Criador, sus formas y lugares,
No distinguió las Sirtes si serian
En consiguiente edad tierras ó mares:
Con derecho recíproco porfian
Jurisdicciones dos elementares,
Llamar podemos al ambiguo seno
Mar terrestre, ó marítimo terreno.

Ni se ve aquel parage descubierto,
Ni jamas permanente el mar le anega;
Duda su ser y nombre el sitio incierto,
A quien el cielo ministerios niega:
No es playa ó campo, no laguna ó puerto,
Ni se habita jamas, ni se navega;
Naturaleza allí sin uso alguno
Igual reprueba á Ceres y Neptuno.

O acaso fue en un tiempo alta marina,
Y el sol, que de las ondas se alimenta,
Como region al Trópico vecina,
Con sequedad las devoró sedienta;
Y por ventura, si eficaz fulmina,
Y sus ardores vertical fomenta,
Vendrá siglo que goce el puesto enjuto
Capaz de albergues y de pasto y fruto.

En estos falsos mares y bajíos
Resolvieron con rumbo impetuoso
Abrir senda las uscas y navíos,
Sin rezelar contraste proceloso:
A oposicion de temerarios brios
Se indignó el Austro en su region furioso;
Borrascas incitando exageradas
En las Sirtes, ó enjutas ó bañadas.

Con bramadores raptos las arenas
Remueve y terraplena ondas fondales;
Blandos juncos son mástiles y entenas,
Flacas fibras son gumenas y cables;
Y tierna cera aun anclas y cadenas,
A furores del viento incontrastables;
Todo fondo desagua, y con presagios
De perdicion sin mares hay naufragios.

Menos ofende el piélago á la nave,
Que en mas alzura se derrota acaso;
Bien que el influjo de los golfos grave
Vuelve á arrojar contra la Sirte el vaso;
La quilla apenas en las ondas cabe,
Mal cubre el suelo lo salobre escaso,
Tal vez la popa encalla, y nadadora
Juega voyante en líquido la prora.

Mas ya en vez de licores funda el viento
Montes de arenas encumbrando altares,
Que al cielo dan terrestre el elemento,
Donde alegaban posesion los mares:
Hay bajel que murado en firme asiento,
Para moverse á giros circulares
Aplica el remo, y el timon y cadenas,
Y emprende sulcos, navegando arenas.

Con estragos y pérdidas la armada,
De esfuerzos y de fuerzas guarecida,
Venció la tempestad del Austro airada,
Y la Sirte aun del piélago temida:
Mástiles, jarcias, velas despojada,
Ya navega en union restituida,
Y sin zozobra del segundo estrago,
La admite el seno del tritonio lago.

El lago y seno, cuyas ondas ama
El Dios Triton, y por mayor fortuna,
El que en la ancianidad dice la fama
Que dió á Palas Minerva albergue y cuna:
Tritonia el mundo la celebra y llama
A la diosa en honor de esta laguna;
Porque al dejar los cielos, halló en ella
Espejo su beldad, margen su huella.

En la mente de Júpiter severo
Se engendró Palas, y al nacer gloriosa
Fue el estanque tritónide el primero,
Que terrestre hospedó la sabia diosa:
Presúmese en lo humano este hemisferio
Por mas cercano á la region lumbrosa;
Y de su adusta calidad se infiere
Que el sol mas lejos sus arenas hiere.

No distante derrama sus caudales
Lete en conducto lóbrego y dormido,
El que se engendra en venas infernales,
Y olvidando á sí mismo, infunde olvido:
Algun tiempo estas playas y arenales
Vieron el bosque, y el dragon temido
Que guardó á las Hespérides, y en vela
De las manzanas áureas fue centela.

Diera ejemplo de incrédula porfia;
El que negase aplauso á esta memoria,
Estrechando la artífice Poesia
En evidencias de segura historia.
Este es el sitio que gozó algun dia
El rico bosque, hoy llora la viuda
De Alcides, que arribando á sus riberas,
Dejó las ramas pobres y ligeras.

En tal parage la indivisa flota
Libre apenas de Sirtes y bajíos,
Inutil á emprender nueva derrota
Suspende en ocios militares bríos:
Solo Caton, celante á la remota
Dificil guerra apresta desafíos;
Deja el mar, y al ejército convida,
Que busque á Juba y los desiertos mida.

Instaba ya el Diciembre estos errores,
Cerrando el cano mar con tiranía,
Y mitigando de la Libia ardores,
Tal que habilitan la terrestre via:
Templa la Zona adusta los rigores
Del Capricornio, en que se hiela el dia;
Antes, pues, que en el áspero camino
Marchen, les habla el ínclito latino.

Aqui se nos propone, heroicas huestes,
En desiertos, ya escuelas africanas,
Que el modo de emular glorias celestes,
Es solo padecer penas humanas:
Imitad llamas de la Libia agrestes,
Porque las suyas nos redunden vanas;
Hoy que extrangero cielo nos intima
Guerra flamante contra el sol y el clima.

La sed milita en ascuas de arenales,
Y toda sierpe respirando estíos;
Pero en romanos fueros imperiales
Lo imposible renuncia poderíos:
No midais fuerzas al peligro iguales,
Arda mayor incendio en vuestros brios;
No encubro el riesgo, ni seguirle os manda
Mi apremio duro, ó mi lisonja blanda.

Aunque gobierno ejército, que aunado
Docil se humilla al militar decreto,
Elija, no obedezca algun soldado,
Que libertad, no sujecion prometo:
Esta empresa, á que os llama mi cuidado,
Es oferta, no es ruego ni precepto;
El que gusta postrarse á señorío
Logre el de César vencedor, no el mio.

Si aquella paz de esclavitud le agrada,
Renuncie el fuero libre de mi guerra;
Mejor senda, que el Africa abrasada,
Le dará al inconstante el mar y tierra.
Busqué al feliz caudillo y patria amada,
Que esta, y aquel á un tiempo me destierra
Al favor de extrangeros capitanes,
Y á descansos fraguados en afanes.

El primero seré, que en las arenas
De Libia marche, y los peligros tiente;
Porque en mi estrago, y precedidas penas
Se alivie el que me sigue, ó ya escarmiente:
No antepongo mi causa á las agenas,
Al plebeyo consiento sedamente,
Cuando en la selva ó fuente apetecida
Yo le usurpe le sombra ó la bebida.

Murmure exento el ínfimo pedestre,
Si á caballo le sigo, ó le prefiero,
O cuando instado de mis años muestre
Que es mi inferior el juvenil guerrero:
Serpientes, sed, y sequedad silvestre,
Y cuanto abraza Libia, adusto y fiero,
A toda la constancia impone yugo,
Un zelo recto es su eficaz verdugo.

Gozos de la virtud son los rigores,
Armese Libia; y áspides conciba,
Solo en cuanto cobardes guerreadores
No la pisemos, nos será ofensiva:
Asi el raudal de espíritu y ardores
De Caton al ejército deriva,
En su voz arden, aperciben luego
Fuerza á la fuerza, y fuego contra fuego.

De la infeliz Cornelia en guarda quedan
Los jóvenes Pompeyos con la armada,
Que las ondas tritónidas hospedan
Del nervio de guerreros despojada:
Sin que al efecto suspension concedan,
Ya pisan la arenosa y despoblada
Tierra de Libia las escuadras fieles
Desamparando mares y bajeles.

LIBRO DECIMOOCTAVO.

Libia es del orbe la porcion tercera,
Aunque en disputa varia y opinable,
Que distribuye la universa esfera,
De Europa Libia es parte inseparable;
Ambas las junta un mar, y á su ribera
La playa de Occidente es línea estable,
Cuyo igual fin no dista de Euro
Intervalo mayor que de Rifeo.

De Europa Gades, y de Libia Atlante
Lejos al Asia miran igualmente;
Buscan dos polos, y en confin distante
Conformes huyen del remoto Oriente:
Donde con latitud desemejante
Impera el Asia, ni igualar consiente,
Con su distrito inmenso derramado
La Europa y Libia de caudal doblado.

Una es Africa y Libia, que en regiones
Occidentales fertilice el suelo,
Porque ve á menos grados los tridentes
Que regalan su árdor con pluvia y hielo;
Bien que en sus minas, cerros y peñones
No se produce humor, ni engendra el cielo
Al acero mortal, ni á los metales
Por preciosos y nobles mas mortales.

Sus riquezas son árboles, y el mismo
Aun de aquellos ignora su inocencia;
Solo el romano con experto abuso
Escudriñó en sus ónicos opalencias
Del cedro extraño y del ciprés compuso
Adornos que reprueba la abstinencia
Lechos, mesas y troncos fabricamos
Que en Libia fueron antes sombra y ramos.

Mas la africana parte que rodea
Sirtes, y de Calixto excluye el Polo,
Ni á Pomona conoce ni á Amaltea,
Mieses y vides le defrauda Apolo:
No aquí sus flores el Abril emplea,
Ni el Diciembre sus pluvias: reinan solo,
Lejos del fértil cielo y manso frio
Vientos que constan de un eterno estío.

Al rigor de estas yermas soledades
Caton su militar campo retira,
Y no temiendo en tierra tempestades,
Mas procelosas que en el mar las mira,
Insta el viento en lo austral celeridades,
En los páramos hoy crece su ira;
Y aunque ni altivo risco ó selva ó rama
Le estorba, en plenos derramados brama.

Suele allí cuando el ímpetu liberta
Montes fraguar portátiles el viento;
Domicilio la arena busca incierta,
Porque le mudan arbitrario asiento:
Trocado mira la estacion desierta
En arenoso toldo el pavimento,
Y mas ágil y suelta al cielo sube,
Que al suelo baja la terrestre nube.

Del edificio y muro mas fornido
Los fragmentos el austro debilita,
Los quebranta y con vuelo suspendido
En diversa region los deposita:
Al trueno y rayo el soplo embravecido
En estrago, el estruendo en furia imita;
Imita el alto polvo al humo ciego,
Siendo ya el viento en sus efectos fuego.

Hoy acomete al escuadron romano,
Y de firme vigor su esfuerzo priva;
A violencias el pie resiste en vano,
Que aun el suelo arrebatan donde estriba;
Y el asiento mudaran africano
A ser macizo campo ó peña viva,
Mas disoluto en polvos sigue al viento,
Y mezcla con el aire otro elemento.

Firmeza aguarda el sufrido terreno;
La superficie toda salta y vuela,
Aun hurta y lleva el torbellino y trueno
La celada ab'que marcha y la rodela:
Volantes armas en distrito ageno
Llueven, y el habitante se rezela,
Que admirados los ánimos presumen
Ser portento ó faccion de altivo númen.

Asi vió Roma el circular escudo
Que arrojó el cielo, cuando el Rey piadoso
Numa le dedicó, y el pueblo rudo
Al sagrario de Marte belicoso:
Hoy goza estos honores, y ser pudo
Le despojase el viento proceloso,
Y de agena provincia á la romana
Volase acaso la reliquia vana.

Altas regiones visitar serenas
Teme el soldado, bien que se recate;
Pies y manos arraiga en las arenas:
Si excusa que la furia le arrebate:
Yace aterrado, y se redime apenas
De rigor alto, de veloz combate.
El viento que arrojarle dificulta,
Armas trueca, y en polvo le sepulta.

El mismo que volar temió ligero,
Casi enterrado el movimiento evita;
Lo altivo y sumo rezeló primero;
Ya el abismo rezela, el centro habita:
Vierte el austro, anegando su hemisfero,
Su inundacion, cuya borrasca incita;
Que en vegas de terrestres horizontes
Piélagos hierven de arenosos montes.

Y en aquellos inunda el militante
Vulgo, sin que á Neptuno golfos deba;
Vigas y almenas, que en lugar distante
El austro roba, alescuadron las lleva;
A sus ojos con ímpetu rodante
Llueven ruinas, y al discurso eleva
Prodigio tal, que en moviles y rasos
Campos sin edificios ven fracasos.

Cuanto lejos allí la vista alcanza
Es turbulenta faz que aspectos niega;
Niega al marchar y al asistir bonanza
Lo polvoroso que la Libia anega:
Si el atónito vulgo hace mudanza,
Es con la noche, en que á los astros ruega
Le den su norte, que observando el Polo,
Cual navegantes se gobiernan solo.

Ya cuando el militar concurso apenas
Contrastando á los átomos y al viento
Se adelantó en las líbicas arenas,
Donde esperó habitable y firme asiento;
El nuevo clima aceleró en sus venas
Pulsos turbados de calor sediento;
Porque los soplos desvaneciendo australes
Dió calma el sol á golfos de arenales.

Huyó el austro, y en cárcel tenebrosa
Del antártico mundo escondió el vuelo;
Impera la solar llama fogosa
En el aire desierto y mudo cielo:
Arde en sus playas el arena ociosa
Que antes volaba permutando el suelo;
Y en Libia juzga la legion latina,
Que por ascuas de encelado camina.

El pecho en lo exterior es agua, y dentro
La sed es fuego; en la campaña acaso
Halló un soldado por dichoso encuentro
Humidas señas de arroyuelo escaso:
Apenas pudo en el licor del centro
Llenar el yelmo que eligió por vaso:
Y abstinente del agua que apetece,
A su caudillo liberal la ofrece.

Del refrigerio mínimo pendientes
Los guerreros fijaron la abrasada
Vista en Catón, y las sudantes frentes
Celando mal la envidia recatada;
El por templar los ánimos ardientes
Vuelto al soldado, dijo; ofrenda errada
Es la tuya, no alivio de mis penas,
Pues cuando me socorres me condenas.

¿Soy por ventura el único entre tantos
Que á la primera sed vencido miras?
Ceden tormentos á designios tantos,
Su valor pierdes si al descanso aspiras;
El yelmo entonces derramó, y á cuantos
La accion miraban, y decentes iras
Satisfizo el licor, que dividido
Inútil fuera, no lo fue vertido.

El ardor todos respirando intenso
Llegaron donde incubo el Garamanta
Con pobres gomas de oloroso incienso
Al cornigero Amon ara levanta:
No con trisulco rayo ó con suspenso
Brazo se ostenta allí la deidad santa;
Mas como el Aries de la zona eterno
Muestra en las sienes retorcido el cuerno.

No los dones allí del Pitio Apolo
Lucen, ni adornos de opulenta copia,
Aunque es el solo templo y el dios solo
Que honra el indio y la Arabia y la Etiopia:
No hay ara tan humilde en nuestro Polo,
Júpiter juzga la riqueza impropia
En aquel sitio; y es mayor decoro,
Pues le guardan sus faltas de tesoro.

Allí, fertilizando amenidades,
Informa el gremio de una selva y fuente
Ser estacion acepta á las deidades,
Pues frescas ondas y verdor consiente;
Y cuando en yermos, chozas y ciudades
Africa toda se evapora ardiente,
Solo el bosque de Amon goza licores,
Auras ventila, le coronan flores.

Alli el Cancro es Cenit, donde su abrasa
Meridional el sol secas arenas,
Tan recto hiere, que la sombra escasa
Cubre el tronco á los árboles apenas;
Pero si alguno al equinocio pasa
Y habita zonas de comercio agenas,
Hallará que las sombras boreales
Nuestras á tiempos le serán australes.

Allá el habitador juzga que el cielo
Bañas la ursas, á pesar de Juno;
Los Polos distan por igual, no el vuelo
Redime de los mares astro alguno:
Recta la esfera en este paralelo,
Ni vela el giro, y en su faz Neptuno
Mira los signos sin oblicuo paso
Igualar el ascenso y el ocaso.

Aries y Libra de contin contrario
Cortan el globo en rectitud perfecta,
El Tauro á Escorpio y el Leon á Aquario
Se ven opuestos en adversa Meta:
Géminis corresponde á Sagitario,
A Astrea los Peces, y el mayor planeta
Luz no le da mas breve ni tardía
En Capricornio que en el Cancro al dia.

Al umbral venerado del famoso
Templo de Amon se agrega varia gente,
Que al oráculo atentos misterioso
Le buscan desde Arabia y desde Oriente:
Hoy pues respetan á Catón, que ocioso
No mira al templo, aunque la voz frecuente
De los suyos le insiste y le convida
Que su respuesta y vaticinios pida;

Que le examine intentan, y la fama
Comun del Dios repruebe, ó la autorice;
Pero con mas licencia y fuerza exclama
Sergio ambicioso de enseñanza, y dice:
A efectos grandes nos anima y llama
Hoy la fortuna y la sazon felice,
Pues nos propone en la difícil vía
Al mismo Jove por faraute guia.

Ya en lo dudoso conseguir podemos
Certezas del oráculo, y en esta
Gran region proceder á los extremos,
Donde benigno el dios nos amonesta;
Quien merece le otorguen los supremos
Dioses tan grata y liberal respuesta,
Como el varon que por humano alcanza
De la divinidad mas semejanza.

Por tí nos facilita este desierto
El conversar á Júpiter; inquiere
De nuestra guerra lo esperado incierto,
Si es libre Roma, ó el imperio muere;
Abre tu pecho al escrutinio cierto
De la voz sacra, lo selecto adquiere
De la virtud; consentirán los dioses,
Que de su archivo los misterios gloses.

Dijo, y Catón que preferido á humano
Oráculo y deidad suple en su seno:
¿Qué esperas (respondió) noble romano,
Que nos informe el africo terreno?
Amon se burlará, si ejerzo ufano
Lo que vulgar supersticion condeno;
Lo honesto califican intenciones,
Suerte ó suceso no mejora acciones.

Si atiende á la virtud nuestro deseo,
Ya está su fin y acierto acreditado;
Preguntar lo evidente es devaneo,
Seguridades no averiguan hado:
Tú no me vences, Marte, si peleo
De ambiciones desnudo, de fe armado;
Si de empíreo furor rayos arrojas,
Son contra el fuerte municiones flojas.

De estas disputas ya nací instruido
Sin que algun Dios á conferencias llame;
Yo no cuestiono si es mejor partido
La cerviz libre ó la coyunda infame:
Si es vanidad lo excelso apetecido,
Y engaño que el vivir se aprecie y ame,
Si es vida igual la prolongada y breve,
Si es tiempo todo momentáneo y leve.

Tambien sabemos esto los humanos;
Y en el dios no hallaré mejor doctrina;
Todo en registros deducido arcanos
Tiene el fin, que una causa le destina:
No han de trocarle vaticinios vanos,
Júpiter calle, que su voz divina
Una vez habla, de una vez le exhorta
Lo mas al hombre que saber le importa.

No eligió la enseñanza este arenoso
Unico sitio y limitada escuela,
Ni escondió la verdad, donde dudoso
A tan pocos oyentes lo revela:
La tierra, el agua, el aire, el luminoso
Globo, y todo lugar le incluye y cela;
Y la tersa virtud por mayor modo
Es de su albergue la eminencia, el todo.

No hay que buscarle en domicilio extraño,
Cuanto vemos es Júpiter, ni puede
Sin él hallarse objeto, ó simple engaño:
El que á entender lo inescrutable excede,
Use de Amon y Febo en propio daño
Quien tristes dudas al temor concede;
Solo ha de ser mi oráculo la muerte
Cierta, y no ambigua al tímido y al fuerte.

Esto solo que Júpiter nos diga
Es útil mas que cuanto inmenso oculta,
Asi Caton á los que enseña obliga
Que el templo excluyan sin tentar consulta:
No su respuesta anfíbola investiga,
Ni le infama, ó sus glorias dificulta;
De las aras se aparta y al dios deja,
Si no con mayor crédito, sin queja.

Precede á las escuadras, y desdeña
No ser quien mas incómodo camina;
No impera ó manda, con su ejemplo enseña
Sufrimientos, y súbditos domina;
No por alivio ó pompa en monte ó breña
Le exalta el carro, ni á su planta inclina
Cerviz humana, ni menor coyunda
Que en el de todos su descanso funda.

Es partícipe tardo al alimento,
Al reparo de sombra, al sueño leve;
Siempre á los suyos vió beber sediento,
Y ninguno le está si Catón bebe:
Si al valor llaman rectitud de intento,
A cuyo esfuerzo solo honra se debe,
Sin conceder á lo dichoso alguna;
Esto es valor, y lo demas fortuna.

Hazañas, triunfos del valor mas fuerte,
De magnánimos Héctores y Aquiles,
Todo en concurso de Catón fue suerte,
Lauro á sus paces rendirán las lides:
O mayor Marte, no el combate ó muerte
Codicies, no; que si desiertos mides
No militante, en vagos hemisferios
Te ilustras mas que propagando imperios.

El sábio en armas emular quisiera
Mas el triunfo que hoy gozas africano;
Que los tres de Pompeyo, aunque veneno
Tanto mundo el blason por soberano.
Mayores aras dedicar espera
A tí mayor que la ecepcion de humano;
Y por deidad sin alusiones de hombre,
Rendirte votos y jurar tu nombre.

Al clima llegan, donde Febo apenas
Consiente habitador, donde concibe
El suelo brasas coligando arenas;
Fuente nace tal vez, pero no vive;
Del centro allá por varientas venas
Turbio licor descubren, que recibe
Breve lago, y en márgenes ardientes
Número vario hospeda de serpientes.

El ponzoñoso ardor rebigorabin
La cerasta en las ondas que calienta:
Allí la dipsa se sumerge y lava
Del grato humor hidrópica y sedienta:
Al romano escuadron temorizaba
Intacta el agua, aunque su vista alienta;
Reclínanse al estanque, y de su seno
Huyen con sobresaltos de veneno.

Caton duda lo mismo, y cuando advierte
Que la sed es peligro aun mas seguro;
Con diestras voces el horror divierte,
Que dió á sus gentes el cristal impuro:
No temais (dice) no hay contagio ó muerte
En venas que el humor engendran puro,
Y el agua en que habitó la sierpe ó yerba
Mas infestada aun sanidad reserva.

Bebed seguros, que jamas serpiente
Por este medio nos será ofensiva,
Solo bañando en nuestra sangre el diente
Comunica infeccion, hiere nociva;
Asi propone, y con alegre frente
Sobre el bañado márgen se derriba,
Y con mas riesgo que elocuencia y arte,
Del dudoso veneno bebió parte.

Salud halló en la accion, que presuroso
Imita sin temor todo guerrero,
Sola esta vez se anticipó ambicioso
La precedencia de beber primero;
No hay desvelo que acierte, aunque estudioso,
Porque este sitio es singular terrero,
En cuyo blanco la region sublime
Flecha impiedades y ponzoña imprime.

La voz del tiempo que noticias anima,
Supla escrutinio mas atento ó musa,
Y las causas deduzga de la fama
Que hoy esparcen memorias de Medusa;
Adonde Atlante occidental derrama
Ultimas vegas, y con luz confusa
Mueres, ó sol, se abrigaba un campo ameno,
Despues inculto y montaraz terreno.

Entró Medusa en él, cuando abundante
Gozó en dorada mies fértil arista;
Mas fue motivo su eficaz semblante,
Que frutos pierda, que pensiles vista
Lo estéril pues se eternizó constante
Por ser Meduta un monstruo cuya vista
No consintió por cualidad celeste
Mejor semilla que veneno y peste.

Forman su greña, en que á Megera iguala,
Víboras y serpientes: de estas hizo
Trenzas á veces por adorno y gala,
Y compartió sobre la frente el rizo:
En cuello y pecho el aspid se regala,
Imita su cabeza al crespo erizo,
Cuando el vivo cabello sin concierto
Tiende ramales de culebras yerto.

Si le peina tal vez gime sujeta
La víbora, y le muerde el duro seno,
Tuerce el cuello y la lengua de saeta,
Humedeciendo el peine en su veneno:
Cuando el castigo con crueldad decreta,
Funda su efecto en el engaño ageno,
Pues quien la mira en piedra se convierte,
Donde ni vive ni padece muerte.

No espira ni agoniza el trasformado.
Menos le aguarda el trance repentino,
Que en la peña el espíritu cerrado
Jamas para dejarlo abre camino:
Alli á su vista por descuido errado
Residió Jaspe, el que viviente vino
Pastor ó fiera, y con impulsos graves
Llovieron piedras, si volaron aves.

Alli el alcon bregando, y la arrogante
Garza, que esferas diáfanas pasea,
Ocurrió acaso; y el atroz semblante
Dió treguas de peñasco á su pelea;
A los canes y corzos semejante
Hielo y al suelto cazador saltea;
Prende igual pasmo al jabalí y sabueso,
Y es solo un risco la prision y el preso.

Medusa vió su habitacion poblada
De estatuas mil que figuró sin mano;
Aun el pendiente arroyo es piedra helada,
Las plantas mármol, y pizarra el llano;
Creyó naturaleza amedrentada
Fraguar de un solo risco el globo humano;
Si la gorgonia faz le mueve guerra,
Creyó la tierra carecer de tierra.

Los mares y los vientos la temian,
Los dioses conversarla rezelaban;
Aun sus cabellos áspides huian
De ver el gesto cuya frente ornaban:
Las mauritanas ondas se desvian
Hoy rezelosas donde Atlante lavan,
Atlante, cuyo ser, guardando el nombre,
Monte le vemos, y le vimos hombre.

Trasformóle Medusa, y semejantes
Señas flegra dará del monstruo fiero,
Donde tradujo montes de gigantes,
Y estupor mudo de furor guerrero:
Del ya difunto ceño los semblantes
Operaban asi, porque el primero
Vigor y actividad guardó infundida
La cabeza aun del tronco dividida.

Fue sagaz medio de su muerte Palas,
Y consiguió la misma actor Perseo,
Cuando el vuelo encumbró en talares alas,
Rigiendo alfánge en vez de caduceo;
Ostentáronse bélicas sus galas,
Claro pavés intercedió al trofeo,
En cuyo espejo, que el peligro excusa,
Vió, sin mirarle, el rostro de Medusa.

Buscóla á tiempo que del sueño opresa,
Aun las víboras duermen de su frente;
Velan algunas, y á estorbar la empresa
El cuello estiran rechinando el diente:
Hizo en todas su mano férrea presa
Con el escudo, que mirar consiente
Solo espejado el trémulo cabello
En cuanto le segó la diestra el cuello.

¿Quién dirá de aquel ceño la espantosa
Mocion, cuando ya el ímpetu homicida
La cerviz destroncó, y en sanguinosa
Espuma al espirar dejó la vida?
Los orbes de sus ojos con rabiosa
Preñez revientan por llorar la herida;
Las sierpes silban, y con ira extrema
Rectas erizan hórrida diadema.

Con la cabeza en la siniestra mano
Sus alas juega el triunfador guerrero,
Y desdeñando el límite africano,
El vuelo contra Europa alza ligero:
Palas divina con efecto humano,
Que infeste impide fértil hemisfero;
Y al sitio la conduce, en cuyo mundo
Siempre es adusto el sol, nunca fecundo.

El vuelo en Libia dirigió Perseo,
Donde jamas verdor se engendra ó vive;
Instila allí su sangre el rostro feo,
Y en funestas arenas muerte escribe;
Presto el llovido humor logra su empleo
En el cálido seno, pues concibe
Todas sierpes, y adúltera se extraña
De ponzoñas preñada la campaña.

Así el suelo vacante, que aborrece
Frutos y yerbas, fuentes y licores,
Los de Medusa admite, fragua y cuece,
Sazonando venenos con ardores;
La víbora primero nace y crece
Preferida ministra de rigores;
Pues nunca menos que mortal lastima,
Ni habitar sabe saludable clima.

Pero en vano la extraña region cria
Al aspid, cuando ya por fin sangriento
Comercia en venenosa mercancía
Roma, y le busca en Libia el nacimiento;
Inovando terror al sol y al dia
Se engendró allí famélico y sediento
El hermorrois, la dipsa y el quelidro,
Y en mar y tierra el morador Quersidro.

El Yáculo volante, la Parea
Que enhiesta como báculo camina,
La natriz, que en el mar fondos pasea,
Y la cerasta de flexible espina:
La sepis, que con mas fuego pelea,
El amódite, que sagaz se inclina,
Y la piel no distingue de la arena,
La del rostro biforme anfisibena.

La sangre de Medusa pues en este
Sitio produjo al basilisco armado
En lengua y ojos de insanable peste,
Aun de las sierpes mismas rezelado:
Alli se jacta de tirano agreste,
Lejos hiere en ofensas duplicado,
Pues con el silbo y el mirar temido
Lleva muerte á la vista y al oido.

En alas de oro soberano asiste
Alli el dragon, que volador brillante
Cual sacre al suelo desde el viento embiste,
Buscando cebo en el ganado errante:
Al proceloso encuentro no resiste
Toro, rinoceronte, ni elefante,
Que su bufido y golpe es rayo y trueno,
Y mata sin expensas de veneno.

En esta pues campaña poseida
De solas sierpes y arenal desierto
Entra el caudillo, que al valor convida,
Y en lo ignorado se supone experto;
Prodigios, muertes de avarienta herida
Vió resultar, y de contagio incierto;
Aulo, que rige la imperial bandera,
La adversidad calificó primera.

Tentó el peligro, y con soberbia planta
Hollar quiso la dipsa ágil serpiente,
Que con súbdita furia se adelanta,
Y en la desnuda piel le imprime el diente;
Alli su fuego deposita, y tanta
Perversidad ni se rezela ó siente,
Que la sutil herida incendios traza,
Y por ser destruccion no es amenaza.

Mas ya el veneno oculto penetrante
En las artérias suelto se derrama,
Su no advertida agilidad fue instante;
Trasmina el hueso, la medula inflama:
Todo humor huye á extremidad distante,
Cual se destila ardiendo húmeda rama;
Las entrañas son fuego, arde con ellas
La vista, y vibra el párpado centellas.

El se enfurece, el militar respeto
Pierde á Caton, pues de la mano arroja
La sacra insignia, la coraza y peto
Desgarra, y partes de la piel despoja;
No obedece; no escucha algun preceto,
Ni el halago ó rigor le desenoja,
Corre veloz huyendo de su llama
Al mar, y allí como las ondas brama.

En las escarchas del Danubio ardiera;
Pero el áfrico sol, que recto influye
La adustion acrecienta y acelera,
Con que á la dipsa el cargo diminuye:
Y en alto fondo esconde su carrera,
Huye de Libia, de sus miembros huye,
Y como brasas apagarlos quiere,
Reside golfos, y en incendios muere.

Contra el fuerte Sabelo el cuello tiende
La sepis, monstruo en mínimo sugeto,
Sierpe es apenas, y al rigor que emprende
Aun dificulta créditos su efeto;
Hiere esta vez, y de remiso ofende
Imperceptible lo eficaz secreto;
Desfrena al fin celeridad traidora,
Y á duras carnes público devora.

Licor las hace cárdeno y espeso,
Donde anegados del contagio aleve
Nadan los miembros desnudando el hueso,
Cuyo despojo en las arenas llueve;
Convertido en humor tiznado y grueso
Aun vive el cuerpo, y le sepulta y bebe
Libia en licores, que la misma tierra
Huella Sabelo, que á Sabelo entierra.

Aunque no toda el suelo regar puede
La porcion despojada al cuerpo vivo,
Parte en humo resuelve, y la concede
En alimento del veneno activo;
Este es carácter, es buril, que excede
A singular portento sucesivo,
Pues nervios, ataduras rompe, estraga,
Y en huesos, que taladra, imprime llaga.

Líquido al jóven evapora y vierte,
Ni allí dejan las llamas homicidas
Vestigios de hombres, ni señal de muerte;
¡Oh sepis, sin ejemplo en tus heridas!
La sierpe, en que el veneno obra mas fuerte,
Procede solo á consumir las vidas;
¡Oh cuánto mas de actividad presumes,
Pues vidas y cadáveres consumes!

Sigue tu hazaña el Prester espumoso,
Bien contrario en efectos exteriores;
Acomete á Nasidio, que animoso
Tienta en vano resguardos luchadores:
No le disuelve en fuego ponzoñoso,
Antes le ensancha en miembros, y á mayores,
Tal que imita en lo basto su figura
Rudo entalle de bárbara escultura.

Por mas y mas hinchado desparece
Su aspecto, que al humano ser confunde;
En carnes propias, que dilata y crece,
Se esconde él mismo, se aniquila y hunde;
Falta Nasidio, cuando el mal le ofrece
Copia mayor en que su forma abunde,
No hay miembro ya, que los perdió su aumento,
Y cuerpo le negó lo corpulento.

Quiere moverse, y rueda circundando
De propia esfera, en cuyo centro espira
Tan extenso en la piel, cuanto el preñado
Lienzo naval, que en las entenas gira:
En circular cadáver trasformado
Mereció carecer de entierro ó pira;
Que por sepulcro de materia eburna
Suple, y Nasidio de Nasidio es urna.

Al ilustre Sabino muerde en tanto
Sierpe que influye pravidad sangrienta;
Corre el veneno á todo centro, y tanto
Penetra y labra, que la piel revienta;
Luego es sangre el sudor y sangre el llanto,
Toda vena le gasta y le acrecienta,
La piel se esconde en sangre, ni se libra
Del contagio algun poro, nervio ó fibra.

Los miembros se derraman por las venas,
Cifra mil llagas una confundida,
Que todo un cuerpo la contiene apenas;
Todo le hiere, y es mayor la herida:
Venció tu muerte, ó Lesbio, á las agenas
Por fácil y veloz; que introducida
La malicia del aspid á tu seno
Sentiste en el abismo á su veneno.

Muerte es la tuya, no mortal congoja,
No hay vida cuando el ánimo lo sabe,
A las sienes el Yáculo se arroja
De Mario, y mata sin que el diente lave:
Comparada á su impulso es tarda, es floja
La lanza, el rapto de la flecha es grave;
Pues barrenando la cabeza y frente,
Vuelos prosigue la sutil serpiente.

Formóla el cielo venenosa en vano,
Sobra el veneno si el taladro basta:
Con rigor simple á Nébulo y Silvano
Consumió la salpinga y la cerasta:
Muzio hirió un basilisco y á la mano
La ponzoña voló escalando el asta,
El hierro vencedor tan mal evita
Muerte, que su remedio la agilita.

Aunque no muere, que la fiel siniestra
La espada empuña, y con rigor piadosa
Corta sagaz la detestable diestra
Ya cárdena y mortal por venenosa;
Morir la mira en escarmiento, y muestra
De mayor plaga que estorbó forzosa;
Se alegra y llora, y el despojo entierra
Que logra y pierde en saludable guerra.

Asi al vagante ejército ni el dia
Daba reposo ni el silencio oscuro;
No algun lugar selvático ofrecia
Para el sueño menor puesto seguro;
Arenas, que la noche tarde enfria,
Son lecho, y en la niebla y cielo puro
Halla el que duerme novedad que ignora,
Y supernumerario estrago llora.

Pues la sierpe, que helada con el viento
Noturno y denso su malicia pierde,
Con atraccion al cuerpo soñoliento
Entre sus miembros se acalora y muerde:
Aun no divisan habitable asiento,
Util campaña, ni distancia verde;
Y atentos solo al estrellado manto
Ni saben donde se camina, ó cuánto.

Ya clama libre alguno; ó soberanos,
Restituidnos al rigor primero
De la Tesalia, no en vigores vanos
Contravenga al civil riesgo estrangero:
No mueran en la paz pechos y manos
Votadas á los cortes del acero;
Si es paz donde á pesar de agudas astas
Lidian por César dipsas y cerastas.

Lo mortal, que moderno padecemos,
No hay en todos quien áspero lo arguya:
No te culpamos, Africa, ni vemos
En inclemencia tanta alguna tuya:
Tú el veneno escondiste en los extremos
De este confin, donde comencios huya;
Porque si bien su arena sierpes cria,
Pudo el mundo ignorar que las habia.

Pero aunque mas las niegas y divides
Nuestra temeridad las busca y huella,
O tú (quien fueres) que deidad presides,
Do influye monstruos ponzoñosa estrella;
Si la venganza consiguiente pides
De nuestro osar, y alcanza tu querella
Su fin, mas de tu parte no le alcanza;
Porque el delito mismo es su venganza.

Debemos lo benigno atribuirte
De guarecer tus recatados senos;
Allí la zona adusta, aquí la sirte
Aprisionan serpientes y venenos:
Nuestro furor, que aun osa corregirte,
Tienta su estrago en límites agenos;
Exceso, que la pena trae consigo,
Solo es delito, fáltale el castigo.

Y es de temer que invente la fortuna
Suplicio nuevo que el temor no entienda,
Y adversidad nos amenace alguna,
En misterios celados estupenda;
La sima occidental del sol y luna,
Y no al reino de Iuba, recta senda
Seguimos, pues el ánimo presiente
Que le separan de region viviente.

Extremidades ínfimas son estas
De lo humano, y aguardo un mar desierto,
Que las tierras concluya, y en funestas
Ondas sepulte rayos del sol muerto:
Entonces solo no serán molestas
Pasadas penas, que lo vario experto
De otras mayores nunca prevenidas
Favorables harán las padecidas.

Creeré que el semicírculo del suelo
Corrimos, que esta zona se adelanta
Al austro, y en contrario paralelo
Yace antípoda Roma á nuestra planta:
Funesto sitio, pues le pido al cielo
Lo que supuesto en paradoja espanta,
Que en descuento al temido último trance
César, que nos persigue, nos alcance.

El campo asi la indignacion divierte,
Y Catón que sus ánimos conquista,
No á los tormentos solo, aun á la muerte
Es diversion y antídoto su vista:
No en tantos pechos hay dolor tan fuerte,
Que en su ejemplo lamentos no resista;
Lo doliente y mortal son sus despojos,
Son medicina su silencio y ojos.

Inclemencias suaviza, enjuga llantos
Con mirar solo el padecido ultraje;
Pero ya el cielo entre rigores tantos
Les dispone benévolo hospedage:
Médicas artes preparó y encantos
Rigiendo por los psilos su viage;
Feliz nacion, que venenoso habita
De Libia el suelo, y su veneno evita.

En provincia comun á las serpientes
Goza este vulgo habitacion segura,
Preferido en salud á nuestras gentes,
Debiendo al aire calidad mas pura:
No sus arenas inficiona ardientes
Febo, aunque pulse del zenit la altura;
Las sierpes todas desarmadas llegan
A su comercio, y en sus palmas juegan.

Si alli alguno rezela que en su esposa
Procedió el hijo de hospedage externo,
Con industria aplicar suele zelosa
Aspid ó basilisco al niño tierno:
Si no le ofenden, es lealtad forzosa
La que se infiere del honor materno;
Y si ofensa recibe, es cierto indicio
Que de extrangera sangre admite vicio.

Los hijuelos asi constante aplica
A exámenes del sol con vista atenta
Aguila, que lo noble purifica;
Y el adúltero parto experimenta;
El que á la luz repugna verifica
La indigna raza que su línea afrenta,
Y el que los rayos toleró constante
Le ministra los suyos al tonante.

No en propia defension limitan estos
El preservado fuero, que en la agena
Aun le ejercitan á sanar dispuestos
Al ofendido que aportó á su arena;
Si la víbora en páramos repuestos
Muerde al incauto, ó bien la anfisibena,
Medicina les da la experta mano;
Hoy pues la goza el escuadron romano.

Alli estrechas aloja sus banderas
Caton, y el pueblo que le cerca en tanto
Con precauciones útiles primeras
Saluda el sitio en respetable canto;
De sus voces urgentes y severas
Las sierpes huyen con veloz espanto;
Aplica yerbas en contorno, y luego
Su diversa virtud concuerda el fuego.

El abrótano allí de mal perfume
Alza llama, y la fértil centauréa,
El costo y el peucédano presume
De incendio no menor que el pino y tea:
Sus verdores el lárice consume;
El tapso, el tamariz, la panacéa
Arde en concurso de una y otra yerba,
Bien como rama el cuerno de la cierva.

Tal se preservan del instante agravio,
Y al que ya gime venenosa ofensa
Tanto de activo le percibe el labio,
Que milagrosa operacion dispensa;
Produce ocultas calidades sabio,
Con facil diente las heridas prensa,
Y se rinde el veneno, donde toca
Sola virtud de la espumante boca.

Signos estampa, y los humores chupa
De oscura sangre el que saluda atento;
Y aunque embaraza el respirar, se ocupa
En proferir un murmurado acento:
Antes que el jugo ponzoñoso ocupa,
Consulta al blando paladar y aliento,
Y la lengua veloz juzga advertida,
De cual serpiente procedió la herida.

De esta piedad y curación segura,
Reparados los fuertes escuadrones,
Con mas templado sol y aura mas pura,
Excluyeron las cálidas regiones:
Dos veces deslumbró su forma oscura,
Y dos llenó del globo las porciones
La luna, sin que límites agenos
Hállasen mas que ardores y venenos.

Ya pues gozan y ven gratas señales,
El suelto polvo se solida y cierra,
Sitio afirman los blandos arenales,
Suelo endurecen, ya la Libia es tierra:
No esconde tan avara sus cristales;
Matiza de verdor tal bosque ó sierra;
Luego en fe de habitables las campañas
Lo autorizan con chozas y cabañas.

¡Oh cuánto recupera, ó cuánto anima
Tal mudanza á los béliços varones,
Y que en señal de mejorarse el clima,
Tigres encuentran, fieras y leones!
Siendo rigor, felicidad se estima,
Pues las víboras cesan y dragones,
Llegan al fin á Leptis, donde el cielo
Ni al sol irrita, ni entorpece al hielo.

LIBRO DECIMONONO.

César despues que con valor sangriento
Venció al mundo en Farsalia, aun no aplacado
Siguió á Pompeyo con desvelo atento,
Aun de sus guerras íntimo cuidado:
Vana su industria redundó al intento,
Pues confuso, y de errores informado,
Dió tiempo á ausencias y á mayor destierro;
Pero al dichoso es favorable el yerro.

Al fin siguiendo fama no tan ciega,
Con ejército en frágiles bajeles
Entra en los mares de Pelasgia, y llega
Al Ponto, que dedica el nombre á Heles:
Donde con alto honor la musa griega
Canta infelices los amantes fieles,
Hero y Leandro, y con igual gemido
Aun llora Sexto, y le responde Abido.

El recata y suspende temeroso
El pie, y absorta elevacion concibe,
El varon respetando belicoso,
Que por la griega trompa aun vence y vive,
O sacro ardor, ó acento poderoso
El que incesante duracion prescribe,
Reservando vivaz cuanto desvia
Darse á las Parcas, ó inmortal Poesía.

No envidies, César, un sepulcro rudo,
Que el nuevo canto de la musa ibera
Puede lo excelso, que el de Grecia pudo,
Y en mi Farsalia el tiempo te venera:
No algun siglo será en tus glorias mudo,
Blason de eterno por mi voz te espera,
Ni temo que en horror de olvido ciego
Se oscurezca mi aplauso antes que el griego.

Ya que en el sitio memorable anciano
Dió al ánimo alimento y á los ojos;
Súbitas aras construyó el romano
De mal compuestos céspedes y abrojos:
Enciende llama, y con piadosa mano
La colma de aromáticos despojos,
Ofrece voto por la accion felice,
Que bélico fomenta, y asi dice:

O vos, que en breves urnas y ruinas
Gozais dormida paz, huesos helados,
Héroes troyanos, almas ya divinas,
Que aun estos polvos no olvidais sagrados:
O tú que las regiones hoy latinas
Honras por tu Lavinia, ó venerados
Penates frigios, esplendor dardanio,
Gloria á los Julios desde el noble Ascanio.

En este original antiguo asiento
Vuestro os dedica un sucesor altares,
Agilitad el éxito al portento,
Que es de mis hechos timbre militares:
Yo os daré muros de imperial cimiento,
Y agregados emporios populares;
Debido es, Asia, que en mi ejemplo veas
Correspondida la piedad de Eneas.

Si Troya nos ha dado téucros muros,
Los mismos debe darle ausonios Roma;
No dice mas, y con afectos puros
Ceba la llama en repetido aroma:
Sueltos globos el aire esparce oscuros,
Que exhala en humos la fragante goma;
Deja las aras, y en confin remoto
Ya busca efectos del ácepto voto:

Vuelve á sus naves con alegre aliento,
Donde el piloto liberal dispensa
Francas las velas, y entregado al viento,
La del mar surca latitud inmensa;
¡Oh cuán veloz cortando el elemento
La detencion troyana recompensa!
Ya excluye de Asia las riberas todas,
Ya en otros mares se adelanta á Rodas.

Siete veces los límites habia
Lustrado Febo del oriente claro,
Cuando en lóbrega noche descubria
César la antorcha de la egipcia Faro:
Esperó cauto al renacer del dia,
Y al alto fondo cometió su amparo;
Ya con la nueva luz ve la ribera,
Donde Alejandría popular le espera.

Lejos mira, contempla recatado
El sitio infiel que el Nilo fertiliza;
Teme á Pompeyo en armas coligado
Con los egipcios, por quien ya es ceniza:
Viviendo, fue del César despreciado;
Y muerto (¡oh vanidad!) le atemoriza,
¡Oh humano error! ¡Con ignorancia cuanta
Lo adverso alegra, lo dichoso espanta!

¡Cuán presto César de adversario amigo
Resultarás, y de feroz clemente!
Porque á tus ojos puesto el enemigo,
De no haberle ha de dar seña evidente:
Pompeyo mismo te será testigo;
Que no hay Pompeyo, ó la verás ausente;
Su estrago te supone honra y grandeza,
Si le imaginas, si le ves tristeza.

Del egipcio confin ligero lino
Suelto impele un bajel que el golfo admite;
Trae la cabeza al vencedor latino,
Que ya la suya coronar permite:
No allí Septimio, Aquilas ó Fotino,
Por ministrar la legacion compite;
Que su Rey, porque al César agasaje,
Comete nuevo sátrapa al mensage.

Teodoto es ya ministro; este escondia
El don horrendo en un cendal hermoso;
Llega ante César, y la ofrenda impía,
Con voz alegre abona cauteloso:
O varon (dice) á cuya diestra fia
Sus glorias Marte, ó númen belicoso,
Que superando á lo imposible humano,
Tus ausencias dan triunfos á tu mano.

Aunque domaste cuanto alumbra Apolo,
La suprema vitoria que apetece
Tu esfuerzo ignoras, y la debes solo
Al Rey de Egipto, que á tus pies la ofrece:
Siguió á Pompeyo tu furor, buscólo
Por campañas y golfos, y apetece
Tanto su muerte, que obtenerla fuera
Gloria en las tuyas última y primera.

Este pues grande singular trofeo
Sin tu noticia conseguiste ausente,
Y sin guerra ni sangre; aun tu deseo
Presumió lejos lo que ve presente;
Tu enemigo al favor de Tolomeo
Ocurrió, conspirando armas y gente
Contra las tuyas; pero vió trocada
La faccion y su muerte en nuestra espada.

¿Qué mayor prenda confirmar pudiera
El tuyo y nuestro amor? La esclarecida
Sangre del gran Pompeyo confedera
Nuestra paz á inmortal vínculo unida:
Tuya es Egipto, por señor te espera,
Y con los intereses te convida;
Que en Tesalia ofreciera tu largueza
Por la muerte del Magno y su cabeza.

Digno se agrega á la milicia tuya,
Quien poderoso en el civil suceso
Le otorga el cielo que tu lid concluya,
Y al imperio te allane franco ingreso:
Ni por facil la accion se disminuya,
Que es mas fineza y cargo en nuestro exceso,
Debiéndose á Pompeyo quebrantalla,
Que superarle en lícita batalla.

Huesped de Egipto fue, cuya corona
El Rey antecesor debe á su mano;
Tú pues reprueba, César, ó tú abona
El hecho como célebre ó profano:
Hónrale, aunque le culpes; galardona
Error que es triunfo tuyo, porque en vano
De inclemente ó severo le interpretas,
Si excusa que tú mismo le cometas.

Así le arguye, y desenvuelto el velo
Descubre la cabeza, que ofendida
De antigua muerte con horrible hielo
Toda su forma ofrece desmentida;
Huyó de aquella vista el sol y cielo,
César miró la ofrenda aun mal creida,
Y no cupo al cebarse en los despojos
Su espanto y rapto en el semblante y ojos.

Sus pies tiemblan, su pecho mal respira,
Copia es su faz de la difunta frente;
Huyen del alma los afectos de ira,
Piedad sola es el íntimo accidente:
Si amenazó cruel, debil suspira,
Aun él se ignora, y trasformarse siente;
Porque jamas tan impensado y presto
Se vió un extremo producir su opuesto.

Si Tesalia sangrienta eran sus gozos,
Traidora Egipto es su lamento; y tanto
Que siguen al dolor tiernos sollozos,
Y estos apenas los desfoga el llanto:
El que ver pudo itálicos destrozos
Con dura frente, y con despecho tanto
Rompió y holló falanges, viendo ahora
Muerta una faz, se turba, tiembla, llora.

Mas ya el llanto es furor, bien que al primero
Militar y enemigo contradice;
Pues á Teodoto vuelto, aparta, ó fiero
El don funesto de mis ojos, dice:
Tu Rey solo, en su paz torpe guerrero,
Estos horribles triunfos solemnice,
Que en la enorme traicion que ha cometido,
Mas que Pompeyo es César ofendido.

La gloria, el fin que mis intentos mueve
Pierdo, que es dar á los vencidos vida;
Tanto honor me defrauda Egipto aleve,
Por árbitra del orbe introducida;
Pues cuando Roma aun competir no debe
Con César, ni consiento que se mida
El del Senado con mi imperio; veo
Que me impera en las armas Tolomeo.

Pudiera facil compensar mi mano
Su atrocidad, y darle la cabeza
De su Cleopatra, si el amor de hermano
No fuera en él irracional fiereza:
Ni me distingues, Príncipe villano,
De Pompeyo en tu dádiva y largueza,
Que no al amigo, al vencedor caudillo
Previno estas ofrendas tu cuchillo.

Defiende mi tesálica fortuna
Hoy mi cuello, y la misma es homicida
Del supremo campeon que vió la luna,
No tú en quien halla lo infeliz su herida:
No temí á Italia, ni venganza alguna
A mi asunto civil constituida,
¿Cuál presuncion sospechará que alcanza
Romano agravio, egipcia la venganza?

Huyera de estos males al extremo
Mas contrario, bogando peregrino;
Pero direis que os huyo porque os temo,
Y es la causa total que os abomino:
Arribe al margen que aborrezco el remo,
Y si el Rey vuestro al galardon previno
Sus esperanzas, al perdon le admito;
Premio es grande, si advierte su delito.

Goce (excusando el crímen) este indulto
Su edad; y todos por enmienda al yerro
Dareis al cuerpo con funesto culto,
Y á su cabeza sacra heróico entierro:
Hoy conoce su espíritu en lo oculto
Mi zelo, y juzga en su inmortal destierro,
Si amigo un Rey le ha sido mas castigo,
O mas piedad que un César enemigo,

Sienta el honor que le rendí en trofeo,
Cuando en él fue mi causa aborrecida,
Pues quiso muerte en ley de Tolomeo,
Antes que en fe de mis respetos vida:
Murió con mi esperanza mi deseo,
De vincular concordia agradecida
Al mundo, pues hoy vacan los gemidos
En mi voz, y en los dioses los oidos.

Príncipe excelso, yo esperé aunque armado
Te dignases vivir por blason mio,
Pues lo mayor de mi civil cuidado,
Fue igualar, no exceder tu señorío:
Hicieras que en tu honor Pueblo y Senado
Perdonase licencias de mi brio,
Y tu pecho benigno de mi parte
Hiciera yo que perdonase á Marte.

Dice, y sus quejas disuadir procura
(No imitarlas) su gente vencedora,
Adulacion juzgando mas segura,
Afectar gozos cuando César llora:
No abominan el don con vista oscura,
Ni reprueban del Rey la accion traidora;
Nueva lisonja con acierto errada
Pues tan opuesta al adulado agrada.

Ya la flota en las playas y arenales
Del puerto alejandrino el ancla aferra,
Donde lucharon compitiendo iguales
César y Egipto en suspendida guerra:
Lo preciso en los términos fatales
Aun el firme suceso duda ó yerra,
Que en decretos divinos pende incierto
Ser Egipto oprimida, ó César muerto.

Fue el alma de Pompeyo medianera
Por César, y evitó el rigor del filo,
Que á morir él, la libertad viviera
Egipcia, ni domára el Tibre al Nilo:
Ya le recibe humilde la ribera,
Ríndese el mar benévolo y tranquilo;
Ya sale en tierra, y con valor seguro
Se entrega de Alejandria al puerto y muro.

Al concertado ejército sucede,
Y altivo marcha; indígnase el gitano
Vulgo, porque su Rey entrar concede
Con insignias de imperio hombre romano:
El reconoce la intencion, no excede
A corregirla, y con semblante humano
Percibe solo en el rumor plebeyo,
Que no por César degolló á Pompeyo.

Cubre el rezelo, ó pone descuidada,
Frente al confuso popular bullicio,
Suspenso mira la ciudad murada,
Y sus templos de espléndido edificio;
Contempla aquella fábrica fundada
Del macedonio en valeroso indicio:
O tú quien fueres, aunque imperios mandes,
No hay grande nombre sin hazañas grandes.

Reverencia y ponderá con tristeza
Del tiempo y su vejez firmes despojos,
Sin que el hermoso lustro ó la riqueza
Concedan el alivio á sus enojos;
A nuevo objeto de mayor grandeza
En repuesto lugar volvió los ojos,
Donde reservan túmulos ancianos
Reyes, que Egipto idolatró africanos.

Alli el sepulcro mas soberbio encierra
Cenizas de Alejandro el Magno, el solo
Rayo de Marte, que asoló mas tierra,
Que con los suyos ilumina Apolo:
Cometa que amenaza sangre y guerra,
Y que del nuestro y del oculto polo
Fue pronóstico á un tiempo, y fue ruina,
Símbolo de la furia cesarina.

Hazañas de Alejandro aun preferian
Los estupendos métodos del sueño;
Dió ejemplar no decente que podian
Las tierras todas venerar un dueño:
Ya que en unida paz le obedecian,
Juzgó su posesion reino pequeño,
E imperio quiso conquistar segundo,
Forjando en su esperanza un nuevo mundo.

Tentó con alta armada el Océano
Para ausentarse á clima no entendido,
Y excluyendo fugaz el orbe humano,
Trocar por el incierto el poseido:
Naturaleza con exenta mano
Desbarató el asunto acometido,
Que osada mas contra el varon mas fuerte
Sabe la parca autorizar que hay muerte.

Doméstica traicion fue su homicida,
No el hierro, ó fuerzas de poder alguno;
Luego la union del mundo dividida
Sobró á mil dueños, si era corta á uno;
La tierra opresa respiró esparcida,
Sacudió libre la cerviz Neptuno,
Ni quedó de Alejandro el venerado
Mas heredero que un sepulcro helado.

Alli la digna emulacion y el zelo
Hoy al romano triunfador suspende;
Juzga su fuego tibio en paralelo
Del macedonio, cuya llama aprende
Mayores triunfos que apercibe el cielo,
César; mas hay que con rigor te ofende
Mayor, pues miro amenazar fatales
Venenos á Alejandro, á tí puñales.

Fortuna así con recompensa oculta
Glorias destruye, ensalza Babilonia,
A Alejandro, y traidora le sepulta;
Si fue imperial, ya es tierra Macedonia.
Mira su ejemplo, oh César, y consulta
Con otro igual tu conquistada Ausonia,
Impere en Roma tu valor, mas tema,
Que el aceros filo seguirá al diadema.

Ya el Rey que en las campañas de Peluso
Supo del vencedor huesped romano,
Vuelto á Alejandría serenó el confuso
Licencioso rumor del vulgo vano;
Pero mas cauto y próvido dispuso
César sus paces, que al infiel tirano
Hizo fiel guarda y reservada prenda,
Que de su misma ofensa le defienda.

Alejandría en su alcázar eminente
Daba á los dos alojamiento grato,
Donde César disfraza en apariencia
Ocio cortés el último recato;
Cuando Cleopatra rezelando ausente
Riesgo mayor, si con el pueblo ingrato
Se confedera el príncipe latino,
Buscando paces á peligros vino.

Con prestas velas en bajel liviano
Alejandrinas ondas surca y mide;
No teme á su enemigo Rey y hermano,
Que con férrea cadena el puerto impide.
Con intereses pródigos no en vano
A las nocturnas guardas paso pide;
Vence el oro, y relaja la cadena,
Toma puerto el bajel, surge en la arena.

Al alto alcázan con sagaz rodeo
Llega Cleopatra en sombras escondida;
Busca á César, deslumbra á Tolomeo,
De quien fue la cautela no advertida.
O Egipcia bella, incendio del deseo,
Venus horrible y furia eternizada,
Deshonor propio, infamia en el ageno,
Y de las almas nectar y veneno.

Esta pudo los rísculos estrechos
De Ulises desatar impia Sirena,
Y al romano ofendio, robando pechos,
Mas que al Troyano la robada Elena.
Amor solemnizo imprensados hechos,
Con esta cifra de deleite y pena,
Que aun lugar hizo su terneza y arte
Con los despechos y rigor de Marte.

Tal vez puesta el tímpano gitano
A Roma invicta fue terror, fue agravio;
Cuando el heroico Antonio humilde y vano
Adoró su beldad, creyó su labio:
Esperó en Leucas la femínea mano
Cetros de imperios, y al divino Octavio
Ríndele al triunfo, y en soberbio solio
Los altares hollan del capitolio.

Mas quien se admira de la presta llama
Que tú alimentas, juvenil Antonio,
Si el duro esfuerzo se emblandece y ama
De César diamantino Marte ausonio;
Y cuando sangre aun cálida derrama
Del farsalio combate y macedonio,
Despojo es del amor, cambia inconstante
Fervores de valiente en los de amante.

Ya pues Cleopatra su beldad presenta,
Libre el cabello, que con facil traza
Desprecia galas y donaire aumenta,
Miente descuidos y el ageno enlaza:
Su vista, su ademan centella es lenta,
Que traidores incendios amenaza;
César cortés la escucha, y no hay sentido
Que regalos no envidie del oido.

Si mereció, gran César, el primero
Rey Lago mi ascendiente generoso
Hallar aprecio en tu valor guerrero
(Dice) ó mi agravio en tu favor piadoso;
Por tí recuperar la herencia espero
Del reino que me usurpa belicoso,
Quien por mí, disfamando el ser humano,
Se trasformó enemigo, siendo hermano.

Consigues árdua accion, si mi ventura
Contraria vences, forjará tu espada
Mi trono, y en imperios ya segura
Te rendiré sublimidad postrada:
No ejemplar nuevo introducir procura
Mi ambicion en Egipto, que heredada
Ha sido de ambos sexos su corona,
Asi el uso y la ley mi asunto abona.

Aunque mayor validacion le acrece
El Rey muerto, que en último legado
Igual Reina heredera me establece,
Y esposa de este monstruo hoy rebelado;
Pero no tanto de piedad carece,
Que el precepto violára decretado;
Si poseedor de sus afectos fuera,
Si dueño de sus ármas las rigiera.

Pero su misma voluntad y espada
Tiene cedidas al traidor Fotino,
Este reina; y si vivo despojada,
El del Rey es despojo mas indino;
Ser debe tanta injuria dedicada
A la venganza del poder latino,
Mi accion al cetro perderé egipciano
Como le rija mi despierto hermano.

Gobierne y use de eleccion no agena,
Ofenda él mismo, y su piedad alabo:
Tú le manda ser Rey, tú le condena
A gozar la corona, á obrar no esclavo:
Así le doy la Magestad por pena,
Y el excusarle sujecion, le agravo;
Que en pecho corto de imperar no amigo
Potestades y reinos son castigo.

Déle su libertad quien le domina,
No tú permitas que un ministro aleve
Reine en su Rey, y abrevie la ruina
De Africa toda, pero mas se atreve:
De Roma la imperial gloria abomina;
Trazó la muerte al Magno, insultos mueve
Nuevos, y espera del favor plebeyo
Presto á igualar á César con Pompeyo.

El cielo tanto azar lejos aparte:
Vive, ó señor, que excelso y victorioso,
Como á Tesalia fuiste airado Marte,
Serás á Egipto Júpiter piadoso:
Puede Fotino muerto asegurarte,
Y introducirme al cetro, y darme esposo:
Pues libre asi del cautiverio estrecho
El Rey, yo sé que reinaré en su pecho.

Persuasiva elocuente aun mal venciera
Cleopatra, si encendidas armas luego
No fulminára, y sin la voz supliera
Su beldad, mas que su elocuencia y ruego:
¡Ah beldad sola! ya el diamante es cera,
Flaco el valor á oposicion de fuego:
La vista arguye, y el silencio exclama,
El ocio es guerra, y el descuido es llama.

El que fue de Cleopatra pretendido,
Se humilla pretensor, sirve y respeta:
Dichoso tanto, que venció vencido,
Halló favor que desdeñando acepta;
Del favor goza al plazo consentido,
Que apadrinó la oscuridad secreta:
Ya su milicia la delicia abona
Fiel á Venus, apóstata á Belona.

Antes fundó batallador protervo,
En la guerrera diosa alta defensa;
De la lasciva ahora debil siervo
Humilde altar de esclavitud le inciensa:
Amante es dulce el combatiente acerbo,
Que ya de Egipto en posesion dispensa
Su estado; y quiere, aunque el error conoce,
Que amor le usurpe, y Marte no le goce.

En igual trono al joven Tolomeo
Confederó con la consorte hermana;
Dióles el reino en indiviso empleo,
Prelacion arrogándose romana:
Consiguió lo mayor de su deseo
La astuta Reina, y del acierto ufana,
Quiere en Egipto que la paz felice
La opulencia del orbe solemnice.

Ostentó al mundo pródiga y altiva
Tesoro tal, que aun resplandece oculto;
Asi en grandeza y variedad lasciva
Venció al siglo político el inculto:
Aun la piedad mas célebre y votiva
Es menos hoy en el sagrado culto,
Y excedió siempre un ambicioso ejemplo
De urbanidad al esplendor del templo.

La regia sala que asistió al intento
Era alabastro y jaspes y tan costosa
Piedra da cuerpo y sólido cimiento
Al edificio, no la tierra enlosa,
No viste de pared ni el pavimento,
Que allí toda materia está quejosa,
Porque ofendida sirva, y degenera
En ministerio de menor esfera.

No el ébano crecido al bruñido luce
En primorosos cortes y sutiles;
No el adorno es firmeza, y se reduce
A suplir postes y maderos viles:
Si estimador el árabe introduce,
Para emular cristales, los marfiles,
Cleopatra apenas en la estancia bella
Les deja sitio ó con desdén los huella.

En parte al suelo visten, y al sencillo
Candor matiza el ágata, y guarnece;
Piedra, que pudo en delicado anillo
Ser de la mano adorno, al pie se ofrece:
Láminas áureas, que entalló el martillo,
Cubren el techo corvo, que padece
De próspero, y molesta su decoro
Sobre el primor la pesadumbre de oro.

Oro es el fondo, el friso, la moldura,
Que el artesón en ángulos comparte;
Y en los entalles que el cincel figura,
Rinde su aprecio la materia al arte:
El hondo quicio y terso es plata pura
En las ágiles puertas, cuya parte
Cubre exterior con manchas del hircano
Tigre imitadas el carei indiano.

Tronos y archivos de esplendor distinto,
En sus planos targetas y remates
Engastan el balax á líneas tinto,
La calcedonia y el viril y ágates:
Azul turquesa y pálido jacinto,
Sardas de rosa, del clavel granates,
Y de mil piedras, por su nombre inciertas,
Forman confusa clavazon las puertas.

Al tálamo en el íntimo retiro,
Porque excepcion de lo mayor se ostente,
Le dió su sangre el múrice de Tiro,
Y sus almas los nácares de oriente:
Púrpura y perlas alternó el zafiro,
Rubí y diamante en competencia ardiente;
Siempre es lo insigne en cantidad avaro,
Y aquí deslustra el número á lo raro.

Ya en tropel los solícitos sirvientes
De las provincias extrangera y propia
En edades y aspectos diferentes
Dilatan fausto con su adorno y copia:
En cortas greñas y atezadas frentes
Se distinguen asaz los de Etiopia,
Aunque naturaleza esculpe á veces
Labores de candor en negras teces.

Tierna escuadra le sigue reservada
De los eunucos á su costa bellos,
Y desmintiendo al Africa tostada
Purezas de marfil, de oro cabellos:
Cuya madeja espléndida rizada,
César admira, y los eburneos cuellos;
Pues nunca asi en el ártico Danubio
Vió extremarse lo cándido y lo rubio.

Sobre tapetes índicos y estrados
Ya se reclina á liberal convite;
Dos Reyes, dos coronas son sus lados,
Pero no alguno su igualdad compite:
Cleopatra en lo mayor de altos cuidados
Al trage y pompa la atencion remite,
En cuyas aras fundan poderoso
Doble imperio lo artífice y lo hermoso.

No es tan culta su bárbara belleza,
Que no conspire en su favor las galas,
Puede con estas ya su gentileza
Ser copia á Fidias, simulacro á Palas:
Rica y artificial naturaleza
Da espíritu al amor, porque sus alas,
Si en hermosura simple el vuelo hielan
Con el adorno, y arte arden y vuelan.

Sobre nieve y jazmin rubio cabello
Vago se esparce por la tersa frente,
Sutil cendal permite al marfil bello
Del pecho en lo encubierto, lo aparente:
Siembran y ciñen su cabeza y cuello
Perlas que engendra prodigioso oriente;
Joyas ostenta, que á su gran relieve
Ni lo arrojado del pincel se atreve.

Es su ornamento tempestad brillante,
De aljofar pluvia, escarcha de recamos,
Que disfaman el oro, que el diamante
Expenden puro en círculos y ramos:
Vence en beldad y en esplendor galante
Magestades, que eternas veneramos;
Pasos retarda en el pomposo exceso,
Que al airoso ademan la estorba el peso.

Yerras, Cleopatra, pues á César haces
De tesoros domésticos testigo,
Son tus festejos armas eficaces,
Con que al huesped despiertas enemigo;
Casi provocas bélicas sus paces,
A tu obsequio dispones el castigo;
No permite lo inmenso en tus despojos
Templado afecto ni abstinentes ojos.

César no solo con la libre lanza
Busca interes al belicoso oficio;
Curio, en quien mas se abstuvo la templanza,
Hoy declinára en tu opulencia al vicio;
Burlára Atilio de la vil labranza,
Y de la estrecha austeridad Fabricio;
Su paz vendieran, codiciando varios
Dar á Italia menfíticos erarios.

En oro allí se sirve el alimento
Con diversion confusa de manjares,
Cuantos la gula investigó en el viento,
Y en los boscages últimos y mares;
Cuantos el ápetito, no el sustento,
Meditar pudo; y profanando altares
Fue sacrílego pasto alguna fiera
De las que Egipto idólatra venera.

De preciosos y tersos materiales
Vasos la sed espléndidos previno;
En cristal se ministran los cristales,
Y en mirra y nacar oloroso el vino;
Ya se sirven guirnaldas bacanales
De rosa egipcia y nardo peregrino;
Los cabellos tal vez pródiga mano
Une en fragrancias del amomo indiano.

El despejo cesáreo engrandecido
Hoy se estrecha menor, suspenso atiende,
Y si anhela riquezas del vencido
Mundo, tambien su desperdicio aprende;
Pobreza juzga el triunfo conseguido
Contra el Magno, y el vínculo le ofende
De la fe egipcia, que sus armas ata,
Pues no es batalla próspera la ingrata.

Despues que el elemento variado,
Cuya efusion superabunda ociosa,
Relajó el apetito destemplado,
Y el nectar anegó la sed viciosa;
César cortés con elocuente agrado
Espacios de la noche expende umbrosa,
Tierno á Cleopatra, afable á Tolomeo,
Docil á documentos de Acoreo.

Con este, ya que en preferido asiento
Por sacro honor autorizó el banquete,
Se dilata en discurso mas atento,
Cuya respuesta erudicion promete,
Y dice: O tú que de la parca exento
Al cielo obligas que tu ser respete,
Y antes que en noble túmulo reposes,
Tu virtud premian con edad los dioses.

La ancianidad vestida de experiencia,
Y el sacerdocio te encomienda y fia
Por archivo capaz de toda ciencia;
Logra el saber con la enseñanza mia:
Si aquellos sabios ya de tu ascendencia
Informaron la excelsa astronomía
A Platon Aristonio; hoy ves presente
A César vencedor, no indigno oyente.

No solo mi pretexto belicoso
Me trae á Egipto, pues en campo armado
Fui tanto como bélico estudioso,
Y esta region me embarazó el cuidado;
Aquí espero del orbe luminoso
Registrar firme el curso regalado,
Tal que reduzca corrigiendo engaños,
A su preciso cómputo los años.

Tanto al arte concede vuestro cielo,
Tanto la docta observacion frecuente,
Propuse con igual, y mas desvelo
Del Nilo introducir principio y fuente;
Y ajustar causas, porque inunda el suelo
Con uniforme temporal creciente,
Tenebrosa razon, ciegas verdades,
Que estudios siempre usurparán y edades.

Y si mi industria y fuerza hoy puede y sabe
Hallar primordio original del rio,
Perdonaré al romano, pues la llave
De las arcas del Nilo es triunfo mio.
Asi propone, y el silencio grave
Provoca á literario desafio,
Con el anciano, que la voz y acciones
Templa, y se ofrece á disolver cuestiones.

LIBRO VIGESIMO.

Porque de nuestro culto la dolencia
No ofendo, César, si su ley quebranto,
Oirás (le dice) la difícil ciencia
Que mis mayores recataron tanto:
Otros juzgan piadosa reverencia
Celar misterios en silencio tanto,
Yo, que redunda al celestial gobierno
Gloria mayor en humanar lo eterno.

A los planetas siete, que en la esfera
Son del rapto encontrado movimiento,
Dió su inventor actividad primera,
Que es ley á todo súbdito elemento:
El sol, archivo de la luz, impera
A los seis que se rigen por su aliento,
Los retarda su fuerza, y los desvia,
Distingue el año, y de la noche el dia.

La luna trivia, luminar nocturno,
Las tierras y las águas mezcla y mueve,
Discurre tardo el frígido Saturno,
Y en las brumas produce escarcha y nieve,
Altera Marte al africo y vulturno,
Tempestades fulmina, rayos llueve;
Entre otros Jove de su hielo y llama
Corrige extremos, temperancias ama.

Cuanto se engendra y vive se sujeta
A Venus, ni á su fuerza hay albedrío;
A Mercurio Cilénio el mar respeta,
Y toda fuente y arroyo, lago ó rio.
Asi el Nilo se debe á este planeta,
Que sin externo humor pluvia ó rocío,
Sale del Cáncro, y las cerradas fuentes,
Que sella con ardor, rompe en torrentes.

Estas el Nilo causan derramado
En las campañas que fecundo anega,
Y retroceden cuando el sol templado
Al mayor cerco de la Libra llega:
Asi el mar con desorden concertado
Límite firme á sus riberas niega,
Cuando Cintia diversa de semblantes
Sus crecientes oficia y sus menguantes.

La antigua escuela presumió engañada,
Que en montes de Etiopia al Nilo estrecho
Nieves colman y escarcha desatada,
Tanto que á todo Faro extienda el lecho:
Notorio yerra el que supone helada
A la Etipia, y su cristal desecho;
Donde apenas se ven nieblas escasas,
Y en vez de hielos permanecen brasas.

Repugna al mismo error que todo año
Si con las nieves líquidas se altera,
Es cuando el Piscis congelado y frio
Le disuelve en humor la primavera:
Mas en contraria zona el seco estío
Llena del Nilo la capaz ribera,
Y aunque en ella sus rayos el sol vibra,
La enjuga solo el equinocio en Libra.

Da á los raudales el Acuario aumento,
Mas los que logra Egipto, el Cancro cria;
Templa al calor el unido incremento,
Y refrigera contra el signo alidia:
Hay quien los mismos atribuya al viento
Favonio, que uniforme al austro envia
Pluvias, que del ocaso en vapor nacen,
Y de estas Nilo sus crecientes bebe.

Quieren que el mismo céfiro imperioso
En tal sazon con ímpetus iguales
Sople y levante el mar, donde abundoso
Muere y desagua el Nilo sus caudales;
Tal, que impedido el curso perezoso,
Crezca y rebalsen en lechos y canales;
Y no tributo cierto, antes compita
Con la ancha Tetis, cuyo golfo imita.

Juzgan otros que el fuego exagerado
Del solsticio por quiebras de la tierra
Llama, y atrae del mundo separado
Varios licores que en el centro cierra.
Tanto que el Reno, y el Danubio y Pado,
Que en Galia, Etruria y Alemania yerra,
Conducidos de interno poderío
Prorumpan en Egipto un solo rio.

No menos presumió el estudio vano,
Que por fatigo poco á nuestro asiento
Se trasmina el humor del Oceano,
Dulce en la sequedad de otro elemento:
Y que al tiempo encendido del verano
Mares bebiendo el sol por alimento,
Las ondas ya que digerir no puede,
Al Nilo llovedizas las concede.

En conjeturas tantas, si la inia
Lugar no pierde, á nueva causa apelo,
Pues con sencillo afecto ser creeria
Estas aguas depósitos del cielo:
Que cuando el orbe se fundó y el dia
Dieron cisterna á Egipcio paralelo,
No de agena virtud ó ley pendientes,
Hábiles solo á producir crecientes.

Y si el origen buscas recatado
Del Nilo ¡oh César! no serás primero
En la accion que por ardua han deseado
Reyes de este confin y el extrangero;
Pero si bien se desvéló el cuidado
Por trasferir de un siglo al venidero
Enseñanza, y mi escuela es sabidora
De misterios mayores, este ignóra.

De Príncipes de Egipto y Macedones
Tentó Alejandro el máximo y supremo
Remitir de su ejército varones,
Que ya por tierra, ó con experto remo
Explorasen las tórridas regiones,
Hasta alcanzar originario extremo
Al Nilo; mas vagando un tiempo acaso,
Con su ardor les cortó la zona el paso.

Pretendiólo Sesostris, que felices
Triunfos gozando y tierras conquistadas,
Uncieron á su carro las cervices
Cuatro Reyes, y frentes coronadas:
Mas cuando ya en derrotas infelices
Se distrajo, y las menos procuradas
Fuentes del Po y del Ródano ver pudo,
Solo del Nilo se advirtió mas rudo.

Cambises, Persa, investigó su fuente
Con semejante error y mas desvío,
Pues le llevó el asunto al indio oriente,
Donde tarde advirtió su desvarío:
Al fin toda provincia, toda gente,
Que á sus ojos le mira, busca el rio,
Y á ningun Rey que su dominio herede
De si la entera posesion concede.

Describiré la desigual carrera,
Por donde el curso vagaroso extiende;
El austro ve su produccion primera,
Que con derecha luz el sol la enciende:
De alli prolonga en línea su ribera,
Que á los planos del Trópico desciende;
Despues tuerce al Oriente y al Ocaso
Con desiguales ángulos el paso.

Ya gozan los desiertos su corriente,
Ya la retiene el árabe cual propia,
Ya la usurpa la Libia de Occidente;
Ya en ella templa incendios Etiopia:
Tal se enagena varia é indiferente
La erratil vena, cuya fertil copia
Sulcando el mundo averiguar desea,
Cual provincia de tantas la posea.

Ciñe partiendo el curso la arenosa
Circular orla de Meroe, fecunda
Isla, esparcida tanto y populosa,
Que apenas en el mar halla segunda:
En la eminencia vertical fogosa
Del alto signo su ribera abunda
De licor propagado en frescas venas,
Fertilizando estériles arenas.

La sazon arde, y con dominio alterno
Refrigerado el Nilo es pluvia agreste;
Vence al cálido Cancro, inventa invierno
De humor terreno contra ardor celeste;
Lleva en las ondas beneficio eterno,
Sus frutos alza aquel, sus flores este;
Ya en profundo canal discurre estrecho,
Ya extensas vegas le dilatan lecho.

A la orilla acercándose Eritrea
Tardo y manso los campos humedece,
Nadie su curso ve que juzgue ó crea
Que jamas le acelera ó embravece;
Pero cuando las cumbres señorea
Del Catadupo, y se embaraza y crece
En hervor de licores impedidos,
Vence al Ponto en horrísonos bramidos.

De riscos siente oposicion violenta,
Y con ondas frenéticas hiriendo
Peñas, despues que con furor revienta,
Vierte precipitante un mal tremendo:
Rotos cristales sobre el aire avienta,
Los contornos asorda el bronco estruendo;
Y sin que ya el raudal su aspecto observe,
Corre en espumas y en borrascas hierve.

Viendo que allí tan rimbombante el rio
Furias despeña y turbulencias brama,
Ser divulgó su nacimiento frio
En aquel sitio la ignorante fama:
Luego en un valle cóncavo sombrío
Ceñida la corriente se derrama,
Y casi muerta en lo inferior se intima,
Siendo á sus ondas túmulo la sima.

Despues en los abiertos arenales
De estas vegas menfíticas respira,
Labra, dilata, esplaya sus caudales,
Y en undoso horizonte á golfo aspira:
Distribúyenle al fin siete canales,
Y embravecido en estas cuando espira,
Cual hidra abandonada de las rocas,
Guerras intíma al mar por siete bocas.

En cuanto los discursos de Acoréo
Al estudioso Capitan suspenden,
Aun atentos Cleopatra y Tolomeo,
Bien como extraños, de su labio penden:
En erudito, en lícito recreo
Largas horas pacíficos despenden;
Mas Fotino, que cursa en varia escuela,
A estudios solo belicosos vela.

Dió muerte al Magno; y el ejemplo altivo
Es tránsito á imitar su alevosía;
Llama aquel ardimiento al sucesivo,
Y antiguo un yerro los modernos cria;
Ya en su estima no hay crímen excesivo,
Viendo que el mas enorme precedia;
Muerto Pompeyo, el hecho nos previno
Forzosa enmienda en culpas de Fotino.

De crueldad reciente estimulado
Previno á César no diversa muerte,
Y siendo accion precisa del Senado,
Casi la usurpa, y lo fatal previerte;
Quiere á sus filos reducir el hado,
Y que envilezcan la cesárea suerte,
Que surta efectos de maldad villana,
Lo que será conspiracion romana.

Tanto el hecho le esfuerza precedente,
(Que obró astuto y feroz sin propio daño)
Que ya en operaciones del siguiente,
Medios no elige de escondido engaño;
Descubierta invasion, guerra patente
Opone á César, que enemigo extraño
Le juzga, y osa profanar las leyes
De lealtad sacra á los concordes Reyes.

Para el dictámen arduo invoca y mueve
A Aquilas confidente belicoso,
En la primera accion consorte aleve,
Caudillo en la segunda poderoso,
Porque el Rey joven, y en acuerdos leve,
De su ejército vario y numeroso
Le dió tanto poder, sin dependencia,
Que aun el regio dador le reverencia.

Goza Aquilas imperio y tiranía
En las armas ó egipcias ó extrangeras;
Y en los términos hoy de Alejandría,
Poco distante aloja sus banderas;
A quien Fotino fervoroso envia
Exhortaciones libres y severas;
Propone la traicion, su acuerdo abona,
Y asi en atenta epístola razona.

Amigo (escribo) que en el blando sueño
Dulce paz tus olvidos entretiene;
Hoy cuando César con desden risueño
A Egipto goza, y nuestro fin previene:
Cleopatra es Reina, y de tus armas dueño;
Por pacto y firme donacion solemne;
Ven á adorarla, que muger ligera
Te rige, y cetro femenil te impera.

Cleopatra es hoy de nuestro Rey esposa
Por serlo ayer del Príncipe romano;
Asi en alterno lecho nunca ociosa,
Conquista á César, y al consorte hermano;
Uno le ha dado á Egipto populosa,
Otro su parte en el imperio humano;
Y nuestros cuellos amenaza opuesto
El adulterio vil y torpe incesto.

Serán sus gozos armas homicidas
Que nos preparen criminal estrago,
Cuando en caricias dulces repetidas
Goce á su Reina el sucesor de Lago.
Premio será y promesas nuestras vidas,
Que el favor compren de un lascivo halago;
Y en cuanto el Rey sus gustos idolatra,
Llorarémos bellezas de Cleopatra.

Oirá César mas grato sus conciertos,
Y en nuestras penas árbitra insolente,
Con dos ministros del rigor tan ciertos,
Procederá á excesiva de inclemente.
Castigo es leve decretarnos muertos
Sin convencido cargo ni aparente;
Pues para darnos por aleves, basta
Solo haber sido con nosotros casta.

Por la amistad te pido antigua nuestra
(Pues mas firmeza con la sangre alcanza
De Pompeyo) que des tu esfuerzo y diestra,
A la ofensa, al triunfo, á la venganza:
Vuelve tus gentes á Alejandria; muestra
Cuanto en fe del valor hiere la lanza;
No asi á despecho de tus armas todas
Goce Cleopatra sus ambiguas bodas.

Llegar puedes, nocturno y repentino,
E interrumpiendo su solaz vicioso,
Darla muerte en el tálamo latino,
O en el egipcio con cualquier esposo;
Ni á César temas, aunque el cetro indiano
De Roma usurpa en la traicion dichoso,
Que ya en Egipto el noble y el plebeyo
Es nuevo César que venció á Pompeyo.

Nuestra púrpura es ya su sangre, cuanta
Vertió en el mar egipcio, aunque en su arena
Se escribió el galardon de empresa tanta,
Si en vez del premio al hierro nos condena:
Ni será triunfo aquel, ni nos espanta
Hombre menor, que nuestra muerte ordena,
Contra el amigo Magno obró el castigo
Nuestro, y respeta al César enemigo.

Si esplendor noble por antigua suerte
No heredamos paterno, altivas obras
Suplen defectos de linage, advierte,
Si son plebeyas las hazañas que obras:
Honre á tu sangre la que Italia vierte,
Si á César vences, y sus armas cobras,
Y el vencerle no dudes, que apremiada
De nuestro muro es singular su espada.

Ni aquella rige; porque á Baco y Céres
Débil se postra, á Venus y á Cupido;
Y si en la noda oscuridad le inquieres,
De estas deidades le hallarás vencido.
Ya es tiempo ya que el ímpetu acélores
A honesto fin, pues si lloró ofendido
Por la muerte del Magno el mundo, ahora
Porque César traidor no muere, llora.

En una noche (¡insigne beneficio!)
Dar timbre á la civil discordia esperas,
Y que festeje Europa el sacrificio,
Libia y Asia en las últimas riberas:
Lealtad te guardan el soldado egipcio
Y el romano que alojan tus banderas;
Querrá el uno en favor de Tolomeo,
De Roma el otro, levantar trofeo.

Partid pues vigilantes, marchad luego
En concordia animosa de escuadrones,
Que el mérito usurpais al voto y ruego
De los heróicos Brutos y Catones.
En Aquilas fogoso acreció fuego
Tal copia de eficaces persuasiones;
Y antes que el fin de sus palabras lea,
Da voz al arma, incita la pelea.

Sin el alto rumor del parche ó trompa,
(Cuando ya Febo occidental declina)
Omitiendo al partir la usada pompa,
Marcha el campo, á Alejandria se avecina:
Temen las luces, y que el alba rompa;
Mudo y suelto el ejército camina,
Donde la egipcia grey sirva no sola,
Mas tropel de romanos se interpola.

A Aquílas sirve, y sigue su precepto
Súbdito facil escuadron romano,
Que aun no le fuera lícito respeto
Al cetro mismo obedecer gitano:
No observa fe ni ley el vulgo inquieto
Militar; y venal siempre su mano
Los sueldos sigue, y el despojo y presa,
Calificando el interes la empresa.

Aun no dirigen estos su malicia,
A que el Senado por legal la apruebe;
Contra César los arma la codicia
Baja y servil del estipendio leve.
¡Oh reinos, cuantos alborota y vicia
La civil disension que el cielo mueve!
Aun sin intento nuevas armas toma
Hoy en Egipto Roma contra Roma!

No osára Egipto preferirse á tanto,
Cuando á Pompeyo vencedor siguiera;
Es tanta guerra pues decreto santo,
Júpiter rige el águila y bandera:
El siembra universal terror y llanto,
Ambas facciones uniforme altera:
Quien amará la paz, si en tal conquista
Por soldado de Júpiter se alista.

Dispone así la Providencia eterna
El gran cadáver desmembrar latino;
No es Pompeyo, no César el que alterna
La indignacion, sino el poder divino.
Yace Roma, y su ejército gobierna
Aun militante Aquilas y Potino;
Y contra un César dos egipcios vides
Osan resucitar guerras civiles.

Y vencieta feliz su infame bando,
A no impedirlo providente el cielo;
Pues divisaron á Alejandría, cuando
Manchaba encorpecida sombra el suelo:
Los Reyes al romano fustejando
Libres horas dilatan al desvelo,
Velan al ocio, en el palacio suena
Solo aparato de opulenta cena.

Tránsito dan las puertas descuidadas
A su veloz facineroso intento;
Pudieran bien las bárbaras espadas
Sembrar de humano pasto el pavimento;
Y en las urnas de nectar coronadas
Rebosar colmos de licor sangriento;
Mas desprecian la noche, aunque segura
Fin les promete á su favor oscuro.

Ciegos decretan difetir su empleo,
Porque en tumultos lóbregos turbados
No den confusa muerte á Tolomeo,
Y le mezclen ¡oh César! con tus hados;
Desdeñaron por facil el trofeo,
Y presumieron débiles soldados
Ser reparable la sazon perdida,
Que les da imperio en la cesárea vida.

La de tanta ocasion crimada frente
Verán calva, y sus plantas voladeras;
Asi el impío Fotino ya abstinente
Pierde el rigor, que alarga breves horas;
Espera Aquilas con la luz de Oriente
Tremolar sus banderas vencedoras;
Juzgan tan suyo á César, que motivo
Es de jactancia entretenerle vivo.

Aureas nubes partícipes del dia
Purpuraban el cándido lucero,
Cuando el lienzo mural de Alejandría
Ciñeron con horror selvas de acero;
A ciudad propia el campo acometia
Con pies tan libres y ademan tan fiero,
Que del Rey festejantes cortesías
Juzga César preñez de tiranías.

Siente la urbana municion del muro
Falso reparo, y en su alcazar fuerte
Se limita, y resguarda albergue oscuro,
Para esplendores de cesárea muerte;
Allí el cerrado puesto no seguro
En mural propugnáculo convierte,
Hierve en ira y temor; pero si mira
Que César teme, aun lo temido es lira.

Asi la noble fiera, cuando oprime
La disfrazada red y engaño verde
Sus libres pasos, espantable gime,
Y con diente feroz las cuerdas muerde:
Asi el Etna, que al círculo sublime
Sube piramidal é incendios pierde,
Crece en furor si el centro donde bruma
Condensos cierra al respirar la llama.

El que á la cima de lo heróico asciende,
Porque de lauros ya su frente impide,
Y en el plano capaz que el orbe extiende
Domina estrecho y singular preside:
Ved cuán ceñida reclusion pretende,
Que en ella el menor ángulo le mide:
Mas si el riesgo de infamia es contingente,
Quien le rezela mas es mas valiente.

Ni allí alcanza lugar, discurre insano
Por las estancias con veloz rodeo,
No aparta ó pierde en el error liviano
De la indignada vista á Tolomeo:
Quiere cuando ya falten á su mano
Armas, y alcance Aquilas el trofeo,
Desembrazar por última proeza
Del jóven Rey los miembros y cabeza.

Así la amante, la robada esposa
En Colcos de Jason, cuando escondido
Huyo castigos, preparó engañosa
Puñal severo á la fraterna vida;
Hasta que ya feroz de temerosa,
Siendo del padre airado perseguida,
Por suspenderle ensangrentó su mano,
A trechos desmembrando el muerto hermano.

Número corto de guerreros fieles
Guardan á César con peligro cierto,
Que su campo en los frágiles bajeles
El mar ocupa y de Alejandría el puerto:
Mas los de Aquilas á su Rey infieles,
Ya en la ciudad con militar concierto
Entran, y ciñen concurriendo iguales
Del palacio los ámbitos murales.

A sus almenas, óyalos, ventanas
Arrojan tiros las escuadras viles,
Y con voces soberbias de villanas
Jactan imperio en ánimos serviles:
De la egipcia facion gentes romanas,
César, te ofrecen hoy guerras civiles:
¿Cómo pues tan diverso te sujetas,
Que siendo su inventor no las acetas?

Paces procuras, tu valor consiente
(Codiciando no lícito sosiego)
Que igual concordia con Aquilas tiente,
Ministro regio interponiendo el ruego;
Pero el derecho y ley de toda gente
Siempre inviolado, ya es oprobio y juego;
Porque Egipto en lo atroz y disoluto
Inferior deje el ejemplar mas bruto.

Al orador pacífico, al sagrado
Legal ministro de su Rey dió muerte
Aquilas: ¡oh tremendo error del hado!
¡Oh frenesí de la indomable suerte!
Aquí lo universal prevaricado
Consiente el cielo, cuando mas lo advierte;
César sin bríos, toda fe sin leyes,
Los Reyes siervos, y los siervos Reyes.

No el golfo ingles, no el belicoso ibero,
No Armenia ó Ponto, no Teutonia ó Galia,
No Roma invicta, y su mayor guerrero,
Que imperial fue veneracion de Italia:
No el mundo armado de furor y acero,
Y agregado en falanges á Tesalia,
Ofendió á César con rigor de estragos,
Cuanto la bella egipcia con halagos.

Delicias le quebrantan relajadas,
Da su flaqueza al adversario fuerza;
Pudo los mismos ánimos y espada
Rendir cesáreo, que venéreo esfuerza:
No hay brazo que con astas arrojadas
Al alto alcázar su vigor no ejerza,
Aun hiere alguna flecha en el combate
Las estatuas del íntimo Penate.

No alli trabuco ó máquina ferrada
Batir las puertas y murallas tienta;
Ni arrojan á las mismas la inflamada
Hacha, que de peñascos se alimenta:
Ni en carrera el ejército arrojada
Asalta un puesto, ni escalarle intenta;
Mas donde César emprendió batalla,
Aun la fragilidad fuera muralla.

Ligeras y solícitas, no expertas
Las escuadras le cercan, contrastando
Con solas astas su edificio y puertas,
Y sobre el mar el ámbito cerrando;
Que alli en cimientos de pizarras yertas
Llega el palacio, y el egipcio bando
Tambien alli para naval pelea
Guarda el puerto, y las ondas señorea.

Mas César ya, que del valor dormido
Todo el caudal de esfuerzos recupera,
Descubre militar y engrandecido
Sobre el muro su pecho por trinchera:
Asaltado de tantos, no ofendido,
Busca las flechas, y su punta espera;
Insta á los suyos, y prodigios obra,
Ama peligros, á imposibles sobra.

Pocos guerreros son; pero con estos
Expugnador parece, no expugnado:
Desde allí rompe ejércitos opuestos,
Y en toda almena resplandece armado:
Si aquellos le resisten, huyen estos,
Es el mirar de César acto osado:
Cual ballesta destroza donde alcanza
El duro brazo con venable ó lanza.

Respirando victoria al sitio corre,
Donde inferior el mar su alcázar mira;
Almenas quiebra al baluarte y torres,
Muros desgaja y edificios tira:
A su embarcado ejército socorre,
Que á naval guerra contra Egipto aspira,
Y con la accion y voz les amonesta
Que lancen fuegos en la armada opuesta.

Prontas las naves arrojaron fuegos
En oscuro betun, que incendios brota,
Y que veloz resuelto en humos ciegos
La vela, el mástil, gumena y escota:
Goza festivo los lucientes juegos,
Marte y los nautas de la egipcia flota
Agiles cuidan guarecer en vano
Materias ya que poseyó Vulcano.

Jarcias y velas socorridas tarde
Son del fuego voraz simple alimento;
La tabla, el remo entre las ondas arde,
Cursa el flamante al hámido elemento:
Pendiente César al lustroso alarde,
Nuevos hachos arroja, abrasa el viento,
Y fulminar desde los orbes muestra,
Emula á Jove la cesárea diestra.

Rayos llovió tan eficaz la llama,
Que á la armada no solo egipcia ofende:
Mas del viento impelida se derrama,
Y en la ancha playa rápida se extiende:
Y requemando allí la yerba y grama,
Aun edificios de Alejandría enciende;
Cual discurre, imitando la saeta,
Exhalacion de rápido cometa.

La tremenda extension del repetido
Fuego al gitano ejército embaraza
En estorbar la llama divertido,
Que á toda parte incendios amenaza:
César á espaldas del ageno olvido
Prontos ardides maquinó, y disfraza;
Y cuando ya el Ocaso luces niega,
Deja el cérco mural, y al mar se entrega.

Fuego exhala en magnánimo suspiro,
Ya se trasporta, y en imágen nueva
El veloz discurrir le acuerda á Epiro,
Y combatiente en la muralla á Scevas
Al que de Alcides, de Alejandro y Ciro
Excedió hazañas, sin que ejemplos deba,
Y expuesto á tolerar selvas de heridas,
Trocó la suya á innumerables vidas.

Este ejemplar fórtísimo le incita
A igual constancia; pero no consiente
La barca estrecha, que sus pies limita
La prodigiosa imitacion valiente:
Vacilando el batel le debilita,
Y con temblores al valor desmiente;
Si con esfuerzo válido levanta
El brazo, en lo inferior cede la planta.

Asi el furioso corazon coartado
A las ondas marítimas infieles
Pide muerte, y en ellas disfrazado,
Le apresta el cielo sus caricias fieles:
Vió en lugar defendido, aunque apartado,
Tropa amiga de itálicos bajeles;
Y consultando al ánimo severo,
Dijo en coloquio tácito: ¿qué espero?

¿Vivir siervo en domésticas paredes
No de Cónsul romano ni tribuno,
Sino de vil egipcio Ganimedes?
Menor crueldad le deberé á Neptuno:
Hoy con bonanzas ó tormentas puedes,
Marino dios, ser favorable á alguno,
O á mis naves en paz me restituyas,
O me sepultes en las ondas tuyas.

Este favor ó aquel salva mi fama:
Dice, y al mar se arroja suelto y leve,
Y al bando ya que con fervor le aclama,
Contra el gitano á penetrar se atreve:
De adversos tiros el acero y llama
Esparce nube que á sus ojos llueve;
Vuelos yerran el dardo y la saeta,
Y toda punta al nadador respeta.

Doctos escritos en sutil membrana
Reserva enjutos la fatal siniestra;
Con robusto vigor la espuma cana
Rompe del golfo la invencible diestra:
Con la fortuna en amenazas vana
César contiende en líquida palestra;
Y del ingenio y del valor la gloria
Los intereses son de la vitoria.

La diestra el imperial cetro romano
Alli en salvo eterniza; y la estudiosa
Pluma en lo escrito á la siniestra mano
No menos debe eternidad gloriosa:
En diferente honor César ufano
Dió á las dos prendas en la accion dudosa.
¡Oh estudios venerados por misterios!
O precedeis, ó no cedeis á imperios.

Velas aprestan, gumenas y entenas,
Antes que admitan al que ven distante
Los amigos bajeles, donde apenas
Cobrarse pudo el vencedor nadante:
Las celestes deidades y terrenas
Tal le conducen al laurel triunfante;
Y émulo á todas construirá el latino
A humana dignidad solio divino.

ORFEO

DE DON JUAN DE JAUREGUI.

CANTO PRIMERO.

Gozaba juvenil el trace Orfeo
De libre edad la primavera ociosa,
Dando á sus años regalado empleo
La lira dulcemente numerosa:
No al vínculo legal del himeneo
Afectos cede ni á la cipria diosa,
Cual si anteviera el ánimo presago
Ya por su medio el venidero estrago.

Ama su voz, que en dulce melodía
De otro amor le divierte, y le enagena;
Bien que la misma voz con tiranía
Toda hermosura libre á amar condena:
Asi que en unas armas poseia
Propia defensa con ofensa agena;
Siendo el sonoro canto (mientras pudo)
Del amor flecha, y á su flecha escudo.

Mas entre las beldades que atropella,
De inquieta llama causador y exento,
Fue la excepcion Eurídice mas bella,
Que impuso apremios á su libre intento:
Ama vencido el que imperaba, y ella
Juzga felicidad el vencimiento.
¡Ay cuántas veces aduló engañosa
La desdicha con máscara dichosa!

En la ninfa gentil toda belleza
Su imperio ostenta, explica su tesoro:
Cielos cifra su rostro, su cabeza
Vierte sobre los hombros lluvias de oro:
Allí el halago y virginal terneza
Gozo prometen y originan lloro:
Allí entre flores de vivaz semblante
Acónito mortal gustó el amante.

A Eurídice y á númen de hermosura
Cintia y Venus beldades inferiores
Postran, como á la luz del sol mas pura
Plebeyos astros ceden esplendores,
O á la rosa, que el murice purpura,
Cetro oloroso las silvestres flores:
Su dócil genio, su pureza honesta
Reciben culto de Minerva y Vesta.

Emulo varonil, hermoso opuesto
Fue el jóven de la ninfa generosa,
Donde el mérito pudo contrapuesto
Solicitar la union mas amorosa:
Un pecho y otro á dominar dispuesto,
Emprendió la vitoria presurosa,
Mas á un tiempo, en amar no precedidos,
Se hallaron vencedores y vencidos.

A indisolubles vínculos estrechos
Ya reducen alternas aficiones,
Y en la especie de dicha satisfechos,
Se consienten recíprocas prisiones:
Ya alberga un corazon en ambos pechos,
O bien un alma en ambos corazones;
Sin que otorgasen al consorcio dino
Piedad las amenazas del destino.

Cautelar pudo al advertido esposo
(Mas al amor la providencia implica)
De azares el concurso temeroso,
Que ya en sus bodas breve llanto indica:
No asiste Juno, no locuaz y airoso
El dios nupcial su ceremonia explica;
De oscura antorcha, con desorden ciego,
Arde en su mano reluchando el fuego.

Despues cuando la dulce prevenida
Hora nocturna al tálamo los llama,
Y á ocultos regocijos encendida
Luz grata admiten el amante y dama;
Procedido de causa no advertida
Súbito impulso arrebató la llama;
Ni el discurrir contra el anuncio fiero
Halló evasion á desmentir su agüero.

Asi temió en su orígen la mudanza
El fiel consorcio que repugna el cielo:
¡Serenidad infiel, cuya bonanza
Siempre asaltaron ondas de rezelo!
Nunca allí se enteró la confianza:
Nunca total prevaleció el consuelo,
Bien que ignoraban siglos anteriores
Tan regalado ejemplo de amadores.

¡Oh cuántas veces él, si la belleza
De Eurídice describe en dulce canto,
Pudo en sus ojos la interior tristeza
De incierto orígen provocar el llanto!
Turba la voz su liberal destreza;
Embaraza á la ninfa un tierno espanto,
Viendo del son la repugnancia ingrata,
Que empieza elógio, y llanto se remata.

¡Oh quántas veces en igual desvelo
Los vió la noche, y los halló la aurora,
O ya durmiendo, el vivo desconsuelo
Perseveró en el alma veladora!
Sombras fabrica de estupendo hielo
Trágico el sueño, en invasion traidora
Despiertan con temblor los corazones,
Sin desechar turbadas impresiones.

Si en diversion alegre el florecido
Campo les presta deleitable asiento,
De ave siniestra el lúgubre gemido
Su gozo altera con infausto acento:
Uno y otro en el ánimo ofendido
Dolor concibe, y simulando aliento,
De su verdad y engaño daban señas
Llorosa risa ó lágrimas risueñas.

Suspendido el rigor no espacio largo,
Mayor que los anuncios fue su efeto.
Precipitó el rezelo en llanto amargo
Ley destinada de fatal decreto;
A sierpe agreste ya cedido el cargo
Ejecutivo al superior precepto,
La esposa noble en trance inopinado
Fue víctima sangrienta al fiero hado.

Bastardo incéndio de garzon lascivo,
Mientras vagaba en plácida floresta,
Quiso vencer sacrílego el esquivo
Justo desden de Eurídice modesta:
La defensa encomienda al fugitivo
Curso la ninfa temerosa, presta,
Y agravios juzga del ausente Orfeo,
Que el pie no se adelante á su deseo.

Sigue su veloz huella el torpe amante
De su insano apetito estimulado;
Ella en su casto intento mas constante
A par del viento vuela por el prado;
Al jóven precediendo muy distante;
Y aunque le mira ya tan alejado
No interrumpe su curso presuroso
Hasta llegar á brazos de su esposo.

En cuanto el miedo cauto diligente
Apresurar la obliga su carrera
Imprevista mortífera serpiente,
Con planta (¡ay infeliz!) holló ligera;
Hiere improviso el venenoso diente
La ebúrnea tez, y su candor altera;
Letal contagio penetró en la herida
Hasta el íntimo centro de la vida;

Mortal en breve el eficaz veneno
A inmortal sueño á Eurídice traslada:
Florido ornato finge al campo ameno
La sangre entre la yerba matizada;
Vierte infeccion al esplendor sereno
La sierpe de su triunfo asegurada.
¡Oh Alcides! ¡Oh Titan! flechas y arpones,
Aqui emplead, no en hidras y pitones.

Vengad (ó vos) la adúltera osadía,
Del garzon torpe, con igual trofeo,
Agresor de mas impia alevosía,
Que Encelado, Mimantes y Tifeo:
Cielos mas puros éste presumia
Violentar inflamado, cual Briareo:
Obra es digna (¡oh Tonante!) á tu decoro
Que en Etna le sepultes, ó Peloro.

Asi desvaneció la flor hermosa,
Donde ya la beldad reinó lozana,
Donde mezcladas la azucena y rosa,
Miraban con desden la nieve y grana:
En el consorte fiel, la dolorosa
Nueva excedió la tolerancia humana;
Muerta la una, y parte de su vida
De la que resta se quiso homicida.

Como sus ojos siente enagenados,
Del que interior adora dulce objeto,
Que dió á su fe solícitos cuidados,
Y á inmortal llama destinó su afeto;
Suspiros pierde al viento derramados,
Disuelve el llanto el corazon inquieto,
Y maquinando inútiles engaños,
Reparos busca á irreparables daños.

La dulce voz, cuyo nativo acento
Supo libre ostentar blandos errores,
Y luego mas ceñida al instrumento
Siguió preceptos y aumentó primores;
Hoy concitada de amoroso aliento,
Destrezas sutiliza superiores,
Y mas despierta el raro contrapunto
Del divorcio fatal el tierno asunto.

Nunca eleccion del músico destino
Pudo asi modular sonoro labio
Que opuesto al nuevo cántico divino,
No padeciese numeroso agravio:
El concento de esferas cristalino,
Que percibió sutil ingenio sabio,
Y admira el pitagórico, es trofeo
Y convencida emulacion de Orfeo.

Hijo era noble el generoso amante
De la musa mayor, y el dios de Delo,
Que el furor le duplican elegante,
Con que el ingenio diviniza el vuelo:
El castalio licor tan abundante
Le inunda, que su labio halaga al cielo,
Destinando á su verso en Elicona
Febo siempre el laurel y la corona.

Tristezas canta, que en el alma ofenden,
En metros tan acordes y suaves,
Que el vuelo y la carrera le suspenden
Condolidas las fieras y las aves:
Buscan su voz, y su terneza aprenden
Los troncos yertos, los peñascos graves;
Las corrientes al métrico lenguage
Se impelen con retrógrado viage.

Su inmensa actividad reconocida,
Asunto ya de prodigioso espanto,
Pues los objetos sin sentido ó vida
Se animan al impulso de su canto;
El jóven que su industria reducida
Tiene á inquirir alivio al ciego llanto;
Contra la angustia que su paz destruye
Discurre arbitrios y animoso arguye.

Si el vigor (dice) de mi lengua pudo
Rendir los brutos de inclemencia armados,
E introducir en el peñasco rudo
Racionales afectos animados;
¿Cómo en virtud de sus alientos, dudo
(Aunque la fuerza impugne de los hados)
Si el reino inquieto del eterno luto,
Mover piedad en Radamanto y Pluto?

A tanto examen su eficacia atreva
Mi doloroso canto y ruego tierno;
Dice; y comete á la experiencia nueva
El revocar su Eurídice de Averno:
Solo intentada la estupenda prueba
A osados pudo ser ejemplo eterno;
Y niega ejecutada (bien que en vano)
Su imitacion al atrevimiento humano.

CANTO SEGUNDO.

En la fragosa Ténaro que inunda
El lacónico Ponto, en sitio cierto,
Rudo taladro de canal profunda
Rompe el terreno cavernoso y yerto:
Intonsa breña con horror circunda
El rasgado peñon; y esconde abierto
Cóncavo tal, que á la tartárea estanza
Por las entrañas del abismo alcanza.

Tan denso alli de rústica madeja
Asombra el sitio pabellon herboso,
Que aun lo exterior á la caverna deja
De la estorbada luz siempre envidioso;
Ni cuando el sol á su zenit se aleja:
Alli introduce rasgo luminoso;
Presta á la noche la caverna umbría
Seguro lecho al despuntar el dia.

Desde que fabricó la vez primera
Naturaleza el bosque, le aborrece,
No le matiza de verdor, no altera
Su tosca rama, ni sus hojas crece:
Cuando repite Abril la primavera,
Y en vario esmalte el prado reflorece,
Allí le niega su dominio alterno,
Siempre rehacio el escabroso invierno.

De ciegas ondas lago ponzoñoso
Bate en la peña y riega su boscage,
Que al basilisco y aspid venenoso
Aun fuera su licor mortal brebage:
Humos exhala, que en el viento ocioso
No otorgan á las aves hospedage,
Y ellas buscan, huyendo el vapor ciego,
Antes arder en la region del fuego.

Nunca por yerro de accidente en esta
Laguna ó risco, ó selva retejida,
Vil pece, tosca fiera, ave funesta,
Gruta ó cueva recoge, arbol anida:
El denso evaporar el aire infesta;
Toda la estancia es odio de la vida,
Y en su distrito con silencio advierte
Que se origina el reino de la muerte.

Nunca en la breña la segur tajante
Violó de añoso tronco seca rama,
Ni pie mortal á orilla del undante
Lago imprimió jamas la espesa lama:
Previene el escarmiento al caminante
La ya esparcida voz que el sitio infama;
Lejos se mira, y con espanto y miedo
El pie lo huye y lo demuestra el dedo.

Desta caverna á la estacion tremenda
El sobrado sentir condujo á Orfeo,
Que aun el amor se admira de que emprenda
Tan desperada accion mortal deseo:
Ya pasa el lago, y por oblicua senda
Al bosque arriba en áspero rodeo,
Ya en los breñales que la cueva ofuscan,
Posible entrada sus alientos buscan.

Riesgos tropella con audaz semblante,
Anhelando desprecios de la muerte,
Que si con ella lucha amor constante,
Produce amor actividad mas fuerte:
Aun hasta allí la voz del tierno amante
Los peligros opuestos no divierte,
Porque la causa que le impele á tanto,
Deba mas á su esfuerzo que á su canto.

Ya que penetra al márgen de la sima,
Que es del abismo exordio primitivo,
A la lira sonante el plectro arrima,
Y del aire el vapor templa nocivo:
El blando acento de la voz se intima
En las entrañas del peñasco vivo,
Que antes solo admitieron en sus huecos
Del tartáreo gemir ásperos ecos.

Sale de sí el gran monte, que apetece
Vecino el canto, y como crespa goma,
Que en lo bronco del arbol aparece,
En cada risco nuevo risco asoma:
Por el canal en torno inquieta crece
La peña que la voz ablanda y doma,
Y tal se estrecha en la caverna el Tracio,
Que apenas halla á su camino espacio.

Ya enmudece su canto, y la dureza
Experimenta del taladro corvo,
Que en jaspes y pizarras la aspereza
Siempre le opone insuperable estorbo.
Ya ve delante el sueño, la tristeza,
El de pálida tez lánguido morbo,
La guerra atroz, las scilas y quimeras,
Y otras del orco antecedentes fieras.

Todas levantan las horrendas faces,
Afectando terror su inútil ira;
Mas él doma los ímpetus minaces
Con el menor acento de su lira.
Los campos ya del tártaro capaces,
En sombra tintos reconoce y mira
A luz incierta, que de mustios fuegos
Debil se opone á los horrores ciegos.

Horrible incendio entre borrados lejos
Arroja la luz infausta tenebrosa,
Mal retratando en hórridos espejos
La bruta faz de la region umbrosa.
Rige el paso á los trémulos reflejos
El jóven y la indómita, espantosa
Habitacion, que infausta le ocurria,
Vencer emprende en dulce melodía.

Al márgen de Aqueronte, algoso rio,
Tiene la voz mil sombras elevadas,
En quien ya de la vida faltó el brio,
Y existen aparentes y animadas:
Todas atienden el bajel tardío,
Y á prescrito lugar ser colocadas,
Maravíllanse viendo el jóven fuerte
En el reino espantoso de la muerte.

Llega á Aquèronte, y en su orilla espera,
Las cuerdas requiriendo y consultando:
Ve la grosera barca á la ribera
Opuesta conducir copioso bando:
Del instrumento y de la voz sumera
De nuevo entonces el acento blando;
Gime la cuerda al rebatir del arco,
Y su gemido es rémora del barco.

Resonó en la ribera tiempo escaso
El canto que humanar las piedras suele;
Cuando atras vuelve, y obedece el vaso
Mas á la voz que al remo que le impele:
La conducida turba al nuevo caso
Se admira, se regala, se conduele;
Y las réprobas almas, con aliento
Se juzgan revocadas del tormento.

Solo el piloto rígido concibe
Furor, porque decrépito su oido,
La suavidad sonora mal percibe,
Y el bajel mira discurrir torcido;
Mas antes que la prora al puerto arribe,
De la dulce armonía persuadido,
Sintió la voz, y con piadoso espanto,
Tambien rindió su admiracion al canto.

Templa la dura faz, descuida el remo,
Y al prodigioso músico se humilla;
Llega la barca al procurado extremo,
Y en el alga tenaz hunde la quilla:
Entra el amante, y el lugar supremo
Ocupa, en tanto que la adversa orilla
Repite el leño, obedeciendo leve
Al canoro piloto que le mueve.

Ya en lo terreno el músico imperioso
Del vencido Aqueronte se desvia:
El vulgo se difunde temeroso
De espíritus que el vaso conducia,
Destos parte se oculta en bosque umbroso,
Y parte Flegeton tuerce la via:
Al suplicio mayor se entregan unos,
Y á la mayor felicidad algunos.

Oye un vario lamento el Trace noble,
Ve travesar el campo almas errantes,
Y á portentos flamígeros inmoble,
Suelta la voz en quejas elegantes:
No hay en lóbrega selva áspero roble
Insensible á los ecos resonantes;
Y en cuanto espació su cadencia extiende,
Todo le aplaude y de su labio pende.

Vióle de lejos el voraz Cerbero,
Y de tres bocas intentó ladridos,
Hasta que el dulce son llegó ligero
A halagar suavemente sus sentidos.
¡Cuánto se regocija el monstruo fiero
De tener triplicados los oidos,
Pues aun quisiera por espacios largos
Se acrecentaran á los ojos de Argos!

La armoniosa voz luego sepulta
Al can trifauce en regalado sueño;
Supliendo su eficacia y fuerza oculta
Confecciones de miel y de beleño:
En la ancha cueva de maleza inculta
Se reclina, olvidada de su empeño
La bestia inútil, y concede abierta
Del reino interno la dificil puerta.

Esta penetra, y se adelanta el Tracio,
(Cuyo amor y valor igual compite)
Y el pie dirige al íntimo palacio,
Que al de Jove emulando alberga á Dite;
Mira á la diestra en dilatado espacio
El gremio elisio, que feliz admite
Posesores heróicos, nobles almas,
Que ornan sus frentes vividoras palmas.

Bien presume de Eurídice el amante,
Que allí inmortal su domicilio alcanza,
Y allí le impele con fervor constante
Impetu opuesto á la sagaz templanza;
Mas el pie revocando vacilante,
En el temor suspende la esperanza,
Teme, si entra los límites amenos,
Que atreviéndose á mas consiga menos.

Vencer antes propone compasivo
(Tanto en vigor de sola voz emprende)
La gran deidad, de cuyo ceño esquivo
El ínfero gobierno unido pende:
La vista encumbra al edificio altivo,
Y á su muralla y puerta el paso tiende,
Cuando admirado ve y admira tierno
El mas bronco espectáculo de Averno.

Ve en siniestro lugar el espantoso
Presidio y posesiones del tormento,
Donde es lago la tierra lagrimoso,
Y á los gemidos incapaz el viento:
No consintió la lira al arco ocioso,
Ni se negó la voz al instrumento,
Que serenaron dulcemente unidos
La tempestad horrísona de ahullidos.

Sisifo, que su cargo ha fenecido
Tantas veces, y nunca le fenece,
Porque el peso del hombro sacudido
Vuelve á subir y el parecer recrece;
Ya se reclina al risco detenido,
Y el que imprimió dolor, descanso ofrece,
Suspendiendo la lira su suplicio,
Y al buitre hambriento que devora á Ticio.

La rama y frutos que con ansia ardiente
El avaro opulento casi toca,
No se elevan entonces de su frente,
Ni Eridano fugaz sed le provoca:
Dellos puede gozar, pues obediente
Ve el agua y arbol á su mano y boca;
Mas no consiente, no, la voz de Orfeo,
En quien goza sú canto otro deseo.

En círculo voluble padecia
El que fue de Junon amante insano;
Cuando venció al rigor el armonía
Quietando al móvil el girar liviano:
Asi el aspa rodante que regia
Aspera muela que deshace el grano,
Pierde la furia y calma el movimiento
Si viene el aura y se retira el viento.

Fueron al hielo torpe y llama fiera
Los acentos piadosos adversarios,
Su ardor nocivo el fuego refrigera,
El hielo se disuelve (efectos varios)
Asi con una causa el barro y cera
Siguen discordes fines y contrarios;
Una se ablanda, y otro se endurece,
Si á un tiempo el sol en ambos resplandece.

CANTO TERCERO.

Ya que las penas moderó infernales
El canoro portento de la lira,
Vuelve el paso el amante á los umbrales
Del alto alcazar que á celeste aspira;
No ven su extremidad ojos mortales:
Tal es la elevacion en que se admira:
El menos árduo capitel desdeña
Parangonarse con terrestre peña.

Materia tal compone la entereza
Del friso y arco, y la pilastra y perno,
Que es fragil semejanza á su dureza
El pórfido tenaz, el bronce eterno:
Con la que ostenta el muro fortaleza,
Aun el diamante y el acero es tierno;
Porque del voraz tiempo áspera lima
No le empezca ni en él su diente imprima.

Robustos miembros la labor comparte
Desde la cima y timbre al pavimento,
Donde atendió la austeridad del arte
Mas á la duracion que al pulimento;
De gran peña en la mas nérvosa parte
Se interna profundísimo el cimiento,
Centros taladra, y lejos de sí mismo,
Nuevos abismos busca en el abismo.

No fue causa la excelsa arquitectura
De que en ella el amante se divierta,
Solo inquiere de toda su estructura
El ancho umbral de la soberbia puerta;
Pondera allí la hazaña que procura,
Y en su recelo la figura incierta;
Representando al ánimo suspenso
Del vecino peligro el riesgo inmenso.

Mas el varon intrépido corrige
Del sutil miedo el discurrir sobrado,
Y por caudillo á la esperanza elige,
Que alienta y asegura lo intentado;
Ya introducido al pórtico, dirige
La planta osada al centro retirado,
Donde en solio inmortal reina imperioso
De Proserpina el robador y esposo.

La voz redunda mas sonora, en tanto
Que por el ancho albergue el paso mueve:
Cede la guardia militar al canto,
Y suspendida los acentos bebe;
Ya del que impera al reino del espanto
La faz descubre, que á mirar se atreve,
Y con él la consorte, aunque dichosa,
Eterno lloro á la materna diosa.

Con humillada adoracion se inclina
Al Rey feroz, que armado de aspereza,
De inquietos ojos rígido fulmina
Rayos de ira, eclipsados en tristeza:
Obsequio no menor á Proserpina
Rinde; y colige atento en su belleza,
Que silenciosa otorga al ignorado
Ruego, lo que le niega el dios turbado.

No lejos ve de Radamanto el trono,
Regio ministro, que legal escribe
Con fiel decreto la exclusion ó abono
De las almas que el báratro recibe;
La mas piadosa voz y dulce tono,
Que jamas pudo, el joven apercibe;
Habiendo ya con oloroso electro
Exasperado la tirante plectro.

Resulta suavidad de la aspereza,
Que al delicado nervio el arte aplica,
Cuando pulsado con veloz destreza
De la industriosa mano el arte explica
Con mayor elegancia y ligereza
Los concentos armónicos duplica.
Luego la voz, que desatada al viento,
Los preludios siguió del instrumento.

Dime lo que lloró cantando Orfeo,
Y los efectos de su ruego ¡oh musa!
Cuando su voz seguida del rezeno,
Fue en el palacio cóncavo difusa,
Y dulce consiguió mayor trofeo,
Que acerbo el duro rostro de Medusa,
Pues suspension á estatuas parecida,
Da á las deidades y á las piedras vida.

Número del orbe, y sus abismos (dice)
Que gozas con glorioso magisterio,
Por feliz suerte, y mérito felice,
Igual con Jove el dividido imperio;
Yo el mas de los humanos infelice
Diciendo á tí del ártico hemisferio;
Si estoy vivo no sé: sé que la suerte
Trajo mi vida al reino de la muerte.

Con semblante Proserpina horroso
Desde el primer acento el canto oia;
Sobrando al pecho femenil piadoso
El vigor de la acorde melodía;
A contrastar su inexorable esposo
La intercesora voz apercibia,
Mas no intercede, que en su faz propicia,
Ya la piedad que procuraba, indicia.

El Rey justificando su gobierno,
Consultivo se vuelve á Radamanto,
Ve al rígido ministro (entonces tierno)
Que afecta disimulos contra el llanto:
Leyes al fin deroga de su averno
Por conceder la súplica del canto;
Su efecto abrevia en diligente oficio,
Duplicando el valor del beneficio.

Al tropel de ministros circunstante
Que le anticipan obediencia, ordena
Se restituya Eurídice al amante,
Y ambos despues á la region serena:
Manda apenas el Dios, cuando delante
El bello orígen de su gloria y pena
El Trace mira; y dilatando el pecho,
Aun á su gozo presta albergue estrecho.

Bien que el sitio desecha venturoso
De opulencias amenas Euridice,
Juzga el cobrarse en el amante esposo,
De su felicidad cambio felice.
¡Oh vínculo de amor poco dichoso,
Tu consistencia el cielo contradice,
Siempre son tus inútiles contentos
Prólogo impropio á trágicos tormentos!

Precepto fue imperial, impuesto en vano,
(Pension ligera al sucesor de Febo)
No á mirar vuelva con error liviano
La vista á su consorte, ni al erebo,
Hasta que asciendan al abierto llano,
A cuyas luces con aplauso nuevo
Gocen halagos, que jamas permite
La severa region, reino de Dite.

Seguido pues de la inocente bella
El prodigioso vencedor, en tanto
Ya retrocede la triunfante huella,
Y espanto aumenta al reino del espanto:
Festivo elogio, en vez de la querella,
Consagra al dios reconociendo el canto;
En himnos dedicando al beneficio
La gratitud sonoro sacrificio.

Acreditar el corazon no acierta
(Hábito es ya del padecer prolijo)
La nueva dicha, que recela incierta,
Ni albergar en el alma al regocijo:
Asi trasciende á la tenárea puerta,
Siempre la vista con talante fijo
Firmada en los objetos anteriores,
Sin revocarla á fuegos ó clamores.

Cauto replica el lóbrego camino,
Y el pie usurpa á las ínferas prisiones,
Donde ministra el cántico divino
De nuevo regaladas suspensiones:
Ya reduce distancias, y vecino
Se mira de las célicas regiones;
Cuando el dolor, por accidente fiero,
Logró en su pecho el golpe mas severo.

El músico infeliz reconocia
Extremos ya de la superna entrada;
Y si el efecto no, la fantasía
Gozaba el fin de la triunfal jornada;
Rindióse á recelar, si le seguia
Su prenda del abismo revocada,
O si en los riscos de la sima acaso
Oblicua senda la retarda el paso.

Turbó el rezelo acciones al sentido,
Cegó prudencias al discurso inquieto,
Tal que introdujo en la memoria olvido
Que violó de Plutón el gran precepto:
Vuelve la vista ¡ay triste! inadvertido,
Y apenas mira el procurado objeto,
Que anhelando los ojos su presencia,
Siglos fulminan de llorosa ausencia.

Los centros braman del abismo ciego,
Vastas cumbres blandiendo titubantes,
Crecen volcanes y vomitan fuego,
Trémulas ya pirámides flamantes:
De furias que aborrecen el sosiego,
Se oyen ladridos rimbombar tronantes;
Denotan los portentos que el averno
Mismo padece otro mayor infierno.

Sigue á los fuegos truenos y temblores,
Lóbrego nublo en apariencia ingrata,
Que á los horrores añadiendo horrores,
Por las fauces del orco se dilata:
En sus humos envuelve voladores
A Eurídice, y bramando la arrebata,
Como en turbado mar con furia oculta
Errante leño el huracan sepulta.

Desvanece con ímpetu la dama,
Y en cuanto sigue la profunda via,
Con altas quejas á la suerte infama,
Clamores tristes al amante envia:
Huye al centro la voz que en vano clama;
Mas y mas debil cada vez se oia,
Oye el Trace (ó le informa su deseo)
Lánguido el nombre repetir de Orfeo.

Al tremendo espectáculo insolente
La sangre inquieta por las fibras huye;
En vez de vida el ánimo doliente
Helado pasmo al pecho sustituye:
Tanto abunda el sentir que ya no siente,
De lo templado lo eficaz se arguye,
Con faz serena es índice la calma
De la borrasca en que zozobra el alma.

Por seguir y llamar su fugitiva,
El pie intenta mover, y lengua muda,
En el terreno aquel temblando estriba,
Esta su voz á la garganta anuda;
Al sobresalto al fin la primitiva
Fuerza quebranta; y de su muerte en duda,
Tras las nieblas fugaces y veloces,
Pasos esparce intrépidos y voces.

Del gran dolor á la inclemencia fiera
Se entrega; y provocando en sí la ira,
Aun el tormento procurar quisiera,
Cuando autor de su pérdida se mira:
Revuelve de Aqueronte á la ribera,
Y forma acentos rudos á la lira,
No obedeciendo en el turbado llanto
La cuerda al plectro ni la voz al canto.

Ni cuando recupere allí el amante
Su actividad sonora, no oprimida,
Será á cobrar su Eurídice bastante,
Segunda vez al báratro ofrecida:
Dará su labio y cítara sonante
Gozo al dolor, á los peñascos vida;
No así podrá piadoso ni obstinado,
Firmes decretos revocar del hado.

Huye impaciente el reino aborrecido,
¡Oh cuán diverso de la vez primera,
Cuando el triunfo amoroso conseguido,
Creyó ostentarle á la solar esfera!
El dolor y tristeza, que rendido
El mustio cuello en opresion severa
Sus triunfales despojos fueron antes,
Ya indómitos le oprimen y triunfantes.

De aquel pecho al antiguo señorío
Se restituyen con rigor mas fiero;
Tal se conduce del lugar sombrío
Al superior espléndido hemisfero:
No el cambio de lugares, no el desvío
Mudanza fue del padecer primero,
Antes continuacion no interrumpida,
De infierno igual y sombra aborrecida.

CANTO CUARTO.

Asi por flebil y funesta via
Al patrio albergue reducirse pudo,
Tan hórrida la faz que se leia
Su historia acerba en el aspecto mudo,
Facciones elegantes confundia
Suelto el cabello con desorden rudo:
Donde estragos comete la tristeza,
Y pálida repugna á su belleza.

Mas la nativa gracia mal se oculta
En el dolor envuelta macilento,
Bella existe, y del ánimo resulta
En ella impreso el interior tormento:
Asi su gentileza rinde inculpa
Ninfas mil á piadoso sentimiento,
Y esta piedad y femenil cuidado,
Que él mueve compasivo, logra amado.

Amorosas ¡oh cuantas! de piadosas,
Viendo en Orfeo el fuego mas constante,
Proceden á indignadas y envidiosas
De la que mereció al mayor amante;
Y todas con ofertas cariciosas,
Que explica mudo femenil semblante,
Itenta conseguir (asunto ciego)
De Eurídice vitorias fuego á fuego.

Ni oferta admite, ni caricia siente,
Que sus sentidos á su antigua gloria
Solo dirige, y al dolor presente,
Embarazo total de su memoria;
Todos objetos á su bella ausente
Le representan en amarga historia;
Y á toda parte, ó célica ó terrena,
Que mueva su discurso, halla su pena.

Su dulce llanto observan repetido
Las horas todas con aplauso atento:
Vele llorar Apolo convencido
Que fue menor por Dafne su lamento:
Vele la luna, y el garzon dormido
Deja usurpada del piadoso acento;
No ya risueña en su luciente salva,
Lágrimas nuevas le tributa el alba.

Como en desierta rama canta y llora
Por sus hijuelos tiernos Filomela,
Despojos de asechanza robadora,
Mientras del caro nido ausente vuela;
Que en la dorada luz gime canora,
Cuanto en las sombras á su llanto vela,
Compartiendo en funesta melodía
Iguales quejas á la noche y dia.

Asi lamenta el mísero sus males,
Y del robado pecho los despojos,
Dando á las horas lástimas iguales,
Y á la luz y la sombra iguales ojos:
Su voz, para los hombres y animales,
En dulzura convierte sus enojos,
A cuyo llanto y músicas tristezas
Aun lo insensible muestra sus ternezas.

A yermos campos el amante un dia
Daba su voz; y en muda recompensa
De oyentes cópia el sitio le ofrecia
(Silvestres y volátiles) inmensa;
Viendo que á sus acentos prevenia
El bruto bando elevacion suspensa;
En renovadas voces y concetos
La esperanza venció con los efetos.

Al pecho aplica la admirada lira,
Que en ligero cendal del cuello pende;
Alguna luego de sus cuerdas mira
Si á la precisa consonancia ofende:
Aurea clave tenaz un nervio estira,
Otro relaja, y mesurado atiende
El jóven cada acento dividido,
Siendo al examen árbitro el oido.

Ya que la lira en corregidas voces,
Precursora del canto se adelanta,
Y en perezosos puntos ó veloces
Suena la firme ó trémula garganta;
Fieras voraces, áspides atroces
Tierno mitiga, sonoroso encanta:
Llega su voz en riscos y montañas
A infundir vidas, á humanar entrañas.

Del pecho arcano, que amoroso archivo
Es de miserias trágicas, traslada
Quejas al viento, que á la voz cautivo
Cambia su soplo en aura delicada:
Lo que dice el amante á ingenio altivo
Se niega referir; no en dilatada
Copia se incluye, ni en aliento nuevo,
Accion apenas consentida á Febo.

De los efectos solo se presuma
Lo que cantar Melpómene rezola;
De fieras pues la inmensa y varia suma
Tácita acurre á la sonora escuela;
Flores del viento, ejército de pluma
Al trasto aplaude y á sus ojos vuela;
Coro de cisnes, que su canto abona,
Cual círculo de lirios le corona.

Dada la espalda á un tronco despojado
Con fácil ademan, con planta dana,
Sereno el rostro de beldad ornado,
Donde venció al clavel pálida nieve,
La voz y aliento espacie organizado
Y el labio apenas pronunciando mueve,
Ni cuando mas el canto se acelera
Vicia semblante, ni faccion altera.

La franca airosa diestra en tanto oprime
Cuerdas, aunque disímiles, aunadas,
Que son á veces, cuando el arco esgrime
De inquietud velocísima ultrajadas,
Y cuando el son colérico reprime
Le da un nervio sonancias dilatadas;
Los trastes pulsa la siniestra, y sella
Con tropel atinado y limpia huella.

La voz se ajusta á la concorde lira,
Y la lira á la voz atenta sigue,
Cuya estudiosa respondencia admira,
Que en duplicado coro un fin consigue:
Bien que á tiempos el arco se retira
Quieto, y la voz en su entonacion prosigue;
Sin que la cuerda, aunque padezca agravio,
Ose imitar la erudicion del labio.

Asi del verso la sutil sentencia
Logra en el canto, que el rumor violento
No esconde la palabra en la cadencia,
Ni sílaba defrauda á su lamento:
Mas ya que articulada sin violencia
Cesa la voz, se atreve el instrumento,
Y libre, en cuanto el músico respira,
A emulaciones de su lengua aspira.

Alto regenta entonces, porque anima
La mano el arco, y dulce y rigurosa,
La fibra mas sutil rasga y lastima,
E inquieta corre hasta la mas nerviosa:
Es el plectro veloz sonora lima,
Que con las cuerdas juega nunca ociosa,
Porque tambien, negadas al sosiego,
Ellas respondan métricas al juego.

Dominando á la lira, empreude el canto
Cláusula nueva con sereno aliento;
Luego se esfuerza válido, y en tanto
Hinche de voz y de milagro el viento:
Ya con celeridad se eleva tanto
Que imprime gozo al último elemento,
Y de las fugas altas y ligeras,
Sonoridad aprenden las esferas.

Ya se reforma á entonacion mediana,
Y en recatados puntos perezosos
La garganta solícita y liviana
De allí acomete lances presurosos;
Ya en voz igual, suspensa, soberana
Solo describe rasgos sonorosos;
En lánguida cadencia al fin se oculta,
Y el dormido silencio la sepulta.

Voz firme de repente resucita
Próspera de galanes suavidades,
No reiteradas, que jamas se imita,
Mas eterniza el canto novedades;
Siendo en caudal y galas infinita
La variedad, ya ignora variedades,
Ya despojada su riqueza y copia,
Se queja el arte que padece inopia.

De galas fértil la invencion recrea;
Cauta la voz de repetir se abstiene
Glosa anterior, huye de sí, no emplea
Acto en que alguna agilidad no estrene:
Mil quiebros debilita, mil falsea
Puntos: tal vez se vibra, y tal sostiene
Su aliento: ya se arroja, ya se agrada,
Ya en veloz fuga, ya en sonancia grata.

Aun cuando toda variacion concede
Faltarle modos y elegancia nueva,
El portentoso artífice la excede
Aun á la misma novedad renueva:
Al arte exhausta, que á su labio cede,
De primorosas diferencias ceba,
Cual fuente que derrama de su abismo
Licor perpetuo, y no repite el mismo.

Tal es el canto, que diforme Orfeo
Dulces mares produce su garganta,
Donde nadan bañadas en recreo
La fiera, el ave, el risco, el monte y planta:
Rebosan los hálagos al deseo
La inmensidad de brutos, mientras canta,
Trasladando á su voz los corazones,
Le consagran pasmadas atenciones.

No interrumpe rumor, silbo ó bramido
La voz en el concurso innumerable;
Parece solo que le presta oido
Mudo el silencio en yermo inhabitable:
No con ala violenta es sacudido
El aire inquieto á la sazon estable,
Que las aves atentas, sosegadas,
Libran el vuelo en puntas niveladas.

Las fieras todas en el ocio grato
Al can imitan fiel, cuando delante
Siente improvisa la perdiz su olfato,
Y alli se fija inmóvil y constante:
Las sierpes y culebras su recato
Añaden al sosiego circunstante,
Ni escama arrastran vacilando inquietas,
Di de sus lenguas vibran las saetas.

En sitio llano y de árboles exentó
Su canto el jóven comenzó piadoso,
Y le fenece, no mudando asiento,
En alta selva y suelo peñascoso;
Porque siguieron el activo acento
Vecinas plantas con verdor frondoso,
Y de cumbres incultas no remotas
Enteros riscos y montañas rotas.

Vienes pues concurris de toda parte
Los árboles errantes, esparcidos,
Como escuadron solícito de Marte,
Y en el llano fijar sus pies torcidos:
La plebe mal distinta se reparte
En las humildes hojas escondidos,
Y los nobles, pomposos y compuestos
Del frio eligen preferidos puestos.

El laurel y la palma (ó preeminencia
Fuese, ó que el trance de honorarlos gusta)
Inmediatos ocupan su presencia,
Y le coronan de su rama augusta:
Mas ambicion afecta y diligencia
La inquieta yedra, que tenaz se ajusta
Al pecho juvenil, y el cuello abraza,
Trepa á las sienes, y su frente enlaza.

El taray y el enebro, al luminoso
Progenitor del jóven consagrados,
Su canto admiran en concurso honroso,
De la délfica cítara olvidados:
El ciprés melancólico al piadoso,
Lamento se avecina, y los poblados
Ramos dilatan desde el tronco enhiesto
Fúnebre pompa al cántico funesto.

Asi las plantas en consorcio mudo
Piadosas, cuanto plácidas y ledas,
Escuchan la voz célica, que pudo
Plantar sin mano bosques y alamedas:
Ya el que siglos fue páramo desnudo
Es selva revestida de arboledas,
Donde opondrá el invierno y el estío
Sombra al calor, y resistencia al frio.

Riscos y peñas con igual estilo
(Si bien mas perezoso) el son compele:
Del sitio ameno al propagado asilo
Tardas caminan, cual á veces suele
Moverse flota, que en el mar tranquilo
Zéfiro manso con halago impele;
Firma cada peñon el tosco asiento,
Quieto cual piedra, como vivo atento.

A oyentes de peñasco en breve hizo
La voz poblar la ya frondosa tierra,
Y al montaraz concurso avenedizo
El llano se erizó de crespa sierra:
¡Ay gran monte, que arranca movedizo
Su inmenso pie, que en el abismo entierra,
Y con vaiven gravoso y alta frente
Se añade al circo formidable oyente!

Aceleraba el curso á su camino
Cerca del sitio el Estimon undoso,
Cuando á la voz suspenso, el cristalino
Hombro opuso al torrente impetuoso:
Ya sus arenas hasta el mar vecino
Al aire se descubren luminoso,
Y el mar se admira, que en su lecho enjuto
Le haya negado el líquido tributo.

Siendo en sí tan opuestos los sugetos,
Que en infinita copia el canto afina,
Ya en lo interior unánimes y quietos
Es uno el corazon, la accion es una:
Allí naturaleza sus preceptos
Rompe, no se limita en ley alguna,
Ondas, peñascos, plantas, animales,
De voz conciben almas racionales.

A pacíficos tigres y leones
Seguro se avecina el corzo y gamo:
Hacen las aves míseras y halcones,
Alcandara comun de un solo ramo:
No maquinan asaltos los dragones
Del conejuelo tímido al reclamo:
Halla la liebre, con arrimo estrecho,
Junto al galgo veloz guardado lecho.

Indiferente de los riscos yertos
Todo animal reduce los sentidos
Solo á la voz con ánimos despiertos,
Si bien los juzga la atencion dormidos:
Alto el cuello, los párpados abiertos,
Sutileza afectando en los oidos;
Reprueban toda accion, todo deseo,
Que ya ocuparon en distinto empleo.

El que esparció sonoridad mas pura
Bando leve de pájaros cantores,
Ya de sí mismo tácito murmura,
Despreciando sus gárrulos clamores;
Recientes galas observar procura
Del fértil canto, y elegir primores,
Porque despues al saludar la aurora
Se explique en elegancia mas sonora.

La que en arrullos tristes y gemidos,
Muerto el consorte, en vano se lastima,
Si no observa primores escondidos,
Dolientes quejas imitar estima:
La fiera, que con íntimos bramidos
El parto informe del hijuelo anima,
Ya envidia de la voz la sonorosa
Fuerza á animar los bronces poderosa.

El álamo gentil, que presumia
Ser mas grata la música del viento,
Cuando templado zéfiro sentia
Entre sus hojas dulce impedimento:
Su engaño le corrige la armonía
Que superior de zéfiro al concento,
Pasa á vencer las mórbidas y ledas
Voces que exprimen las celestes ruedas.

CANTO QUINTO.

Con fuerzas preferidas á inmortales
La música imperaba portentosa;
Cuando los filos incitó fatales
Contra el amante la traicion furiosa:
Fortuna opuso á méritos iguales
La desdicha mayor, mas poderosa;
Ella alcanzó su triunfo pretendido;
Fue en breve lucha el mérito vencido.

Entre las ninfas, que en afecto ciego
Aspero el jóven y rebelde inflama,
Era el de Lisis mas que afecto y fuego,
Etna de amor, compendio de su llama:
Bella infeliz, que el despreciado ruego
No rinde á olvidos, y desprecios áma,
Siendo á despecho del desden esquivo
Siempre secuaz del siempre fugitivo.

No aquella vez la soledad distante
Privarla pudo del aspecto amado,
Ni el desvelo permite de la amante
Centro oculto á los ojos del cuidado,
Bien que informada á términos distante
Ser pudo del copioso vulgo alado,
Y de la selva incógnita que mira
Señas de Orfeo, imperios de su lira.

Llega, y su vista al músico ofensiva
Le indigna y fuerza á enmudecer el canto,
Crueldad no fue, no fue arrogancia altiva,
En pecho tan cortés desprecio tanto;
El ser amante le reserva y priva
De ser amante, y aborrece en tanto
Insidias contra Eurídice, no aquella
Accion rendida de la ninfa bella.

De su desprecio Lisis advertida,
Tambien traslada ceños al semblante,
Y su arenga alterando prevenida,
Licenciosa le dice, bien que amante;
¡O tú, de vivas almas homicida,
Y de la muerte idólatra ignorante,
A los Dioses contrario y á tí mismo,
Por adorar fantasmas del abismo!

No solo adoras una sombra ausente,
Mas ausente con muerte duplicada,
Donde ni ya tus sentimientos siente,
Ni ser puede por ellos restaurada;
Y la beldad te ofende floreciente,
En aras á tu amor sacrificada;
(No mi beldad, que si lo fue algun dia,
Ardió en tu fuego, ya ceniza es fria.)

Víctima inútil, sacrificio es vano,
A tu fiereza; que en el hondo averno
Desnudando tu ser del ser humano,
Vestido vuelves de inhumano infierno:
Mas si tu pecho infierno es inhumano,
¿Cómo reserva en la memoria eterno
De Eurídice el amor nunca oprimido?
¿No pudo Lete introducir su olvido?

Solo su llama incluyes y tormento,
Y es la memoria su tormento y llama,
Que en tus entrañas buscan alimento,
Y en las de aquella que en tu ardor se inflama;
No usurpes, no, la voz al instrumento,
Que si tu enojo mis ofensas ama,
Tambien ofende y mata, cuando admira,
La cuerda, el plectro, el cántico, la lira.

Eres de amor trasunto sonoroso:
La voz es flecha que penetra y clava;
Lazo la cuerda, el arco armonioso
Arco es de amor como la lira aljaba:
Tu suavidad es acto riguroso,
Falsa sirena abona quien te alaba;
No infundas vidas en peñascos vanos,
Si privas de vivir pechos humanos.

Tú, con arbitrios de rigor infieles,
Das á las piedras vida, das terneza,
Por trasladar á tí (cambios crueles)
Su despojada rústica dureza:
¡Tirano iman, que toda forma impeles
A que siga tu sólida entereza!
Rígido iman, que por instinto fiero
De acero vives, te alimenta acero.

Asi se queja Lisis, alternando
Ya el rigor, ya el afable vasallage,
Siempre el amor de Eurídice impugnando
Su lengua y voz: mas al osado ultraje
Se enciende el fiel idólatra, juzgando
Impía la voz, sacrílego el lenguage;
Huye de Lisis, huye su impaciencia
Con el cuerdo silencio y con la ausencia.

Ya entonces toneca en amenaza el ruego
La ninfa en quien ya es muerta la esperanza:
Ira la rinde á su dominio ciego,
Exclúyela del suyo la templanza;
Es ya furor su amor, rabia su fuego;
Traicion su fe, su gozo la venganza;
Venganza exclama, en su rigor se alienta,
¡Alivio atroz, felicidad sangrienta!

En Tracia á la sazon se repetia
El juego baccanal, que de Rifeo
Las ninfas en traviesa compañía
Tributan holocaustos á Liéo:
Por cuya accion el memorable dia,
Si fausto á Baco fue funesto á Orfeo,
Y quien solenizaba el sacro rito
Le permutó en sacrílego delito.

En baile inquieto las bacantes suenan,
Que ya furiosas con diversos plectros
Cítaras pulsan, tímpanos atruenan,
Tirsos vibrando y florecidos cetros:
Entre albogues y pífaros resuenan
Himnos al Dios en ditirambos metros,
Mas de rumores tantos confundido,
Si es vario el son es único el sonido.

Al estrépito bárbaro cercano
Llega anhelante Lisis, donde opone
Tan firmes voces al tumulto insano,
Que á su atencion los ánimos compone:
Del amante, cual rústico inhumano,
Quejas armadas de traicion propone;
Persuadir pudo el cauteloso labio
Por agravio comun el propio agravio.

Era el insigne Trace, era su gloria
Noticia universal: no el precedente
Caso infeliz de su amorosa historia
Ignora ninfa, no el desden presente:
En el desden se ofende su memoria,
Toda hermosura su desprecio siente;
Asi de Lisis al designio ciego
Halló dispuesta introduccion el fuego.

Los pechos pues del escuadron bacante,
Del Dios y su licor ya estimulados,
Percibieron con áspero semblante
De furor nuevo estímulos doblados:
Las aras dejan, y al infausto amante
Vuelven los pies de ligereza armados,
Y le aclaman con bárbaro apellido
De Venus adversario y de Cupido.

Al sitio llegan, cuya selva admira
En el que vieron antes limpio llano;
De su arboleda entonces se retira
A paso lento el enemigo, en vano:
Ya que su riesgo advierte, al plectro y lira
Aplica dulce voz y docta mano;
Y aunque suspenden rápidas esferas,
Los corazones no de humanas fieras.

Le acometieron en tropel violento,
Formando al verle clamoroso espanto,
En roncas voces se confunde el viento,
Y en su alarido se sepulta el canto:
Vence el bronco rumor, y el tierno acento
Es solo inútil voz ó es solo llanto,
Bien que con él, por fúnebre decoro,
Honra su muerte el cisne más sonoro.

Cual suele, si á la luz del claro dia
Se atreve la nocturna ave funesta,
Que en cavernoso nido se escondia,
Solo al secreto risco manifiesta
Darle asalto veloz con ufanía,
Alado bando en plácida floresta,
Y por lograr traidoras asechanzas,
No habiendo ofensas cometer venganzas:

Tal busca el femenil concurso estrecho
Al amante, que en trémulos suspiros
Interrumpiendo el canto, es ya su pecho
Destinada señal de espesos tiros:
Fuerzas suple el colérico despecho,
El aire cruzan en rodantes giros,
Piedras, leños y tirsos bacanales,
Disparados con ánimos brutales.

El tímpano, la flauta que volando
Se arroja, y todo músico instrumento
Arma es allí mortífera, trocando
La suavidad en tan opuesto intento:
Contra el joven se impelen, profanando
Su lluvia espesa el más sonoro acento,
Su pecho buscan, y su ofensa emprenden
(¡Prodigio nuevo!) pero no le ofenden.

Que todo cuerpo, ora ligero ó grave,
De los violentos brazos impelido,
Cuando en el aire el canto oyó suave
Quiebra el furor, se eleva suspendido,
Y sin que el vuelo arrojadizo acabe
De la intentada acción arrepentido,
Halagado del dulce y tierno acento
Cae á sus pies con grato rendimiento.

Mas ya la escuadra turbulenta y ciega,
Que el dulce son confunde en sus clamores,
Al grave insulto se adelanta y llega
Por deber á sus diestras los rigores:
Ya entonces Lisis á las ninfas ruega.
(Tarda piedad, inútiles favores)
Templen sus iras; y en la accion traidora
Ser cómplice abomina siendo autora.

¡Oh cuántas veces la ofendida amante,
Si el asta ó piedra arroja contra Orfeo,
Despues del tiro demudó el semblante,
El golpe revocando en su deseo!
Su muerte aclama, y en el mismo instante
Promueve afectos á diverso empleo,
Luchando así contra el oculto y vivo
Piadoso amor despecho vengativo.

Ya que progresos tan atroces mira
En la opresion del inocente amado,
Prevalece el amor, huye la ira,
Su vida es ya desvelo del cuidado;
Mas la turba que indómita conspira
A su rigor, en parte ejecutado,
Menos se abstiene que la tigre ó lobo
Hambrientos y cebados en su robo.

Por sus diestras con ánimos sangrientos
Reitera la impiedad brutas heridas,
Donde ya los festivos instrumentos
Son en sus manos armas homicidas;
La vida, entre los últimos alientos,
Despide el labio que inspiró mil vidas;
Y el resonar EURIDICE en voz clara
Fue el alma que su pecho desampara.

¡Oh rencor femenil, que horrible enseñas
A la crueldad incógnitas crueldades!
¿Cómo no ves los robles y las peñas,
Y allí aprendes ternezas y piedades?
El tronco, el risco inteligentes señas
A tu espereza dan de humanidades,
Cuando tu pecho con rigor mas bronco
Les da ejemplares de peñasco y tronco.

La sacrílega accion vengar pudiera
El concurso de brutos ya obligados,
Si el éxtasis atónito no hubiera
Vencido sus alientos relajados:
Ya toda fiera á la sazon no es fiera,
Antes rinde sus cuellos, inclinados
Al yugo del pastor y á las amarras,
Y al duro lazo las tremendas garras.

Ya que su acuerdo, de la voz cautivo,
Los quietos animales restauraron,
No recobrando su rigor nativo,
La piedad aprendida conservaron:
Y muerto viendo al que adoraban vivo,
De dolor mas que de furor bramaron,
Cual pueden compensando agradecidos
Dulces cantos con hórridos bramidos.

Luego disuelto el rapto de las aves,
De ellas fueron á un tiempo repetidos
Clamores de dolor, bien que suaves,
Y aquella vez del músico aprendidos:
De lenguas faltos los peñascos graves
Del caso lamentable enternecidos,
Se rompen y confunden con estruendo
Sus entrañas abiertas descubriendo.

Los vientos que serenos y compuestos
Tuvo la voz con furia se derraman,
Y en los peñascos áridos, enhiestos
Rompiendo el soplo sibilantes braman:
A su encuentro los árboles opuestos
Forman rumor, y como pueden claman,
Imitando gemidos dolorosos,
Que eco repite en valles cavernosos.

No solo aquellos impíos corazones,
De su prision el alma en que ha vivido
Dividen; mas en mínimas porciones
Fue el cuerpo de sí mismo dividido:
Recibe las sangrientas divisiones
La tierra, y con amor compadecido
Bocas abre á su seno inumerables
Para hospedar las partes miserables.

Próspero admite la cabeza y lira
El hebro ismario en su ribera amena;
Muerta la lengua á Eurídice respira,
Rota la cuerda á Eurídice resuena:
Láminas de oro á su funesta pira
Construye el hebro de su rica arena,
Por cuyas prendas sus cristales frios
Ya aspiran al imperio de los rios.

Pero las musas las troncadas partes
Juntan del cuerpo, obedeciendo á Apolo;
Cuanto esparció la furia á varias partes
Agrega la piedad á un sitio solo:
Y como inteligentes de las artes,
En opulento olvido de Mausolo
Túmulo erigen, que al terrestre asiento
Se usurpa, habitador de otro elemento.

Luego sublimán á mayor altura
La lira insigne, que en impulso leve
Al cielo honró, creció la lumbre pura,
Del orbe octavo con estrellas nueve:
Al casto coro posesion segura,
Del nuevo signo el firmamento debe
Carácter, que en eternos resplandores
Consagra á nueve musas nueve honores.

En tanto el dios, de cuyas aras antes
Las ninfas vió, con provocado aliento,
Ausentarse rebeldes y vacantes,
Y al sacrificio proceder sangriento;
Afectos de ira preparó constantes,
Sobrio y severo mas que vinolento;
Porque llevase la traicion consigo
En su delito el plazo del castigo.

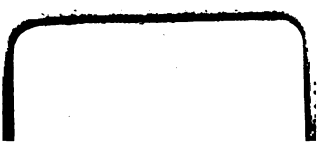
Apenas pudo el bárbaro trofeo
Consiguieron las furias bacanales,
Cuando aplicó venganzas Basareo,
Bien que á traicion tan bárbara no iguales:
Ante el lugar que del eterno Orfeo,
Despues guardó cenizas inmortales,
Fue homicida de ninfas homicidas,
Sus muertes conmutando en verdes vidas.

Sus pies al torpe error precipitados
Ya con tenacidad prende la tierra,
Y en cepas y raices trasformados
Para silvestre vida los entierra:
Por libertar sus pasos estorbados
Mueve contra sí misma inquieta guerra
Cada ninfa, y rehuye su embarazo,
Cual avecilla presa en liga ó lazo.

Cuanto forceja mas, siente la planta
Darse al terreno con mayor firmeza,
Y el pecho en que albergó dureza tanta,
Ya de roble ostentar nueva dureza:
Levanta el brazo, y ramo le levanta;
La fresca tez ya es árida corteza;
Seguido al tronco se prolonga el cuello,
Ya es leño el rostro y hojas el cabello.

Cerca de la que obró el cahoro llanto,
Las ninfas su arboleda forman densa;
Asi dos bosques, á Pomona espanto
Fueron, y al Trace honor y recompensa:
Uno en memoria de su dulce canto,
El otro en fe de su vengada ofensa;
Lo insensible ostentando sus piedades,
Cuanto el bosque brutal sus crueldades.

Mas el heróico espíritu de Orfeo
Venganzas contra ofensas no pretende,
Que en alma ya feliz grave deseo
Ni altera afecto ni pasion enciende:
A las ínfimas hondas del Leteo,
La vez segunda y última deciende,
Los sitios reconoce de su abismo,
Donde es tambien reconocido él mismo.

En los eliseos reinos colocado
A Eurídice investiga cuidadoso,
Cuando su vista le atajó el cuidado,
Y fue su vista el colmo á su reposo;
Burlando ya de la invasion del hado,
En sus abrazos se internó glorioso,
Donde anteriores padecidos males,
Hoy le sazonan gozos inmortales.

MAR 2 1 1922